



**EL  
BAILE  
HA  
TERMINADO**

Julián  
Ibáñez



Premio Internacional de Novela Negra  
L'H Confidencial 2009

Lectulandia

Un policía del Grupo de Localización de Fugitivos sube a un tren nocturno de Alicante a Bilbao. Sigue a una muchacha de veinte años de aire inocente. En Bilbao, el seguimiento continúa sin que ni siquiera el policía sepa las razones por las que le han encargado un caso de tan poca importancia, al menos aparentemente.

Durante los días siguientes, la Ertzainza se inmiscuirá en el seguimiento, ofreciendo ayuda al agente. La Guardia Civil, por su lado, también tomará cartas en el asunto; ETA hará acto de presencia y todo se complicará sobremanera cuando finalmente se descubra el porqué de tanto interés por una ciudadana cualquiera.

Con esta novela realista y cruda, en 2009 Julián Ibáñez se convirtió en el ganador del Premio Internacional de Novela Negra L'H Confidential, en su tercera edición.

**Lectulandia**

Julián Ibañez

# **El baile ha terminado**

ePub r1.0

Titivillus 17-02-2018

Título original: *El baile ha terminado*  
Julián Ibañez, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

El taxista abrió el maletero y sacó la maletita, pero no se la entregó; antes tenía que decirle algo, como invitarla a salir, a pasear o ver una película. Ella se ruborizó, inclinó la cabeza y trató de arrebatársela. El taxista colocó la maletita a su espalda e insistió en su invitación, jugándose su última carta; entonces ella avanzó con decisión y se la arrancó de la mano, mirándole ahora directamente a los ojos con una sonrisa aviesa, dando a entender que era mejor para él que ella no hubiera aceptado su invitación. Se alejó arrastrando la maletita.

Busqué un hueco donde aparcar. Su figura se alejaba en el retrovisor exterior, arrastrando la maletita que saltaba sobre las losetas. Su paso no era apresurado, como si no le apeteciera nada subir a un tren. Vi cómo se detenía nada más pisar el *hall*, cómo dudaba, cómo tomaba a su izquierda y desaparecía.

La encontré de nuevo en la cafetería autoservicio. No le había dado tiempo a pasar por taquillas, lo que podía indicar que alguien le había comprado el billete o lo había adquirido por Internet. Estaba sentada a una de las mesas, de espaldas a la puerta, delante tenía una taza de café y sus manos rasgaban el sobre del azúcar. Solo había media docena de clientes, el mostrador estaba vacío. Se había sentado de medio lado, con las piernas cruzadas, una postura que no encajaba del todo con ella, una desenvoltura que podía ser malinterpretada porque su rostro y su cuerpo conservaban el aire inacabado de la adolescencia.

Vestía un traje sastre de tela fina, verde cacería, un color tampoco demasiado apropiado para ella, aunque a la falda le faltaban tres dedos para llegar a la rodilla, la chaqueta se ceñía a la cintura y las solapas eran picudas, con una camisa rosa pálido con el cuello sobre la chaqueta y sin medias.

No desmerecía de la fotografía: rostro agradable, limpio, rellenito, con algunos rasgos de bebé. Cabello corto, rubio natural, impecablemente peinado, sin florituras, sin un solo cabello fuera de la formación; quedaban al aire dos orejitas de mazapán con una perlita en cada lóbulo.

Que hubiera prescindido del coche podía interpretarse como que no le gustaba conducir largas distancias, que para los viajes largos prefería el tren. Su escaso equipaje indicaba que solo estaría fuera de casa un par de días, o tres. Estábamos a lunes. Tal vez iba a visitar a una amiga, a una tía enferma, o estaba citada en el despacho de un notario para asistir a la lectura de un testamento.

De hecho el calor había remitido. Ya no era el bochorno del verano, pero no invitaba todavía a abrir el armario para descolgar la chaqueta. Las terrazas y los bancos de paseos y jardines eran propiedad de los jubilados, casi todos ingleses, descifrando periódicos y revistas entre sorbos de té o cerveza, levantando la mirada cada minuto para informarse sobre la ausencia o presencia de nubes.

Cuando el taxi giró en Maisonnave supe que nos dirigíamos a la estación aunque yo esperaba el aeropuerto. Me sorprendió, pues por alguna razón no imaginaba a una chica como ella viajando en tren.

Compartía piso con otras dos chicas. La veía abrir el portal y salir, veía el parpadeo de las luces del Opel, la veía conducir inclinada hacia delante como si acabara de sacar el carnet, veía cómo el intermitente parpadeaba medio minuto antes de doblar una esquina, o cómo reducía la marcha cuando todavía faltaban cincuenta metros para llegar al semáforo. Aparcaba cerca de la zona reservada a profesores y entraba en la facultad con una carpeta verde de gomas apretada contra el pecho, empuñando tres o cuatro bolígrafos.

La foto había sido sacada con teleobjetivo, algo innecesario. Aquel mismo verano, llevaba puesto un vestido rosa ligero y sonreía sentada sobre la arena de la playa, al atardecer, sola, como si hubiera posado expresamente para nosotros. Sin nada escrito al dorso.

Había nacido en el mes de marzo (el *dossier* no especificaba el día, seguramente porque habían olvidado ponerlo) de 1988, en Puerto la Cruz, Venezuela, lo que encajaba con la nacionalidad de su madre quien ahora residía en Valencia. El resto del documento tampoco decía demasiado. Su madre conservaba la nacionalidad venezolana, Juana Oti Bedia, cuarenta y tres años, Avenida de la Constitución 6, Valencia, sin especificar si era ama de casa, médium, o cualquier otra profesión. Nada sobre el padre, como si este no hubiera existido, aunque su primer apellido era Diermissen y su nombre Rafaela. Rafaela Diermissen Oti. Luego, a doble columna, las dos direcciones: Valencia y Alicante. Sin embargo, ninguno de los dos fines de semana había salido de Alicante para visitar a su madre en la cercana Valencia.

Vi cómo consultaba el reloj y levantaba la mirada hacia el de la pared para comprobar si las agujas coincidían. Tomó otro sorbo de café, era pronto. Faltaba un minuto para las nueve y media.

Dos mesas más allá, un matrimonio joven, con un niño de dos o tres años adormilado en los brazos de la madre, parecían haber terminado para siempre todos los temas de conversación; no hablaban, no se miraban, no observaban a su alrededor, parecían esperar, resignados, la llegada de un tren tardío ya que no tenían equipaje a la vista. Quizás esperaban a la madre de él, o a la de ella, improbablemente a las dos; permanecían con la mirada en un punto cualquiera como si el tiempo se hubiera detenido. Rafaela miraba de vez en cuando al niño y le sonreía, levemente, como para no despertarle porque tenía los ojos cerrados.

Al fin se levantó, ahora casi con impaciencia, consultó de nuevo su reloj y cotejó

la hora con el de pared. Se encaminó a los andenes arrastrando la maletita.

El billete que entregó al empleado del coche cama era la clásica cartulina, no un folio impreso. El empleado le ayudó a subir la maletita. Desde el andén observé cómo seguía al camarero hasta el centro del vagón, cómo el camarero le abría la puerta de una cabina, ella ponía algo en su mano, entraba y el empleado cerraba la puerta.

No me daba tiempo a pasar por el hotel para coger la maleta. Necesitaría el coche. Pero me veía obligado a dejarlo donde lo había aparcado: no podía estar seguro de que su destino fuera Bilbao, o que no se viera con alguien en el tren o que se bajara en cualquier parada técnica en medio de la noche.

No era una fugitiva. Pero podía verse con alguien, hacer o dejar de hacer cualquier cosa, podía enfermar, viajar al extranjero, recluirse para siempre en un convento. Podía verse con su novio, con un amante, con un hermano que dejaba la cárcel después de veinte años, podía citarse a escondidas con un político, con un pez gordo de la banca o la industria.

Yo viajaba poco, casi nada, aunque por mi profesión cualquiera pudiera pensar lo contrario. Un par de veces al año me acercaba a pueblos del norte de León y Palencia para atrapar a rufianes que habían olvidado regresar a pegar la oreja al jergón. Abarcábamos buena parte del Norte: Cantabria, Asturias, y el norte de las provincias de Burgos, Palencia y León. No teníamos ninguna relación con Alicante. En ningún caso me habrían dado una explicación; tampoco yo la había pedido. Me daba igual un lugar u otro, por la misma razón que tampoco esperaba con impaciencia la carta de jubilación.

Subí al tren. Me ubiqué en una ventanilla para vigilar el andén a la espera de que fueran las 22:05, antes de ir en busca del revisor. Cuando al fin arrancamos y alcanzamos la velocidad de crucero, me dirigí a la cabecera del tren. Encontré al revisor en una cabina, de pie, con la gorra bajo el brazo y bebiendo agua directamente de una botella. Le mostré el carnet. El tipo se demoró en ponerle el tapón a la botella, ignorando el carnet, porque un tapón bien colocado era más importante que los problemas de un policía. Le pedí que me buscara un lugar donde pasar la noche. Me preguntó si estaba de servicio, todavía sin mirarme, y me vi obligado a decirle que sí. Dejó la botella, se caló la gorra y salió de la cabina sin pedirme que lo siguiera. Avanzamos un par de vagones hasta encontrar a otro revisor en uno de los vagones literas, un tipo larguirucho peleando todavía con un díscolo acné. Mi revisor le dijo algo al cuello, el joven volvió la mirada hacia mí y contempló un carcomido poste de teléfonos con los cables desprendidos. El primer revisor cruzó de nuevo a mi lado rozándome, pero todavía sin verme, y desapareció. El larguirucho recorrió unos metros de pasillo, descorrió la puerta de un compartimiento y me indicó con la cabeza una de las literas.

El compartimiento estaba vacío, las mantas estaban dobladas sobre las cuatro literas. El tren iba medio vacío, nos encontrábamos en octubre y los jubilados se desplazaban hacia el Sur, no en sentido contrario. Hice un pequeño movimiento de

cabeza dándole las gracias. Se limitó a alejarse vagón adelante como si estuviera impaciente por tumbarse en su propia litera.



Pasaban veinte minutos de las siete. Repuntaba un sol blando y perezoso.

No había dormido, pero tampoco lo había intentado, había ocupado la litera un par de veces para permanecer tumbado unos cuarenta minutos en total, lo justo para quitarme y ponerme los zapatos. No había podido evitar que la chica me viera. Había sido en el bar, a eso de las once. Creí que se habría acostado y había decidido tomar un bocado antes de que cerraran la cafetería. Estaba engullendo un sándwich cuando apareció en la puerta. Se situó en el otro extremo de la barra aunque éramos los únicos clientes. Me pareció que no había reparado en mí, solo era un pasajero más tomando una cerveza. Ella pidió un vaso de leche templada, su vaso de leche antes de meterse en la cama. Podía haberlo previsto. Su mirada no se detuvo en mí ni una sola vez: un tipo maduro, de unos cuarenta y cinco, no del todo mal parecido, pero de los que usan mocasines para no tener que abrocharse los zapatos. Otra chica habría pensado que pertenecía a esa clase de tipos de usar y tirar, o de solo tirar, pero me pareció que ella no había pensado en nada, yo solo era una sombra deslizándose por su retina sin dejar huella.

Fui el primer pasajero que pisó el andén. Me apresuré hacia la escalera mecánica. Sentí la humedad tibia del Norte echando ya de menos la luz blanca de Alicante. En el *hall* compré un periódico y me senté en uno de los bancos de listones. Había cierto ajeteo, los trenes llegaban y partían, era un movimiento coordinado, todo el mundo sabía dónde debía dirigirse a aquella hora tan temprana. Olía a humedad y a gasoil mal quemado.

La chica fue uno de los últimos pasajeros en aparecer en la escalera mecánica, arrastrando su maletita. Su rostro se mostraba fresco y relajado, con aspecto de haber dormido toda la noche acunada por el traqueteo del tren; ningún cabello escapaba de la formación. De nuevo me pareció demasiado seria y madura para sus veinte años. Contemplé cómo se detenía durante unos segundos en el centro del *hall* estudiando los rótulos de la media docena de puertas y cómo luego se encaminaba con decisión hacia la de salida. Le tocó esperar un par de minutos en la cola de taxis. El taxista metió la maletita en el maletero mientras ella subía al asiento posterior del coche. Memoriqué la matrícula y me metí en el último taxi de la cola mostrándole al tipo el carnet mientras le ordenaba que siguiera al taxi que se alejaba buscando la salida de la estación.

El seguimiento duró solo un minuto, el hotel tenía el nombre de la estación, Abando, y se encontraba a la vuelta de la esquina, algo que ella sin duda desconocía, lo que daba a entender que era la primera vez que venía a Bilbao. Vi cómo el taxista le entregaba la maletita, cómo sacaba una billetera del bolsillo trasero del pantalón, buscaba una tarjeta y se la entregaba. Se despidieron intercambiando sonrisas.

Despedí el taxi, saqué el móvil y marqué el número memorizado. Un par de segundos y tuve a la Voz al otro lado. Era una voz de hombre, o al menos lo parecía —tal vez no tenía sexo— de tono neutro, la de alguien que nunca dormía, que permanecía perpetuamente junto al teléfono con todas las preguntas y respuestas grabadas en su cerebro de plástico. Recité mi informe y llegaron las preguntas de rigor, en aquel tono difunto: si el sujeto se había visto con alguien, si el sujeto había hablado con el personal de servicio, si el sujeto había efectuado alguna llamada telefónica, si el sujeto había bajado del tren durante el trayecto, si el sujeto había ido a la cafetería del tren (le dije que sí, pero me guardé que se había encontrado allí conmigo), si el sujeto había pedido alguna consumición al camarero de cabina... Demasiadas preguntas irrelevantes para un asunto al que se esforzaban en no concederle importancia. Y después de mis respuestas monosílabas las consignas rutinarias: que no hiciera nada, que no tomara iniciativas, que no hablara con ella aunque fuera accidentalmente, que no le quitara la vista de encima, que me hiciera invisible y, ahora, por primera vez, que ellos me llamarían. Y mi única pregunta, de parvulario, que detrás de quién andábamos y por qué razón, y, como respuesta, el zumbido porque hacía ya días que habían colgado.

Tomé una habitación en el mismo hotel Abando. No me identifiqué como policía. En la casilla del carnet de identidad solo ponía funcionario; no di ninguna explicación sobre mi falta de equipaje. Salí a la calle, busqué una droguería y compré algunos artilugios de aseo. Ella no dejaría el hotel de inmediato, se ducharía y se arreglaría, quizás se echara un poco.

Me duché y me afeité, luego bajé al recibidor, cogí un periódico y ocupé uno de los sillones en un rincón discreto alejado de recepción. Ella saldría a estirar las piernas, a echarle un primer vistazo a una ciudad donde al parecer nunca había estado, quizás a visitar a alguien o hacer el encargo para el que se había trasladado hasta allí.

Más o menos una hora y media después y la puerta del ascensor se abrió apareciendo ella. Se había puesto vaqueros y un jersey fino de color malva. Esperé a que saliera a la calle, me levanté y salí yo también.

Estaba un poco rellenita pero no exhibía un gran trasero; en realidad estaba muy bien: un par de años y su cuerpo se estilizaría, siempre que se pusiera sobre la báscula todos los días, si continuaba haciendo deporte y si su plato preferido era una gran ensalada. Me pareció que no perdía mucho tiempo estudiándose en el espejo.

No se mostraba nerviosa, ni acelerada, ni siquiera curiosa. Incluso podía parecer que lo único que había pretendido era alejarse de Alicante sin importarle el lugar de

destino. No se encontraba allí para ver a un familiar, o una amiga, porque entonces la habrían venido a esperar a la estación y no se habría alojado en un hotel. Quizás pensaba verse con alguien que venía de paso y tenía habitación reservada en el mismo hotel, alguien que todavía no había llegado pero que no tardaría en hacerlo. Quizás era la amante adolescente de un pez gordo. ¿Por qué Bilbao? Podía tratarse de un encargo, un pequeño negocio, cierta información, una entrevista de trabajo, o de negocios, o había venido a comprar algo especial que no había en Alicante pero sí en Bilbao. Podía ser cualquier cosa.

Nada de visitas, de entrevistas, o de dirigirse a las oficinas de una empresa para una transacción. Se dedicó a pasear sin rumbo. Contrastaba su caminar errático con el ajetreo decidido de peatones y coches, deteniéndose delante de los escaparates, como si hubiera viajado toda la noche para redactar un informe sobre los escaparates de Bilbao.

El disco lánguido del sol había desaparecido detrás de un cielo encapotado, pero no llovía. La temperatura era agradable, casi sobraba el jersey. La gente se movía apresurada, algunos todavía camino del trabajo, otros buscando trabajo; no se veían niños, ocupaban ya sus pupitres recitando la lección del día; algún ama de casa se apresuraba arrastrando el carrito para conseguir un buen puesto en la primera cola del día.

Demasiados escaparates, a veces en tiendas sin interés que no podían llamar la atención de una chica de veinte años: de bicicletas, la *boutique* de las bolsas de papel, una inmobiliaria...

La pista parecía buena. Una chica que viaja toda la noche para dedicarse a ver escaparates. Aquel viaje solo podía estar relacionado con otra persona, alguien de interés para el Grupo, un novio tal vez, aunque no la había visto salir con ningún chico. Podía tratarse de alguien que no debía dejarse ver, pero no parecía una chica que se relacionara con rufianes reclamados por un juzgado.

Entró en un par de tiendas, una zapatería y una librería. La esperé en la calle. Cuando salió, apenas unos cinco minutos después, no llevaba nada en las manos. Su equipaje era modesto, solo la maletita, lo que indicaba que no pensaba permanecer en Bilbao mucho tiempo, un par de días tal vez, algo que yo ya había pensado, porque no parecía que necesitara comprar nada de ropa.

Recorrió otro par de calles y esta vez le tocó el turno a los almacenes de El Corte Inglés. Esperé medio minuto y entré yo también. Había ya cierto movimiento de clientes en el laberinto de expositores, allí resultaba fácil perderla. Además, los grandes almacenes disponían de varias salidas.

Tampoco compró nada esta vez, se limitó a recorrer, despacio, con languidez, las secciones de perfumería y papelería de la planta baja. Pereció interesada en cartuchos para impresora, al menos se demoró en consultar los precios. Luego salió por la puerta principal por la que había entrado.

Otro par de calles y le tocó el turno a otros almacenes, Bazar Kabi. Y lo mismo:

deambuló entre los expositores de la planta baja, ignorando las escaleras mecánicas, demorándose en las secciones de discos y regalos. No le interesaban las otras plantas, solo le interesaba la planta baja. Sin apresurarse, sin abandonar su caminar cansino. Salió de nuevo a la calle, pero esta vez lo hizo por una de las salidas laterales que comunicaba con una calle de poco movimiento. Vi cómo tomaba, ahora con decisión, hacia su derecha. Me apresuré a salir por la puerta principal para esperar a que apareciera en la esquina.

Cruzamos un puente. La ría marrón claro se deslizaba perezosa hacia el mar. A la salida del puente titubeó un poco, tomó a su derecha y en el primer paso de peatones cruzó la calzada.

Nos internamos en el casco viejo. Era una zona peatonal, de calles estrechas y fachadas oscuras, con un fluido tránsito de peatones. Resultaba difícil hacer un seguimiento por aquellas calles, sobre todo a un objetivo sin rumbo fijo que se detenía delante de todas las pintadas como si estuviera aprendiendo a leer; me veía obligado a seguirla a distancia, inventando pretextos para detenerme pues su caminar continuaba siendo errático y cansino. Si pretendía deshacerse de un seguidor no le costaría hacerlo, si ya había advertido que la seguían.

Recorrimos media docena de calles; luego, en una plazuela, con una fuente y palomas de bronce y de verdad, se sentó en un banco. Permaneció allí una media hora, con los jubilados y los niños de tres o cuatro años que se esforzaban en aniquilar a las palomas. No volvió la cabeza ni una sola vez, se dedicó a contemplar la degollina, pero indiferente, soñando despierta tal vez. Se levantó, deambuló otro poco y entró en un restaurante, el Txiler. Eran las 13:09.

Ocupé una banqueta en el extremo del mostrador más cercano a la puerta. A través de una luna y como a unos treinta metros tenía la puerta del Txiler. Seguramente el restaurante tenía otra salida, de servicio a otra calle; si ella la utilizaba, la perdería, pero daría de nuevo con ella en el hotel.

No podía hacer otra cosa, ellos lo tenían que saber, no podía ser su sombra las veinticuatro horas del día, no me habían ofrecido ayuda, algo que no tenía sentido si la chica les interesaba lo suficiente como para trasladar a un agente primero a Alicante y luego a Bilbao, con una cuenta de gastos abierta.

Eran las 13:58 cuando salió del restaurante. Había permanecido en el interior cincuenta minutos. Esta vez, caminando a buen paso y sin desviarnos de la ruta, cruzamos la ría y regresamos al hotel.

Llevaba allí desde las cuatro, es decir, casi dos horas. Tenía extendido sobre la mesa baja el mapa de Bilbao y alrededores y apuntaba datos en uno de los folios. Había interrumpido la vigilancia durante media hora para salir del hotel a comprar una bolsa de viaje, algo de ropa, un mapa, una carpeta y un paquete de folios. En recepción me habían dado la dirección donde tenía que recoger el coche que había alquilado. Rafaela debía de seguir durmiendo, si era que estaba durmiendo y no viendo la televisión o leyendo un libro. Su aspecto al bajar del tren podía haber sido engañoso, quizás no había pegado ojo en toda la noche pensando en la persona con la que se iba a entrevistar o el negocio que tenía que resolver. Pero era demasiado joven para pasarse el resto de la tarde encerrada en una habitación. Continuaba sin llover, el crepúsculo invitaba a pasear por las calles repletas de peatones, rotas las filas.

De momento me encontraba concentrado en un trabajo que a cualquier observador superficial podía parecerle importante: estudiaba rutas en el mapa apuntando datos como si fuera un comercial viendo esfumarse su prima de fin de año.

No hacía nada diferente a lo que había estado haciendo en Alicante aquellos últimos quince días. Seguir la durante dos o tres horas para, a última hora del día, marcar un número, grabar mi informe vacío en una cinta y responder a las preguntas rutinarias de la Voz. El seguimiento resultaba ahora más sencillo, la chica no parecía tener ningún lugar adonde ir, ni nada que hacer, solo pasear, contemplar escaparates y echarse una larga siesta. Debía de tratarse de alguien especial, no podía ser otra la razón de su viaje a Bilbao. Seguramente la cita era en aquel mismo hotel, alguien que llegaría en avión, o en tren, o conduciendo un coche.

Levanté la cabeza. Delante de mí, al otro lado de la mesa, se habían detenido dos sujetos. Me contemplaban, ni sonrientes ni ceñudos. Eran policías. Lo supe por la forma severa de mirarme manteniendo una actitud de autocontrol, la que se aprende en el manual, *ertzainas* (o amapolas, como los de la Nacional les llamaban allí), lo sabía ya antes de que uno de ellos me mostrara el carnet abierto a la altura de su cintura, como si se lo mostrara a un indigente antes de invitarle a trasladarse al refugio municipal. No dije nada, no me moví, esperando allí sentado la llegada del mejor abogado de la ciudad para que hablara por mí.

Eran jóvenes, ninguno de los dos llegaría a los treinta, de físico galgano y tez

transparente los dos, con los pómulos sonrosados. Uno de ellos vestía una cazadora corriente de tono arena y pantalones grises. El otro llevaba puesta una chaqueta *blazer* y corbata perla, como si fuera un secretario de la embajada al otro lado de la calle. El carnet permaneció delante de mis ojos más tiempo de lo normal, como si la mirada que me estaba echando su propietario fuera precisamente la pregunta que me iba a hacer. Me eché hacia atrás en el sillón, saqué la cartera y les mostré mi carnet sin alargar la mano. Era mi respuesta, para que supieran que se dirigían a otro policía y despejaran el campo.

—¿Está alojado en este hotel? —me preguntó el de la chaqueta *blazer* mientras el otro guardaba el carnet. No habían mirado el mío, ya sabían que era policía y, también, seguramente, del GLF. Sabían que me alojaba en el hotel y la fecha y la hora que me había registrado. Sabían el día de mi cumpleaños. También que era uno de esos fulanos que utilizan mocasines para no tener que abrocharse los zapatos.

Desvié la mirada hacia el mostrador de recepción. Un cliente que lleva dos horas sentado en un sillón apuntando datos de un mapa era allí, sin lugar a duda, una escena de todos los días. El recepcionista no miraba hacia nosotros, martilleaba con dos dedos en el teclado del ordenador. No me encajaba tener a aquellos dos *ertzainas* delante de mí, interpelándome, no existía ninguna razón para ello. Además, por el tono que habían empleado, me pareció que no había sido una pregunta amistosa, de policía a policía, que no les importaba que sonara como una pregunta autoritaria, o idiota. Habían empleado el tono que se emplea con un tipo reclamado por cinco juzgados que juega su última carta pretendiendo pasar por comercial de electrodomésticos.

—Sí.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Dónde?

—En Bilbao —incluso habían endurecido el tono, como si buscaran la revancha de una pelea.

Arrojé el bolígrafo sobre el folio y me eché hacia atrás hasta que mi espalda se apoyó en el respaldo del sillón. Estudié el rostro todavía tierno de los dos *ertzainas*. Su pregunta iba más allá de la línea invisible que separa la rutina de la provocación. No sabía si tenían derecho a hacérmela, desconocía la legislación al respecto.

—Estoy con un seguimiento.

Había optado por la vía diplomática, pensando en las preguntas de la Voz cuando marcara el número memorizado, también porque aquellas debían ser las palabras mágicas que les hiciera ver que nos encontrábamos en el mismo bando, el de los buenos. Su pregunta ahora debía ser que a quién seguía y por qué, pero lo que escuché fue lo que menos esperaba:

—Tiene que acompañarnos.

Para eso se encontraban allí, para llevarme con ellos, era la orden que habían recibido, cogirme cada uno de un brazo y llevarme en volandas a un furgón para

arrojarme a una mazmorra. Un carnet y revelarles que estaba haciendo un seguimiento no era suficiente para ellos. Yo debía significar algo especial, algo que no parecía bueno.

El tipo de recepción había dejado de teclear y estudiaba la pantalla del ordenador, un poco inclinado hacia delante como si las letras se estuvieran desvaneciendo.

No comprendía. Me había duchado, afeitado y peinado. Mi traje estaría algo arrugado pero eso no era motivo para llevarme con ellos. Por el tono que había empleado podía deducir que no tenía más alternativa que acompañarles, yo allí no tenía ninguna jurisdicción, mi carnet no significaba nada para ellos. Guardé los folios en la carpeta, recogí el mapa y me levanté.

Me metieron en el asiento posterior de un Audi sin identificación, cruzamos la ría y tomamos hacia la izquierda, en dirección donde debía encontrarse el mar.

Conocía poco Bilbao, había recorrido sus calles un par de veces, por asuntos de trabajo, solo durante tres o cuatro días y de ello hacía seis o siete años. Tenía idea de que por aquella zona se encontraba la universidad y que la vieja zona industrial se encontraba enfrente, al otro lado de la ría.

Unos minutos y nos detuvimos delante de la puerta de lo que sin duda era una comisaría, o un cuartel, o la central de la Ertzaintza en Bilbao.

Era un edificio de tres plantas, no demasiado antiguo, de paredes grises, sin adornos y con ventanas de tamaño regular. Tres o cuatro banderas ondeaban sin entusiasmo sobre la puerta.

Recorrimos veinte metros de un pasillo de paredes encaladas y suelo de parqué sin encerar, con puertas a ambos lados, de tablero liso y sin rótulos. Abrieron una de aquellas puertas, me hicieron pasar y cerraron a mi espalda sin darme ninguna explicación.

Era una habitación de unos quince metros cuadrados, sin ventanas y con el mismo parqué del pasillo. Tampoco había una mesa ni un armario o un archivador, solo un par de sillas metálicas y una mesita baja de madera, cuadrada, con dos ceniceros, con una colilla con filtro en cada uno de ellos como colocadas allí por un decorador.

Durante un par de minutos me dediqué a pasear de pared a pared, luego me senté. Unos veinte minutos más y la puerta se abrió apareciendo un *ertzaina*, uniformado, de mediana edad pero con todo el cabello blanco que me pidió, como disculpándose, que le acompañara.

Recorrimos otro par de pasillos hasta lo que parecía ser la sala general. Se encontraba demasiado alejada de la puerta por la que habíamos entrado por lo que deduje que no lo habíamos hecho por la puerta principal, a pesar de las banderas. Efectivamente, al final del pasillo, en una especie de recibidor, había una puerta grande de cristal que daba a lo que parecía ser una plaza.

En la sala general había unas diez o doce mesas grises de despacho, cada una con su correspondiente ordenador, sillón, papeles y *ertzaina* de uniforme. Dos eran mujeres, con el cabello rubio teñido recogido en cola de caballo. Nadie nos miró,

como si pasáramos por allí todas las tardes a la misma hora desde la inauguración de la comisaría. Mi guía abrió para mí la puerta de aluminio y cristal de una de las garitas que había alrededor de la sala y me cedió el paso.

No era un cubículo demasiado grande para ser el despacho del jefe, o del subjefe, no sabía con quién me las iba a ver, pero estaba bien iluminado por la luz crepuscular que entraba por un gran ventanal desde el que se divisaba un trozo de ría a unos cien metros de distancia. Delante de mí tenía una mesa de despacho que casi alcanzaba de pared a pared, llena de cartapacios entre los que se hacían hueco un teléfono y un par de brazos como jamones. El ordenador estaba sobre una mesita en un rincón.

Le calculé unos cincuenta años, iba de paisano, en camisa gris de manga corta y se encontraba sentado al otro lado de la mesa. Era moreno, fuerte, casi rudo, y mostraba una buena calva tostada. No hacía nada, no estudiaba ningún papel, no hablaba por teléfono, sus dedos no escarbaban en el bolsillo de la camisa buscando un palillo, parecía estar allí sentado desde hacía un par de días esperando mi llegada. Miraba mi rostro, no estudiándome pero tampoco tratando de intimidarme. Yo debía ser el primer gran problema que entraba en su garita aquella semana.

—¿De la familia, entonces? ¿Madrid? —fueron las primeras palabras que me dirigió, sin enarcar las cejas, sin ofrecerme la mano, sin invitarme a tomar asiento, aunque había cuatro sillas de tubo en el despacho. «De la familia», había sonado como una coletilla que tenía preparada para soltarla cuando entrara en su garita alguien como yo. Claro, se refería a nuestra condición de policías. Estuve tentado de coger una silla, sentarme delante de la mesa, cruzar las piernas, responderle «sí» e invitarle a abrir la caja de puros.

El caso era que su tono no iba cargado de ironía dura, todo lo contrario: me pareció que había pretendido ser amistoso, «familiar», nada convencional, aunque no venía acompañado de la correspondiente sonrisa, o de la relajación de los músculos de su poderoso torso, como si estuviera representando torpemente un papel, una lección del manual mal aprendida.

—GLF —le contesté.

Cabeceó afirmativo, levemente.

—Fugitivos. ¿Y qué le ha traído a Bilbao? Mejor dicho: ¿Quién? ¿Un asunto oficial? ¿Algo importante? ¿O está haciendo turismo? ¿Solo?

Tres o cuatro preguntas retóricas e inútiles. Él sabía todo sobre mí, o casi todo. Me trataba de usted, como si de verdad yo fuera un turista extraviado que había entrado en la comisaría para preguntar el camino de regreso al hotel. Sus brazos continuaban sobre la mesa, con el tronco bien recto sin que su espalda tocara el respaldo del sillón. El tono de su voz no acababa de encajar con aquella postura, o con la severidad de su expresión; era casi zalamero, como si el trato personal fuera la única asignatura que había suspendido y aquella fuera su última oportunidad.

—Oficial. Es un asunto oficial. Estoy destinado en Gijón. Grupo décimo. Llevo quince días en Alicante con un seguimiento —me escuchaba con atención, sin dejar



de mirarme, pero era una atención forzada, como si se hubiera propuesto memorizar mis palabras—. Anoche, inesperadamente, el sujeto viajó hasta aquí. Se aloja en el Abando. De momento lo único que ha hecho ha sido pasear. Es todo de lo que me está permitido informarle.

Le había informado sobre lo único que yo sabía, pero no se lo iba a dejar ver, me reservaba una zona de misterio también vacía para mí. Además, me tenía desconcertado, no sabía si su carácter auténtico encajaba con el tono suave de su voz o con su expresión severa, o con ninguno de las dos.

Me estaba preguntando ya cómo me habían localizado, cómo habían sabido que yo era policía antes de mostrarles el carnet. Podían haber recibido una llamada de la gente del hotel, sin que resultara fácil comprender la razón de esa llamada, a no ser que fuera preceptiva, que los recepcionistas tuvieran orden de comunicarles que un policía de la nacional o un guardia civil habían puesto el carnet sobre el mostrador. Algo que yo no había hecho.

Continuaba acaparando su mirada. No era escrutadora, podía tomarla como amistosa, la mirada de un amigo que no sonreía nunca, la mirada vacía de un tipo bien vivo.

—Aquí no tienen ustedes comisaría, no la tienen en toda Vizcaya, pero sí tienen Guardia Civil —miró hacia el ventanal, como si esto fuera incomprensible para él—. ¿Se ha puesto en contacto con ellos? Tienen la comandancia en el puerto, Aduanas y Extranjería. En el Reina Victoria, que es el nombre del muelle. Supongo que tendrá que hacerlo. ¿Lo ha hecho ya?

—Todavía no.

—Necesitará ayuda para su seguimiento. Cuento con nosotros. ¿Usted solo? No le resultará fácil. Le echaremos una mano. Aquí la colaboración es recíproca. Nos necesitamos. Acabamos de tener un caso parecido, en La Rioja. La policía nos facilitó cinco agentes, la Nacional, como dicen ustedes. Es una norma no escrita entre nosotros, pero necesaria. ¿Lo sabía?

—No.

—Pues así trabajamos aquí.

Nada de pedirme más datos del seguimiento, a quién seguía y por qué, nada de que llamara a Madrid, o el número para verificarlo, aceptando lo que le decía como si mis palabras fueran las de un arcángel.

—De momento me arreglo solo. No han surgido complicaciones. Es un asunto menor. Le agradezco su ofrecimiento. Si hay alguna complicación me pondré en contacto con ustedes.

—¿Menor? ¿Quince días y ha viajado toda la noche hasta aquí? —ahora si se echó hacia atrás en el sillón como si hubiera terminado el primer asalto. «Toda la noche», sonaba como si conocieran mi viaje ya antes de llegar, como si hubieran ido a recibirme a la estación. Había aparecido un brillo nuevo en su mirada, algo más duro—. No vamos a esperar a que aparezcan esas complicaciones, siempre resultará

mejor prevenir las. Tenemos personal suficiente. Le adjudicaremos dos *ertzainas* —el tono de su voz era de imposición—. No son agentes con demasiada experiencia, pero si solo se trata de un seguimiento sabrán hacerlo. Estarán a sus órdenes, pero si tiene cualquier problema con ellos recurra a mí. Y manténgame informado, usted personalmente.

Y llegó la sonrisa, al fin, como si la hubiera estado reteniendo todo aquel tiempo, o buscándola por todos los bolsillos porque era la única sonrisa que le quedaba. Lo de los dos *ertzainas* era una caja de colores con lazo y con una orden en el interior.

Dos *ertzainas* para que me vigilaran, para tenerme bajo control, para dejar bien claro que me movía en su territorio y que no me permitían dar un solo paso sin que ellos estuvieran informados. Lo cierto era que yo prefería el giro que había dado la conversación: su melosidad inicial me había desconcertado.

—Me vendrán muy bien. Se lo agradezco. Si hay complicaciones estaremos preparados. Nos necesitamos.

Estuve por guiñarle un ojo. No me atrevía a rechazar su oferta aunque fuera una exigencia, o precisamente por ello. Había empleado un tono de voz sentencioso, evitando cualquier sarcasmo.

Lo cierto era que necesitaba que me echaran una mano. Yo solo no podía seguir a la chica las veinticuatro horas del día. Si había venido a Bilbao a encontrarse con alguien podía citarse con una multitud sin que yo me enterara. Por eso no acababa de comprender mi situación, la razón de que el Grupo me hubiera ordenado viajar a Bilbao, como si la chica fuera un objetivo importante, pero sin ofrecerme apoyo.

Se llamaban Beñat y Ederne. Ella estaba bien, tirando a menuda, rubia teñida, con un fino aro de casada en el anular izquierdo. Le calculé un par de años o tres por encima de los treinta. Él era un tipo robusto, de un metro ochenta y cinco y con una gran quijada; su aire era de primero de la clase obsesionado con tener limpio el encerado antes de que llegara el profesor. No le caí bien, lo advertí al instante. Tampoco hizo nada para disimularlo. Quizás fue el pequeño detalle de que ignorara mi mano, o que me dedicara un par de palabras en euskera, o puede que no le gustara el trabajo que le habían ordenado hacer. Pero él todavía no podía saber de qué trabajo se trataba, a no ser que ya se lo hubieran dicho antes de aparecer yo en la comisaría.

Salimos de la garita.

—¿Ederne? ¿Golondrina?

—No. Hermosa.

Y me obsequió una sonrisa amplia y relajada. Miré sobre el hombro y vi cómo Beñat, todavía en la garita, cerraba la puerta a nuestra espalda, se acercaba a la mesa del comisario y se dirigía a él excitado, seguramente para decirle que no quería aquel trabajo, o trabajar a mis órdenes. Ederne también se había detenido y miraba hacia allí algo tensa. El comisario escuchó a Beñat moviendo papeles, luego le clavó la mirada y me pareció que le dedicaba una réplica corta y dura. No logré oír las palabras ni el tono, pero estaba seguro de que el tono azucarado que había empleado

conmigo lo había arrojado por la ventana.

Me tocó ir en el coche de Ederne, un Mégane, en el asiento del copiloto. Beñat nos seguía en su Clio azul oscuro, yo me había limitado a decirle que nos siguiera. Cruzamos la ría y le indiqué a Ederne que girara hacia la derecha. No hablábamos, aunque la chica exhibía ese cuarto de sonrisa a la espera de escuchar algo agradable para replicar en el mismo tono. Era guapa. Guapa era la palabra. Ni bella ni bonita, guapa encajaba con sus facciones armoniosas, nada en ellas fuera de lugar, pero sin alcanzar esa armonía perfecta que hace a un rostro excepcional. No iba maquillada, todavía no lo necesitaba, quizás dentro de diez años se decidiera a abrir la caja de polvos.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

—Sí. Uno. ¿Y tú?

—No estoy casado.

Y aquello fue todo, no hablamos más. Un par de minutos y aparcamos en la plaza donde desembocaba Colón de Larreategi, la calle del hotel Abando. Salimos de los coches y miramos hacia el hotel. Los *ertzainas* lo conocían, los dos eran de Bilbao. Saqué la foto de Rafaela y se la mostré.

—Solo vigiladla. Veinte años, estudiante, buena chica, con coche pero no lo ha traído, ha viajado en tren. Tiene dinero así que puede alquilar uno pero todavía no lo ha hecho, se mueve en taxis y a pie, no en transporte público, de momento. Estudia en Alicante y ha llegado esta mañana, y yo con ella. Equipaje para un par de días. Ha estado de compras pero no ha comprado nada. Se ha pateado media ciudad. Entradas y salidas del hotel, taxis, adónde va, dónde entra, de dónde sale y con quién se ve, esto es lo más importante. Solo eso: mirar y retener. Tres turnos de cinco horas, solo de día. Correremos el riesgo de que salga de noche, pero no creo que lo haga.

No les expliqué por qué creía que no lo haría. Como si en mi maleta tuviera un *dossier* de doscientos folios y solo les estuviera facilitando los datos más importantes.

—¿Solo eso?

El tono de Beñat había sido cortante, provocador, como si estuviera muy sobrado y lo que yo les proponía fuera un juego de niños. Perteneecía a la clase de policías que por la noche soñaban con encontrarse al entrar en el banco con cinco atracadores y que él los reducía solo con el tono bronco de su voz, o que recibía una medalla por sacar de una casa en llamas a una chica en camisón.

No me había mirado para dirigirse a mí, y tampoco miraba hacia el hotel; miraba al frente, tenso y enfurruñado, como si fuera un general degradado a cabo.

—Solo eso.

—¿Quién es esa chica? ¿Qué ha hecho? —intervino Ederne, en tono conciliador, quitándole la palabra a su compañero. Ignoré sus preguntas.

—Solo vigiladla. De momento. Hasta las diez, a esa hora está siempre en casa —me dirigí primero a Ederne y luego a Beñat—. El primer turno, a partir de ahora, tú. Mañana, a las siete, entrarás tú. Vamos con los teléfonos.

Nos pasamos los números. Antes de que Beñat preguntara si habíamos terminado les dije que eso era todo. Beñat dio un par de pasos hacia donde había dejado el coche y se detuvo esperando a Ederne, pero la chica se detuvo a su vez esperándome a mí. No debía saber que yo me alojaba en el hotel. Beñat le dijo algo en euskera y ella le respondió en euskera también, pero en un tono cortante. Beñat continuó su camino hacia el coche.

—Supongo que habrá salido. Cenará por ahí. Si no quieres esperarla en el hotel hay un bar casi enfrente, es un buen sitio.

—Lo conozco —me dijo Ederne, sonriendo.

—Yo no. Algo nos darán.

El bar se llamaba Martxiarena. Estaba calle arriba, a unos treinta metros del hotel. Estuvimos una media hora ocupando un par de banquetas, cerca de la puerta. Yo daba la espalda a la calle, Ederne de vez en cuando levantaba la mirada sobre mi hombro hacia la puerta del hotel.

Charlamos. No le conté nada sobre mí porque no había nada que contar, solo algo sobre el trabajo del GLF y sobre Gijón; ella me contó un par de cosas sobre sí misma, su hija tenía cuatro años y su marido era también *ertzaina*, un jefecillo. Cuando le pregunté por qué se había hecho policía se encogió de hombros con cierta resignación. No logró disimular cierta melancolía en su expresión.

—De alguna forma tenía que ganarme la vida.

Dos minutos pasadas las ocho. El móvil estaba sonando. Dejé la maquinilla y regresé a la habitación. Era Beñat. Continuaba hosco. En tono duro me recitó que Rafaela acababa de salir del hotel, que no había cogido un taxi, que paseaba, que iba en vaqueros y con una chaqueta de punto gris. Lo primero que pensé fue que resultaba extraño que la chica saliera tan pronto del hotel para pasear, con las tiendas todavía cerradas. Pensé también que era una buena hora para comprobar si tienes a alguien detrás de ti; la gente a esta hora se movía deprisa y su seguidor se vería forzado a moverse de la forma lánguida que ella lo hacía. Le dije que se limitara a seguirla.

La tarde anterior no les había dicho que me tuvieran informado. Si no sucedía nada importante no era necesario que nos llamáramos, sin embargo me había llamado. Podía ser un tipo cumplidor, disciplinado, o tal vez trataba de restregarme por la cara que estaba trabajando para mí, que lo tuviera bien en cuenta porque era algo que solo me iba a suceder una vez en la vida.

Lo único que Rafaela podía pretender dejando el hotel a hora tan temprana era hacer ejercicio, estirar las piernas. En Alicante prescindía del coche con frecuencia, pero no paseaba porque siempre tenía algún lugar adonde dirigirse y lo hacía a buena marcha.

Descorrí la cortina, subí la persiana y miré hacia arriba: el día empezaba a respirar y no mostraba buen semblante.

La nueva llamada llegó cuando me encontraba sentado a una de las mesas del Martxiarena, la más cercana a la puerta, desayunando y leyendo el periódico. Beñat, en su ya habitual tono hosco, me comunicó que el sujeto había entrado en una agencia de viajes que acababa de abrir, solo había permanecido dentro un par de minutos, había salido con las manos vacías.

—¿Lleva bolso?

—No, no lleva bolso. Ya se lo dije.

No me lo había dicho pero daba igual. También me daba igual que me tratara de usted, yo le iba a tutear.

—¿Bolsillos?

—Tampoco. Los del pantalón. ¿De qué va todo esto?

Tomé la avenida y continué hasta encontrar la ría. Girar a la izquierda, sin cruzarla, y seguir adelante, me había indicado el recepcionista de turno, un tipo joven

con un bigotillo que parecía que había tomado prestado de su abuelo. Unos siete kilómetros y tenía que encontrar las indicaciones que conducían a los portones de entrada del puerto. En la barrera debía preguntar por el Reina Victoria.

Me vi obligado a sacar el carnet. El guardia de cabina, con chaleco antibalas y gorra, no tricornio, no parecía muy seguro de si debía dejarme pasar aunque exhibiera un carnet. Pasé, hice otro par de preguntas y no tardé en encontrarme en el muelle Reina Victoria, delante de un edificio de ladrillo con la bandera española, la ikurriña y la azul con las estrellas.

Era un caserón de dos plantas, que habría cumplido los cien años, o alguno más, con una docena de ventanas en la fachada principal. La puerta de entrada, alta, abierta de par en par, estaba defendida por un murete de sacos terreros apolillados, de un metro setenta de altura y unos diez metros de largo. Sobre la puerta, rotulado sobre el estuco en letras negras, estaba el preceptivo Todo por la Patria, en grafía vasca, en son de concordia, esa grafía de los vascos antiguos cuando empleaban el hacha para escribir una declaración de amor, o una amenaza, en el tronco de un árbol.

Un número, con gorro y chaleco antibalas, con el subfusil en ristre y seguramente un machete en cada bota, hacía guardia en el corredor de un metro de anchura entre la puerta y el murete de sacos. No interrumpió su corto paseo, pero tampoco me quitó ojo, mientras yo aparcaba en la campa colindante y salía del coche. Entre la veintena de utilitarios aparcados sobresalía un Subaru Forester de tono plateado, que debería pertenecer a un pez gordo, seguramente a una visita al cuartel.

El número se detuvo a unos tres metros de la puerta, como si su presencia allí fuera solo para que nadie se llevara los sacos terreros. Le dije que me estaban esperando. Me indicó la puerta con la barbilla.

Al otro lado de un pequeño mostrador, al entrar, a la izquierda, se encontraba otro número con el correspondiente gorro y chaleco, pero sin nada en las manos. Contempló rígido como me acercaba y me escuchó decir, sin sacar el carnet, que el comandante me estaba esperando. Me dio la espalda y desapareció por una puerta, sin responderme, para reaparecer tres segundos después en el pasillo, sin que le hubiera dado tiempo a cambiar de expresión, indicándome que le siguiera.

Subimos una escalera. A la derecha, al pie de la escalera, había una puerta doble de cristal que parecía comunicar con la sala general. Logré ver media docena de chupatintas, hombres y mujeres, todos con el uniforme verde oliva. La puerta tenía una gran placa de fondo negro y letras blancas: Servicio de Aduanas y Confrontas.

En la segunda planta, a la derecha, había una puerta similar y otra placa: Extranjería. Mi guía abrió aquella puerta cediéndome el paso. Me encontré así en una sala que, como primera impresión, me pareció hermana gemela de la que había visto en la comisaría de la Ertzaintza la tarde anterior: amplia y bien iluminada con tubos fluorescentes, con unas diez mesas de despacho, con portafolios y papeles y el correspondiente ordenador con el correspondiente funcionario, o guardia, ocupando su correspondiente silla giratoria. Todos de paisano. A mi izquierda había una garita

de cristal y, al otro lado de la sala, otras dos garitas. En ellas había más chupatintas, o guardias, charlando, como si ya hubieran dado fin a la jornada laboral. Ninguno de ellos iba de uniforme, algo que contrastaba con los chupatintas de la sala general del piso de abajo. En una de las garitas, al otro lado de la sala, la que se encontraba enfrente de la puerta de entrada, solo había una persona, sentada a una gran mesa de despacho que leía los papeles que tenía sobre la carpeta, con el codo clavado en la mesa y el puño hundido en la mejilla, como un alumno aplicado. Mi guía me había dejado solo, como si el uniforme le vedara la entrada a aquella sala.

—¿El comandante? —le pregunté a una mujer, funcionaria o guardia, de mediana edad, con un par de buenos pulmones y mucha práctica aporreando un teclado. Me sonrió, se levantó, me pidió que la siguiera y se dirigió cruzando entre las mesas a la garita del alumno aplicado. Golpeó un par de veces el cristal con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió y me pidió que pasara, envolviéndome de arriba abajo con una piel de oso en forma de sonrisa; le deslicé en el bolsillo casi horizontal de la camisa el único modelo de sonrisa que yo tenía y entré.

Lo primero que pensé del tipo que se encontraba al otro lado de la mesa de despacho fue que su cuerpo era demasiado menudo para ejercer de comandante de la Guardia Civil, o de policía, como uno piensa que debe ser un comandante de cualquier cosa. No imponía. Su apariencia era frágil. Sin embargo, su rostro y su expresión no encajaban con aquel cuerpo. Era un rostro castellano, apretado, de duende, con dos grandes orejas. Sus ojos, pequeños y oscuros, detrás de unas gafas al aire de cristales finos, eran dos clavos bien hundidos en la roca. La mano que permanecía sobre la mesa era pequeña, de tendones marcados, con un poco de vello extrañamente rojizo porque su piel y su cabello denso y entrecano eran morenos.

Me detuve a un par de metros de la mesa. No me había invitado a sentarme, aunque había un par de sillas de tubo. Me miraba.

—Soy Ruano Peredo. Hablé por teléfono con su secretaria. Del GLF, en Gijón. Me alojo en el hotel Abando.

Él podía pensar cualquier cosa: que me había presentado allí porque era preceptivo hacerlo, aunque yo desconocía si lo era, lo hubiera sido si fuera una comisaría de la Nacional; también que me podía encontrar en apuros y venía a pedirle ayuda; o a presentarle mis respetos de parte de mis jefes y la caja de puros se me había olvidado en el hotel. No le iba a decir por qué me encontraba en Bilbao hasta que él no me lo preguntara. Sus pequeños y fríos ojos parecían estar pensando si el gato debía molestarse en cazar aquel pájaro que acababa de entrar por la ventana. No abrió la boca, mis palabras solo habían sido para él una simple introducción. Yo no había sacado el carnet porque no tenía sentido que un policía de la Nacional le presentara el carnet a otro policía aunque para desfilarse pusiera un tricornio; lo haría cuando él me lo pidiera.

—¿Qué más? —se limitó a preguntarme, con una voz que tampoco correspondía con su cuerpo menudo: provenía de lo más profundo de una mina de azufre

abandonada.

Estaba claro que necesitaba saber algo más sobre mi aparición en Bilbao.

—Vigilo a una dama de veinte años, desde hace un par de semanas. Anteanoche viajamos en tren desde Alicante... en cabinas separadas.

Se quedó mirándome como si yo fuera un hámster que no prueba la comida hace un par de días. Yo había repetido el número de forzar el tono para dar a entender que había mucho más pero que no era asunto suyo.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Mi explicación no era suficiente para él, podía decirle que no tenía idea de por qué la seguía. Podía decirle que no estaba autorizado a revelárselo, podía inventar cualquier historia, pero entonces me negaría toda colaboración. Y la necesitaba. Opté por una vía intermedia.

—No es ella quien nos interesa. Está esperando a alguien: es ese alguien quien nos interesa.

—¿A quién?

—A un enlace.

—¿Qué enlace?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Dónde se aloja?

—También en el Abando.

—Es preceptivo contactar con la Ertzaintza, ellos mandan aquí, ¿lo ha hecho?

—Les hice una visita ayer por la tarde.

—Está en su jurisdicción, salvo el puerto. Este es nuestro territorio, no lo olvide. ¿Le ofrecieron colaboración?

No comprendí a qué se refería con aquel «no lo olvide».

—Me han ofrecido dos *ertzainas* —no le dije que en realidad habían sido ellos quienes habían contactado conmigo, me habían llevado medio detenido a su comisaría y me habían impuesto a los dos *ertzainas*—. Necesitaré más ayuda, no podemos cubrir el turno de noche. Otro par de agentes no me vendrían mal.

Por primera vez se movió, solo una mano, la deslizó sobre la mesa hacia su derecha, dejándola a la altura del primer cajón, por un instante creí que iba a sacar una pistola.

—Que lo solicite su Grupo desde Madrid.

—Solo para un par de días, la chica no ha traído equipaje y no ha comprado nada. El papeleo nos llevaría más tiempo.

—Pida a la Ertzaintza más gente, es su territorio. Ha tardado un día en presentarse en este despacho, ¿por qué?

Al parecer era esto lo que le interesaba. Su mano derecha deslizó sobre la mesa hacia mí un portafolios amarillo pálido. Lo cogí.

—No he podido hacerlo antes.

En ese instante la puerta de la garita se abrió a mi espalda y volví la cabeza. Eran



dos tipos, dos guardias de paisano. Parecían relajados pero mi presencia en la garita pareció sorprenderles.

—¿Ocupado, jefe?

—Échele un vistazo —me dijo el comandante refiriéndose al portafolios que me había entregado.

Los dos guardias me tendieron la mano dándome sus nombres. El comandante no tenía ninguna intención de presentarnos. Servet era el nombre del primero, un tipo de aspecto corriente, con una sonrisa muy amistosa en un rostro que alguna vez, hacía quince o veinte años, habría pasado por guaperas durante un par de semanas. El otro se presentó como Guerra. Era espigado, con un rostro afilado donde a duras penas se mantenía una sonrisa formal.

En la tapa del portafolios solo venían dos palabras: Dossier Linus. Y en el ángulo superior derecho, X6, con rotulador negro y en letras grandes. Creí recordar que X6 significaba peligrosidad, o dificultad, o atención máxima, no lo sabía muy bien, nunca había tenido en mis manos un *dossier* con aquella letra y aquel número. Desconocía por qué la letra X y el número 6. Ganas de complicar las cosas sencillas. Por eso dudé en abrirlo allí mismo, como si fuera un *dossier* bomba. El comandante y los dos guardias me miraban, porque era lo que se suponía que yo debía hacer: abrir el *dossier* para echarle un vistazo somero, si era una persona con una curiosidad normal y no el tipo pusilánime que teme que sus movimientos dejen en evidencia su nerviosismo o incomodidad. Así que lo abrí y fingí concentrarme en el *dossier* lo suficiente, como si ellos tres no se encontraran allí.

No había ningún encabezamiento, ningún sello, ninguna firma en ninguno de los cuatro folios. Lo primero era un nombre, en mayúsculas: PAULI LINUS DIERMISSEN. Y, a continuación, la fecha de nacimiento, el 15 de febrero de 1947, en Chojna, República Democrática Alemana, RDA entre paréntesis. Así que habían puesto el viejo nombre del país, como si buscaran subrayar aquella información.

—Ese es su hombre. Ella ha venido a encontrarse con él —era la voz del comandante. Su mirada no había cambiado, no había aparecido en ella una sonrisa irónica, o de reconvención, o chulesca—. Tenían que haberle puesto bajo mi mando, para eso estoy aquí. Llévelo como quiera, pero si tiene problemas, y los va a tener, no aparezca por aquí lloriqueando. Puede ignorarnos, o puede tenernos en cuenta, usted sabrá. Diga a la secretaria que le de un par de teléfonos, quizás tenga tiempo para llamarnos. Pero yo haría esa llamada antes de que aparecieran los problemas.

Los otros dos guardias me sonreían, como solidarizándose conmigo ante la bronca que me estaba echando el profesor por haber empeñado los libros, pero también sonaba a estar preguntándose a qué había venido yo a Bilbao.

Le pedí los teléfonos a la secretaria, era la misma que me había acompañado hasta la garita del comandante. Me dio media docena, con un par de direcciones de emergencia, como si hubiera captado en mi rostro una expresión apurada. Me dijo que las memorizara, sobre todo las direcciones, y quemara el papel. Me acababa de

despedir de ella y me disponía a salir de la sala cuando advertí que eran ya casi las dos y que tenía hambre. Le pregunté dónde se podía comer algo por allí.

—Te acompañaré —eran las palabras de uno de los dos guardias de la garita, el de aspecto corriente, que cruzaba junto a la mesa.

—Me apunto —dijo la secretaria, golpeando un par de teclas del ordenador echando el cierre.

Salimos. Me disculpé un instante con ellos para dejar el *dossier* en el coche.

Detrás de nosotros venía el otro guardia, el tal Guerra; no sabía si se apuntaba a comer con nosotros o si era uno de esos tipos que te acompañan a todas partes, pero manteniéndose siempre a un par de metros de distancia para que no te hagas ilusiones pensando que ya sois amigos.

La secretaria andaría por los cuarenta, de pelo castaño natural y con un par de pinceladas de maquillaje. Tenía un buen cuerpo, pechos de competición, pero con un aspecto en general de pasar las noches en casa en bata y zapatillas acariciando el gato, con los ojos en el televisor y la mente en el desierto sobre un caballo negro, con los brazos de un jinete de nariz de halcón ciñendo su cintura.

Entramos en la cafetería que había en el mismo muelle, con el mismo nombre: Reina Victoria. Era un local amplio con una barra de más de quince metros que se perdía al fondo, ahora repleta. Todo el lado izquierdo del local era el restaurante, separado de la zona de barra por cuatro o cinco mamparas de tela. Había unas treinta mesas, todas ocupadas por tipos con toda clase de uniformes, o mono azul, menos dos mesas, al fondo, con el letrero de reservado. Nos sentamos a una de ellas, los cuatro. Guerra se nos había unido al fin, pero sin abrir la boca, ausente, como si se encontrara solo, o como si él o nosotros fuéramos sordomudos. Pedimos el plato del día a una camarera que no perdió el tiempo poniendo la vista en nosotros y comenzamos a charlar para entretener la espera. Fue la secretaria la que acaparó el parloteo porque tenía mucho que contar, asuntos del trabajo. Tripulantes de mercantes desvincijados que desembarcaban de traje y corbata con un pase de veinticuatro horas y una maleta en la mano. O jefes de máquinas que desembarcaban con una familia de siete miembros con siete maletas y siete pases de un par de horas. No me pareció que hubiera nada entre ella y cualquiera de los dos guardias. Solo eran compañeros de trabajo, ella no tenía aspecto de compartir el gato con nadie. Les pregunté el nombre del comandante, Cuevas, me respondieron, de un pueblo del norte de Palencia.

—¿Cuándo has llegado? —me preguntó Servet, entre cucharada y cucharada.

—Hace un par de días.

Otra cucharada y:

—¿Alojamiento?

—En un hotel.

—¿Todo bien, entonces?

—Todo bien.

Nada de preguntarme el nombre del hotel y, mucho menos, qué había venido a hacer a Bilbao. Seguramente me tomaban por miembro volante de la Antiterrorista en un seguimiento. Yo daba por supuesto que ellos pertenecían a Extranjería, se dedicaban a controlar a los indocumentados que se hacían notar demasiado. Tampoco me preguntaron de dónde era, qué equipo era mi favorito, ni cuántas veces me afeitaba al día.

—¿Qué tal van las cosas por aquí? —pregunté, para no mostrarme demasiado reservado.

No recibí una contestación inmediata, como si esta no fuera fácil, o como si los tres cedieran el turno a cualquiera de los otros para contestar.

—No van mal —fue Servet quien se decidió al fin.

Era una contestación ambigua, como si fuera un tema que no les interesaba, o como si tuvieran prohibido hablar sobre eso con extraños.

—Ya solo nos cambiamos de casa cada tres meses, podemos dejar el coche a solo cien metros del portal, podemos ponernos chaqueta y corbata de vez en cuando y en el bar o el restaurante podemos sentarnos de espalda a la puerta siempre que tengamos un espejo delante.

Guerra había roto su promesa de silencio. Su tono había sido amargo y agresivo. Yo no comprendía la razón. Salvo nosotros tres nadie le escuchaba, así que sus agravios debían estarme dirigidos.

—¿Por qué solicitaste este destino? —le pregunté en un tono que no desmerecía del suyo.

Entonces me clavó la mirada, como si fuera la primera vez que reparaba en mí. Se produjo un silencio tenso. Comprendí que acababa de meter la pata. Claro, pertenecían a la Antiterrorista, los dos guardias, quizás la mujer también. Y su destino en Bilbao no era voluntario, sino obligado. Seguramente una de las tres garitas en la sala general les estaba reservada, nada de pisos clandestinos o despachos acorazados, un cuartel de la Guardia Civil dedicado a Aduanas y Extranjería era el camuflaje perfecto.

—No estamos tan mal —intervino Servet, conciliador—. A muchos no nos importa cambiar de habitación de vez en cuando: es más entretenido.

Permanecimos en la cafetería unos tres cuartos de hora, no hablamos mucho, sobre la ciudad y sobre el paisaje. Los bilbaínos habían aprendido de nuevo a respirar, los siderúrgicos se habían reciclado a camareros, se veían por ahí mujeres de pescadores con pantalones de elastán y zapatos de tacón de aguja. El Guggenheim era una tarta de moca sacada del maletero. Y tres o cuatro cosas más. Pagamos y salimos. Les acompañé hasta la campa para recoger el coche.

Ederne no se encontraba en el Martxiarena. Tampoco en la plazoleta, o asomando la cabeza en cualquier esquina. No ocupaba uno de los sillones del hotel Abando. Seguramente Rafaela había salido a comer y había regresado a echar una cabezada o a ver la televisión, Ederne se encontraría al acecho, haciéndose invisible incluso para mí. Parecía una buena policía, voluntariosa y disciplinada.

Doblé la almohada, me senté en la cama y abrí el *dossier*. Eran cuatro folios escritos a dos espacios por una cara, con una foto cogida con un clip.

La foto era de 10×7, en color, con el nombre Pauli Linus Diermissen y, en el reverso, enero 2001 (padre de Rafaela Oti). Aquello me extrañó, al endosarle el apellido de la madre parecían dar más importancia a la hija que al padre. Al tipo podía calcularle unos cincuenta años; era bien parecido, de pómulos marcados y enérgicos, tipo eslavo, ojos algo achinados, medianos, negros. Su cabello, abundante, era gris, extrañamente revuelto y en punta, como si acabara de regresar de un paseo por el campo un día ventoso, se podía suponer que mano ajena se lo había movido un poco para posar ante la cámara. Pero su expresión no era asustada, ni neutra, era altanera.

Me llevó una hora leer un par de veces los cuatro folios, concentrado, valorando a fondo la información que me estaban proporcionando.

Físicamente padre e hija solo coincidían en los pómulos, y no demasiado. Caí en la cuenta de que alguna vez había pensado que los rasgos de Rafaela eran centroeuropeos, también la anchura de sus caderas, pero no eran los rasgos de su padre, más eslavos. Quizás había heredado las facciones de alguno de sus abuelos paternos.

Había una reclamación de la Europol contra Linus Diermissen, en realidad una orden de Schengen de la policía alemana. Y en mayúsculas: CATEGORÍA X6. Una categoría desconocida para mí, en el sentido de que nunca me había tocado atrapar a nadie de aquel nivel y siempre había pensado que se trataba de un nivel de peligrosidad, o de atención, solo teórico. En ninguna parte del *dossier* ponía qué cargos había contra él, y tampoco por qué era tan peligroso. Por mi mano habían pasado algunas órdenes de busca de la Europol, hacía tiempo, y no recordaba si en ellas se especificaban los cargos contra el reclamado ni la categoría de peligrosidad o preferencia alguna. Aquella reclamación era la causa de que nosotros nos hubiéramos

puesto en movimiento. Sin embargo, la pista de la hija debían considerarla remota; en otro caso habrían empleado a más agentes, o a alguien más experimentado, tratándose de un sujeto tan peligroso. Parecía una contradicción.

El tal Linus podía estar en búsqueda y captura por un amplio abanico de motivos: porque continuaba ejerciendo su profesión de espía, o de agente semisecreto, al servicio ahora de sabe quién, o haberse reciclado en traficante de drogas, o de armas, o de personas, o tratarse de un simple error administrativo, algo que con la Europol sucedía con bastante frecuencia. Pues sí: categoría X6.

El *dossier* ni siquiera dejaba claro que el objetivo final fuera Linus, y no la chica, o los dos, eso era algo que, al parecer, yo debía averiguar por mi cuenta. He ahí otro fallo. En realidad todas las órdenes que yo había recibido hasta entonces habían sido verbales, referentes solo a la chica, ninguna al padre, y no por escrito.

Podía encontrarse ya en Bilbao, el *dossier* no informaba al respecto. Si me habían ordenado vigilar a la chica seguramente se debía a que tenían alguna información extra que les había llegado del mismo Bilbao, o de cualquier otro lugar, algo que tampoco habían considerado que mereciera la pena hacerme saber. Sabían, o sospechaban, que existía la posibilidad de que Linus viniera a Bilbao y que esta era la razón del viaje de su hija. O, tal vez, les había llamado la atención que la chica hiciera aquel viaje sin un motivo conocido y hubieran razonado que el motivo era una cita con su padre reclamado por Interpol. No encajaba que no hubieran dedicado más agentes al caso si Linus era un pez de gran tamaño a punto de caer en la red. Ya no era una contradicción, eran tres.

El *dossier* tampoco decía nada de Bilbao. Si el viaje era solo para encontrarse con su hija, para verla, darle un beso y hablar con ella, hubiera sido mejor una ciudad más grande, en el extranjero, en un país más poroso, México, por ejemplo. El *dossier* no decía nada de ningún vínculo especial de Linus o Rafaela con Bilbao.

El padre y la hija *al parecer* no se veían desde hacía tres años, es lo que decía el *dossier*: *al parecer*, una expresión poco frecuente en un *dossier*, pero sin ningún comentario añadido, como si supieran que Linus se había citado con su hija y lo quisieran ocultar por alguna razón, pero poniendo énfasis en que hacía años que no la veía y que el lector del *dossier* sacara por sí mismo la conclusión pertinente.

Lo único que yo podía hacer de momento era imaginar la escena del encuentro. Padre e hija se abrazarían. Él lo haría torpemente porque en su mano llevaría un regalo, un paquete grande, una prenda cara de ropa tal vez, aquel hábito adquirido cuando ella era una niña y él regresaba de sus correrías secretas. La primer escena entre ellos sería un salto atrás en el tiempo.

Linus había sido miembro de la policía política de Alemania Oriental (y, de nuevo, entre paréntesis, RDA). «Policía política» y no Stasi, como si esta fuera una palabra prohibida. O quizás no, quizás era miembro de otra policía, de otro servicio secreto, que en Alemania Oriental (RDA) debían de abundar. De 1985 a 1997, es decir, durante doce años había ejercido sus funciones de espía en América Latina, con

residencia permanente en Caracas, Venezuela. Su último rango había sido jefe de zona, es decir jefe de todo el entramado, sin especificar si de toda América Latina o solo de Venezuela, o de algunos países más. Era de suponer que con unos cuantos agentes a su cargo. Encajaba que hubiera estado casado con una venezolana, aunque no del todo, porque no especificaba nada más. Podía pensarse que la boda se debió a la llegada de Rafaela. Esta había nacido en el mes de marzo del 87. Resultaba extraño que Linus se hubiera casado, y con una extranjera, algo que estaría prohibido en un servicio secreto de Alemania Oriental. Una boda secreta, quizás, porque el *dossier* no decía nada, misterio, de la fecha del enlace ni de su mujer. Solo en el reverso de la fotografía informaba que era el padre de Rafaela Oti como si su hija tuviera solo el apellido de la madre, no el suyo, dando a entender, de forma retorcida, que quizás Linus no era su verdadero padre y que la boda con la tal Oti no existía.

El resto eran solo añadidos de burócrata sobre su trabajo de espía, algunos nombres y fechas irrelevantes, sin utilidad en Bilbao. También algunos pequeños hábitos o tics por los que, según el burócrata que había redactado el *dossier*, el sujeto era fácilmente identificable si el agente encargado de echarle el guante le sorprendía ejerciéndolos todos a la vez: zumo de naranja en la comida de mediodía; la servilleta en las rodillas, a la vieja usanza, como si se preparara para un banquete, algo que se contradecía con el hecho de que al parecer comía muy deprisa: «devorador compulsivo» informaba el *dossier* sin remilgos; ningún plato favorito, salvo el zumo de naranja, tampoco se demoraba estudiando la carta. Y siempre de postre fruta de temporada del país. Solo detalles referentes a su forma de comer y beber, solo eso, o su forma de sentarse a la mesa, como si no se tratara de un viejo espía sino de uno de esos agentes que las guías gastronómicas envían de incógnito por los restaurantes de todo el mundo.

Marqué el número de la Central. Cuando el timbre dejó de sonar di mi número de identificación; entonces, la Voz me respondió con el habitual «grabando». Informé que me habían entregado el *dossier* y que por lo demás no había novedades, ningún movimiento extraño del sujeto (todavía Rafaela), que este no había dado señales de saber o sospechar que estaba siendo vigilada. Ni una palabra sobre que la Ertzaintza se había interesado lo suficiente como para imponerme dos agentes, porque esto no les gustaría; podrían preguntarme por qué los había aceptado y cualquier respuesta que yo pudiera darles no sería buena para ellos. Pedí a la Voz que me informaran qué otros países de América Latina habían estado bajo la férula de Linus Diermisen, además de Venezuela. La Voz guardó silencio durante unos segundos para procesar mi pregunta y luego me dijo que me llamarían.

Marqué el número del comandante. Le dije que no había traído el arma, que en Alicante no la llevaba encima y el viaje había sido imprevisto. Guardó el habitual silencio como si tardara en comprender mis palabras. Luego llegó a mis oídos un seco «está bien» y colgó.

Busqué de nuevo a Ederne en el bar y en la plazuela. Necesitaba hablar con

alguien. No hay tarea más aburrida y solitaria que un seguimiento, sobre todo si desconoces la razón última del mismo. Si se hubiera encontrado por allí ya me habría visto y habría salido a mi encuentro. Si Rafaela no hubiera regresado al hotel Ederne me habría llamado. Di por hecho que Rafaela había regresado, habría echado un poco de siesta y habría salido de nuevo mientras yo estudiaba el *dossier* y que Ederne andaría tras ella.

Me dirigí, estirando las piernas, a los almacenes donde la tarde anterior Rafaela había pasado unos minutos y había vuelto a salir sin haber comprado nada.

Se encontraban en la calle Recalde. Solo era un paseo de unos seiscientos o setecientos metros desde el hotel. Los almacenes se llamaban Bazar Kabi. Estaban especializados en regalos, con un laberinto de pasillos entre las estanterías: pijaditas de Lladró, cajitas de todo tipo para dejar olvidadas en un rincón, muñecas de trapo de grandes ojos y mejillas de campesina, devocionarios de tapa nacarada, orquídeas naturales y también artificiales y un millar de objetos resultones e inútiles. Los precios no eran elevados: me encontraba en el paraíso de los horteras. Lo único que podía considerarse especial era que la tienda tenía otra salida, al fondo, una puerta doble de cristal de apertura automática que daba a una calle bastante oscura sin ser estrecha. Recordé las diversas salidas de los grandes almacenes donde Rafaela también había permanecido una media hora sin comprar nada. Salí por aquella puerta y comprobé que lo único especial en la calle de sentido único era una parada de taxis, a la izquierda, casi en la esquina.

Sonó el móvil. Una voz de mujer se identificó con un nombre y un número como agente del Servicio de Documentación, me pidió mi nombre, se lo di, me pidió la clave, se la recité, necesitó un par de segundos para verificarla y, entonces, me informó que Linus Diermissen era jefe de zona del Servicio de Inteligencia Exterior de la República Democrática Alemana, que su zona abarcaba Venezuela y Chile, dos países no colindantes, una norma al parecer de aquel servicio de inteligencia. Sin que yo se lo preguntara, añadió que el sujeto había sido trasladado después del golpe de estado de Chile y que su nuevo destino había sido la Secretaría de Personal en el ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín y Potsdam, en un cargo sin especificar — seguramente una especie de prejubilación caritativa— hasta la caída del muro.

—¿Bien para usted? ¿Desea algo más?

—Linus tenía sus agentes regionales y locales en Venezuela y Chile, gente del Partido y afines, sus nombres estarán en algún archivo. Quizás podamos averiguar si alguno de esos agentes, a la caída del gobierno chileno, salió del país y se estableció en España, después del 77. Seguramente reanudaron el contacto.

Unos veinte segundos de silencio. Solo se oía un rápido tecleo y me hubiera gustado saber si mi pregunta habría ido a parar a la ficha de Linus o a mi expediente.

—Veremos lo que podemos hacer. Necesitaremos algo de tiempo.

—Llámeme.

Acababa de cortar la comunicación cuando el móvil volvió a sonar. Era Ederne,

manifestando su excitación de novata:

—Ha estado dando vueltas, caminando deprisa, no se ha detenido para mirar escaparates, no ha entrado en ninguna tienda ni a tomar café, ha hecho una llamada y luego ha cogido un taxi en Moyua y nos dirigimos hacia el aeropuerto, estamos en la 637. ¿Qué hacemos?

—¿Lleva equipaje?

—No lleva nada.

—¿Cogió el primer taxi de la fila?

—Sí.

—Toma la matrícula del taxi. Fíjate si le pide al taxista que la espere. Voy hacia allí.

Podía haber encargado el billete por Internet y el viaje a Bilbao haber sido solo un señuelo. Aunque resultaba demasiado complicado; seguramente iba al aeropuerto a recibir a alguien. No le había dicho a Ederne que estudiara el panel de llegadas; tendríamos tiempo para ello, si la chica iba a recibir a alguien lo haría con la suficiente antelación, no tenía otra cosa que hacer.

A un par de kilómetros del aeropuerto recibí una nueva llamada:

—El taxi no la espera. Tengo la matrícula. ¿Qué hacemos?

—Llama a Beñat. Que venga.

Un par de minutos después mi Mazda buscaba un hueco en el aparcamiento de llegadas.

Que qué hacemos. No encajaba con la idea que me había hecho de Ederne, una agente de mente despierta y con cierta experiencia. Había que añadir el tono cálido de su voz con la firmeza trémula del adolescente pidiendo por primera vez permiso para llegar a casa después de las once.

Me esperaba en la puerta de llegadas. Advertí el esfuerzo que hacía para contenerse, para no delatarse evidenciando su excitación, para que su voz sonara con precisa profesionalidad. Caminamos uno junto al otro, hombro con hombro, como dos colegas a la hora del café.

—Ha entrado en la cafetería. El primer avión en llegadas es a las 19:06, origen Londres. Hay otro a las 19:35, desde Barcelona. —Eran las siete menos diez—. No hay salida directa a la calle en la cafetería, solo una puerta de servicio pero hay que cruzar las cocinas. No he avisado a Seguridad del aeropuerto, ¿debemos hacerlo?

—No.

Entramos en la cafetería y nos dirigimos directamente a la barra. Por el rabillo del ojo vi a Rafaela ocupando una de las mesas, alejada de la puerta, pero con el cuerpo girado hacia ella, un poco inclinado hacia delante, con un libro abierto en la mano y una taza de café delante. Llevaba casi siempre un libro, en la mano o en el bolso, para entretener las esperas.

Habíamos cometido el error de hacernos visibles entrando y dirigiéndonos a la barra, porque la cafetería estaba casi vacía, algo que yo no había previsto. Pero



Rafaela parecía absorta en su lectura, como si acabara de iniciar el último capítulo de una novela de misterio. Según el panel de llegadas todavía quedaban otra docena de vuelos antes de echar el cierre nocturno al aeropuerto, procedentes de Madrid, Sevilla, Lisboa, Frankfurt... y en el de salidas se esperaba otra docena de vuelos, también con destinos a aeropuertos españoles y europeos.

Si esperaba a un pasajero del avión procedente de Londres o Barcelona no sería Linus, porque no tendría sentido haberse citado en Bilbao y no en Londres o Barcelona. Si esperaba a otra persona entonces las preguntas serían las de siempre: ¿qué persona?, ¿por qué en Bilbao?

Nos llevó cinco minutos tomarnos el café, luego dejamos la cafetería. Rafaela no había levantado la mirada del libro; se había limitado a llevarse un par de veces la taza a los labios, pero sin despegar los ojos de lo que estaba leyendo. Lo había hecho mecánicamente, como si tomar café fuera una obligación que se hubiera impuesto. Había pasado las páginas regularmente.

Beñat venía a nuestro encuentro. No dijo nada, su mirada era la de un recluta al que han dado la orden de presentarse, sin más explicaciones, ante un sargento al que le saca la cabeza. Cuando nos encontramos a cierta distancia de la cafetería, en el mismo corredor, les puse al corriente de lo imprescindible del asunto, buscando eficiencia en su trabajo.

—Linus Diermissen. Alemán, unos cincuenta. Orden de Schengen de la policía alemana a la Europol, sin especificar cargos, nunca se hace. La chica es su hija, Rafaela Oti, lleva el apellido de la madre. Sus padres están separados o no se casaron nunca. Estudia en Alicante. Llevo un par de semanas pegado a ella. Ha viajado a Bilbao de forma inesperada, con muy poco equipaje. Es probable que esté citada aquí con su padre, hace tres años que no se ven. Él es peligroso, un profesional. —No les especifiqué profesional de qué—. Si llega en cualquiera de esos aviones no puede ir armado. Vosotros vais siempre armados. Si le localizáis os limitáis a señalármelo, solo eso. Soy yo quien lo va a detener, vosotros os limitaréis a echarme una mano si es necesario.

Saqué la foto de Linus y se la mostré. Se la pasaron de mano un par de veces, estudiándola con atención, como si fuera la primera imagen que iban a introducir en el enorme archivador de su cerebro que todavía olía a pintura.

—Si es a este Linus a quien ha venido a esperar, no actuaría tan a la vista —intervino Ederne, ejerciendo de marisabidilla—. Lo único extraño es que no haya cogido el taxi en la parada del hotel.

—Un comportamiento natural puede resultar la mejor forma de pasar desapercibido. Vamos a tener los ojos bien abiertos y averiguar si a lo único que ha venido aquí ha sido a leer un libro —me dirigí primero a Beñat—. Tú en llegadas, no solo a los que llegan sino también a los que esperan. —Le tocó el turno a Ederne—. Tú concéntrate en la chica. Nuestro punto de contacto será el mostrador de información, una vuelta por allí cada diez minutos.

Nos dispersamos. Yo me dirigí a salidas para echar un vistazo a las colas en los mostradores de facturación.

Estaban casi todos vacíos, no era época de viajar. Los empleados parloteaban entre ellos, tenían bonitos uniformes, bonitas sonrisas, flirteaban, ignoraban a las personas que cruzaban delante de sus mostradores, la vida les sonreía, podían subirse a cualquier avión de los que despegaban ahí al lado y recorrer mundo, podían hacerlo pero no merecía la pena, ¿qué pinto yo en el centro de Calcuta un martes a las tres de la tarde?

Me llamó la atención una persona cruzando a buen paso en el otro extremo del *hall*. Reconocí a Servet, el de Extranjería, o de la Antiterrorista, con el que hacía solo unas horas había compartido mesa en la cafetería del puerto. Me disponía a llamar su atención pero no lo hice. No llevaba equipaje y se había dirigido, con decisión, a una máquina de cambio de moneda. Introdujo un billete y recogió el cambio. Era la forma de actuar de alguien que finge estar haciendo algo cuando está haciendo otra cosa, como vigilar a una persona. Si era esto, lo hacía con cierta torpeza. Por mi cabeza cruzó la idea, como un destello, de que también estaba vigilando a Rafaela que tenía pasaporte venezolano. Schengen no intervenía en asuntos terroristas. Podía andar detrás de cualquier indocumentado, un encargo de Extranjería para cubrir el expediente, para ganarse el sueldo, porque desde hacía tiempo escaseaban los negocios terroristas. Vi cómo su cuerpo era engullido por la fosa de la escalera mecánica. Quizás era un neurótico que al meterse en la cama había recordado que se había quedado sin calderilla y la única máquina de cambio de moneda se encontraba en el aeropuerto.

Marqué el número de la central. Unos segundos y tuve la Voz al otro lado. Me identifiqué y:

—Aduanas y Extranjería de Bilbao están interfiriendo. No me dijeron nada. ¿Están en esto? ¿Cuántos equipos somos, dos, tres...? ¿Antiterrorista? ¿Atracos? ¿Drogas?

Unos segundos seguramente de desconcierto atónito. Luego:

—Llame dentro de unos minutos.

Crucé delante del mostrador de información y no vi por allí ni a Breñat ni a Ederne. La puerta de llegadas estaba abierta y salían por ella los pasajeros del avión de Londres. Traían poco equipaje, eran parejas o estudiantes que se habían dado una vuelta por la gran ciudad para hacerse una foto delante del Big Ben, algo que hay que hacer si antes de entregar el último suspiro quieres estar seguro de no haber pasado de largo por esta vida.

Marqué de nuevo el número de la central. La Voz me comunicó que no podía responder a mi pregunta, que el comandante de la Guardia Civil de Extranjería de Bilbao ya no se encontraba en su despacho.

Vi como Ederne venía hacia mí, deprisa, sofocada. Beñat venía un par de pasos detrás de ella, tenso también. Algo iba mal.

—Se levantó para coger otro café —comenzó a explicarme ya antes de detenerse delante de mí arrojándome las palabras para sellarme la boca—. Creí que iba a continuar leyendo, el avión de Barcelona todavía no está aterrizando. Me di una vuelta por aquí, buscando a Beñat, solo dos minutos, cuando volví ya no estaba. No había probado el café.

Lo primero que pensé fue que no había sido una desaparición casual, que había sido intencionada. Sabía que estábamos siguiéndola, o era una precaución rutinaria que había tomado. Esto podía ser una prueba más de que la pista era buena.

—No somos suficientes. Si trata de perdernos puede hacerlo cuando quiera —intervino Beñat, en un tono demasiado duro tratando de poner más sellos sobre mi boca.

—Es solo una niña de veinte años. Los ojos bien abiertos, fue lo que dije —me dirigí primero a Ederne—. Pregunta en las cocinas si ha pasado por allí —luego a Beñat—. Tú a la parada de taxis. En dos minutos aquí.

Yo me dirigí de nuevo a salidas, aunque sabía muy bien que no iba a encontrarla allí. Recorrí el *hall*, no solo en busca de la chica sino también de Servet. Ninguno de los dos andaba por allí y no me molesté en mirar en los servicios o detrás del kiosco de periódicos.

De nuevo nos encontramos en llegadas. Ninguno de los dos había dado con ella, resultaba evidente.

—La matrícula del taxi —le pedí a Ederne.

Buscó en el bolsillo, todavía sofocada y sacó un trozo de papel que me entregó. La matrícula coincidía con la del taxi que Rafaela había tomado hacía un par de días al salir de la estación. No me sorprendió.

—El taxi que tomó en Moyua me dijiste que era el primero de la fila, ¿lo era?

—Sí.

Ederne había dudado un poco, quizás porque no había comprendido el sentido de la pregunta. Podía haber sido solo una coincidencia, que el primer taxi de la fila resultara ser el mismo que la mañana anterior, pero resultaba demasiada casualidad.

Era igual. La chica tenía que comprobar si la seguían porque se disponía a hacer algo importante, como acudir a una cita, o cambiar de alojamiento por seguridad. El taxista podía haber regresado al hotel para recoger su maleta y llevarla a la nueva dirección. Marqué el número del hotel y pregunté por Rafaela. Me dijeron que acababa de dejar el hotel y que no había dejado ninguna dirección. Le di a Beñat el papel con la matrícula del taxi.

—Localízalo.

Beñat marcó un número, dijo cuatro palabras en euskera y se quedó a la espera, luego dijo una palabra más y plegó el teléfono.

—En Begoña. Un cuarto de hora.

Subimos a los coches y partimos hacia allí.

Había un taxi aparcado en zona prohibida. Reconocí al taxista que había recogido

a Rafaela en la estación. Se apoyaba con indolencia en el capó con las piernas cruzadas y un palillo en la boca. Parecía el dueño de la ciudad. Continuó en la misma posición cuando nos acercamos, moviendo solo el palillo en la boca. Pensé que no le habían dicho que era la Ertzaintza quien requería sus servicios, o quizás sí se lo habían dicho y por eso había aparcado en zona prohibida cuando tenía casi toda la plaza para hacerlo.

Beñat y Ederne le mostraron el carnet, entonces se enderezó, se quitó el palillo de la boca y se lo puso en la oreja. Con acento sevillano nos dijo que había recogido el equipaje de Rafaela en el hotel y lo había llevado a una casa en las afueras de Bilbao, en Artetxe, más allá de Deusto. Le resultaba difícil explicar cómo se llegaba a aquella casa, ni con un mapa sabría hacerlo, entonces Beñat le ordenó que nos guiara. Subió al taxi con él y Ederne y yo lo hicimos en nuestros respectivos coches.

El viaje nos llevó una media hora. Recorrimos un laberinto de carreteras estrechas, pero bien asfaltadas, entre prados con paquetes negros de plástico y vacas pastando la hierba húmeda, con naves y talleres al borde de la carretera, o caseríos defendidos por perros lobo sin cadena que corrían detrás de los coches ladrando ferozmente para detenerse en seco cuando cruzábamos la raya invisible que marcaba territorio enemigo.

El taxi redujo la marcha hasta detenerse en medio de la carretera. Esta era también estrecha pero bien asfaltada, de tráfico nulo. El taxista y Beñat bajaron del taxi y, sin hacernos ninguna señal, caminaron unos veinte metros carretera adelante hasta un punto donde esta desaparecía porque descendía bruscamente. Salí del coche. Le hice una seña a Ederne para que permaneciera donde se encontraba. El taxista y Beñat hablaban animadamente, con la vista puesta en el fondo de la hondonada. El taxista levantó el brazo indicando algo fuera de mi vista; era de suponer que se trataba de la casa donde había llevado el equipaje de Rafaela.

El terreno ascendía a nuestra izquierda en pendiente de unos treinta grados; solo eran prados, ningún caserío. A la derecha ascendía también pero la pendiente era más suave; a unos cien metros se apreciaba el movimiento de vehículos en una carretera que, por el tráfico, parecía una general de cuatro carriles. Más adelante, a unos doscientos o trescientos metros, salía de la general otra carretera estrecha que descendía hasta perderse en la hondonada. Seguramente se trataba de la carretera que conducía hasta la casa que el dedo del taxista todavía estaba indicando, aunque parecía demasiada carretera para una sola casa.

Vi cómo Beñat sacaba el carnet del bolsillo y se lo mostraba de nuevo al taxista, a un palmo de sus ojos. Esto podía indicar que el taxista todavía no había comprendido que estaba tratando con la Ley, o que había pedido el importe de la carrera y Beñat no quería abonárselo, o pretendía intimidarle para que mantuviera la boca cerrada.

El taxista regresó a su coche, hizo una laboriosa maniobra para cambiar de sentido y cruzó ceñudo a nuestro lado, sin volver la cabeza.

Ederne y yo nos dirigimos donde se encontraba Beñat.

No era un caserío. Eran tres casas, dos de ellas unifamiliares y la tercera de tres plantas, separadas entre sí unos veinte metros. Eran construcciones relativamente modernas, sencillas, sin adornos, de paredes lisas enjalbegadas, en una parcela de unos dos mil metros, de suelo de cemento. La carretera estrecha que descendía las comunicaba con la general; la carretera donde nosotros nos encontrábamos pasaba cerca de las casas pero no había ningún camino que condujera directamente hasta ellas. No comprendía la razón de que el taxista nos hubiera llevado a una carretera que no comunicaba directamente con las tres casas, a no ser que se hubiera perdido.

—Es la de la izquierda —nos informó Beñat—. Habrá alquilado una habitación.

Era una casa de dos alturas y tejado a dos aguas, de unos cien metros de planta, casi cuadrada. La puerta se encontraba en el centro de la fachada orientada hacia la general, con una ventana más ancha que alta a cada lado y tres ventanas corrientes en la planta superior. La otra fachada a la vista tenía cuatro ventanas corrientes, dos arriba y dos abajo. Era de suponer que tendría otra puerta y más ventanas en las otras dos fachadas que nos quedaban fuera de la vista.

Era un lugar bien elegido si querías esconderte, con muchas vías de escape. Desde cualquier ventana podías ver los coches que dejaban la general para tomar la carreterita. Necesitaríamos mantenernos alejados y utilizar prismáticos para la vigilancia.

Había pocos árboles, solo un eucaliptal a unos cien metros, a la izquierda; el resto eran prados con cercas de alambre, con algunas vacas y paquetes de heno, y un par de pequeños huertos junto a las casas con media docena de frutales. La vigilancia solo se podría efectuar desde unos cien o ciento cincuenta metros como mínimo. El lugar donde nos encontrábamos no era bueno: antes o después pasaría algún coche o una furgoneta y resultaba imposible pasar desapercibidos.

Una decena de caminos de rodadura se perdían entre los prados, un par de ellos se adentraban en el bosquecillo de eucaliptos. A la derecha de las casas arrancaba un camino peatonal que ascendía diagonalmente hasta la general; en el arcén de esta, unos veinte metros más allá de la desembocadura del camino aparecía la marquesina de una parada de autobús.

—Encárgate de buscar un buen lugar donde establecer el puesto —le ordené a Beñat—. Hazte con unos prismáticos.

—¿Habrás alquilado también una habitación para su padre? —intervino Ederne.

—No lo creo.

¿Cómo había encontrado la casa? Por teléfono o por Internet. Habría solicitado la situación exacta y una pequeña descripción de la zona.

Repartí los turnos de vigilancia. El primero le correspondía a Beñat, el segundo a Ederne y yo me reservé el último.

Los propietarios de la casa eran un matrimonio en la cincuentena, sin familia y sin perro. En la casa de pisos había dos por planta, y todos parecían habitados, como la otra casa unifamiliar. En aquel pequeño núcleo semiurbano residirían unas treinta personas.

A primera hora de la mañana los hombres y tres o cuatro mujeres se subían a sus coches y partían para su trabajo. A los niños les recogía un autobús escolar en la parada con marquesina. El dueño de la casa de Rafaela salía a las siete y media, con una bolsa de deportes donde llevaría el bocadillo, o la comida, y la ropa de faena, se subía a su Ibiza rojo y partía para su trabajo, y la mujer, la única vez que la habíamos visto salir de casa, lo había hecho a eso de las diez, había subido por el caminito peatonal arrastrando el carrito de la compra hasta la parada del autobús.

Beñat había encontrado un buen puesto de vigilancia, el eucaliptal. La carretera desde donde habíamos tenido una primera visión de la casa lo bordeaba, esta apenas tenía tráfico y había un par de claros entre los eucaliptos donde podíamos dejar los coches, aunque acabaríamos llamando la atención, así que le había ordenado que fuera buscando otros emplazamientos para turnarlos.

No necesitábamos los prismáticos. Teníamos a unos cien metros la parte trasera de la casa, donde había otra puerta que sin duda comunicaba con la cocina. Desde allí teníamos también bajo control la carreterita que comunicaba las tres casas con la general, así como toda la red de caminos.

No tardamos en descubrir que la habitación de Rafaela se encontraba en la planta superior y que se correspondía con una de las dos ventanas en la fachada este.

Rafaela no había alterado su rutina: un taxi venía a recogerla, la llevaba a cualquier punto de Bilbao y se dedicaba a deambular, a leer su libro en algún banco o en la mesa de una cafetería y a entrar y salir de las tiendas sin comprar casi nunca nada.

Desconocíamos si Linus había llegado en alguno de los vuelos porque no nos habíamos molestado en estudiar la lista de pasajeros. No merecía la pena, era muy profesional, por lo tanto escurridizo, y no nos iba a anunciar su llegada. Y estábamos casi seguros de que Rafaela había utilizado el aeropuerto para despistar a posibles seguidores durante su cambio de domicilio.

Yo había pasado por la comandancia para recoger la pistola. Me la había

entregado la secretaria aunque el comandante se encontraba en su garita. Era una Walther de quince cartuchos. Desconocía si era un arma reglamentaria, aunque me parecía que no. No me dio cartuchera: lo que me dio fue una caja con la pistola dentro, una caja de pañuelos o algo por el estilo, con un cargador de repuesto. No me hizo firmar ningún papel, simplemente me la entregó como si fuera mi regalo de cumpleaños. Yo, después de la academia, ya en la nómina de la policía, solo había disparado un par de veces, al suelo, porque alguien me había puesto una pistola en la mano y me había invitado a probarla. Tenía el arma oficial, una Beretta también de quince cartuchos, en casa en un cajón, con su brillante cartuchera de cadera sin estrenar.

Permanecí durante unos minutos con los ojos puestos en Beñat sentado entre los eucaliptos. Leía el periódico; de vez en cuando se llevaba los prismáticos a los ojos y enfocaba la casa. Estaba claro que solo se dedicaba a vigilar y leer el periódico, no hizo ni recibió ninguna llamada por el móvil.

Me había oído acercarme pero no se movió. Eran pasadas las nueve.

—¿Cómo va? —le pregunté.

No se levantó, continuó con los ojos puestos en el periódico. Tampoco me miró.

—Como siempre —gruñó.

La persiana de Rafaela estaba bajada.

—¿Ha salido el hombre?

—Sí.

—¿Alguna idea de dónde puede trabajar?

—No.

—¿Hacia dónde toma, Bilbao o Berango?

—Bilbao.

La tarde anterior le había visto llegar del trabajo, a eso de las seis, también dirección Bilbao. Vestía ropa de calle, corriente, el mono de trabajo debía llevarlo en la bolsa de deportes. Podía trabajar en cualquier almacén, o en un taller de aparatos eléctricos, en cualquier lugar.

Saqué el móvil y marqué el número de la central, el general. Pedí que me pusieran con Documentación. Luego di mi clave y solicité la información que les había pedido hacía un par de días. Me rogaron que esperara y, casi un minuto después, me informaron que tres chilenos, exdirigentes del Partido Comunista de Chile, se habían establecido en España entre los años 1977 y 1982, en Almería, Madrid y Amorebieta. Escuché en silencio los datos de los que residían en Almería y Madrid. Cuando le tocó el turno al de Amorebieta pregunté si sabían si continuaba residiendo allí. No constaba ese dato, aunque sí que había sido un dirigente de segunda fila, en Santiago. Se llamaba Fidel Utrilla. Desconocían también si Linus había tenido algún tipo de relación con él. Tenía permiso de residencia indefinido, y estatus de refugiado político avalado por el Partido Comunista de España.

Faltaban unos minutos para las diez cuando apareció el taxi. Resultaba extraño

que Rafaela no hubiera alquilado un coche. En Alicante siempre se movía en su Opel azul. La razón podía ser que trasladándose en taxi podía resultar más difícil seguirla. Sin duda solicitaba el taxi por el móvil. Habíamos comprobado que, en la general, unos doscientos metros más allá de la parada del autobús, había un hospital geriátrico, consistente en dos pabellones de tres plantas, con un aparcamiento amplio y con una parada de taxis en el otro extremo del aparcamiento. No era una parada exclusiva para el hospital, sino que era utilizada también por los vecinos de las viviendas dispersas de la zona. Era solo un paseo de unos trescientos a cuatrocientos metros. Sin embargo, Rafaela prefería que el taxi la esperara siempre en la puerta.

Tras un par de minutos apareció Rafaela. Subió al taxi. Beñat y yo nos metimos en nuestros coches y enfilamos hacia la general. Teníamos que desplazarnos medio kilómetro entre prados; la carreterita desembocaba en una explanada bastante amplia con el suelo de gravilla, que servía de aparcamiento provisional para los camiones antes de sumergirse en Bilbao. La general cruzaba tangente a la explanada. Esperamos allí detrás del único camión aparcado. Cuando el taxi de Rafaela cruzó delante de nosotros, nos pusimos en marcha para tomar su estela, Beñat delante y yo detrás.

Nos dirigimos al centro, como siempre. A la entrada de Recalde el taxi se detuvo al borde de la acera y Rafaela descendió de él. Luego caminó unos cincuenta metros y entró en Bazar Kabi. Nosotros salimos de los coches.

—Iré a la otra salida —dijo Beñat.

—No.

Esperamos en la acera de enfrente, cada uno por su lado, moviéndonos, mirando escaparates, manteniendo siempre en nuestro campo visual la puerta principal del bazar.

La calzada era de cuatro carriles y había bastante tráfico. Se podía cruzar por un par de pasos de peatones con semáforo, a unos cincuenta metros uno del otro. Yo vigilaba la aparición de un taxi en la bocacalle de la tienda. Pero aquella calle tenía doble sentido y cualquiera de los taxis de la parada podía tomar la dirección contraria. Era un riesgo que estábamos corriendo.

Transcurrieron unos veinte minutos y no había aparecido. Sin decir nada, sin hacernos ninguna indicación, conjuntados, cruzamos la calzada por el mismo paso de peatones y entramos en el bazar. Al instante supe que Rafaela ya no se encontraba allí porque los expositores no tenían suficiente altura para ocultarla, era pronto y apenas había clientes. Nos separamos y recorrimos los corredores ante la posibilidad de que se hubiera agachado para informarse de algún precio o leer una etiqueta.

Había utilizado la otra salida para esfumarse. Sin duda había cogido un taxi en la parada tomando la dirección opuesta. La prolongada visita a la tienda hacía un par de días había sido para estudiar la salida posterior, de eso ya no cabía duda.

De nuevo me pregunté si habría descubierto que la seguíamos, o si era la rutina evasiva de un profesional, y su padre lo era. Seguramente tenía preparados otros



planes de evasión más sofisticados y seguros para cuando apareciera Linus. Quizás lo único que pretendía era que nos acomodáramos en la confianza, que nuestro seguimiento y sus evasiones sencillas se convirtieran en rutina. Llegado el momento tendríamos que pensar en la adecuada respuesta, no me vendría mal vaciar la comandancia de guardias para que nos echaran una mano.

Beñat había salido a la calle por la puerta posterior y su regreso se demoraba. Seguramente estaba poniendo su carnet delante de los ojos de los taxistas de la parada. Cuando reapareció su expresión era de cólera forzada. No le dejé abrir la boca.

—Vete a casa. Espera mi llamada.

Durante un par de segundos se quedó mirándome con dureza, luego, sin despedirse, me dio la espalda y se encaminó a buen paso a la salida principal.

Enfilé de regreso a Artetxe. Faltaban veinte minutos para las once. No dejaba de darle vueltas a la posibilidad de que hubiera descubierto que la seguíamos. Analizaba los detalles y no encontraba una respuesta convincente. Con veinte años no podía tener demasiada experiencia, aunque su padre la hubiera aleccionado. ¿Aleccionado? ¿Trucos? ¿Cuándo? ¿Dónde? Hacía tres años que no se veían, si el *dossier* no estaba equivocado, algo que con frecuencia sucedía. La chica se comportaba como si quisiera despistar a alguien, pero precisamente era eso, sus movimientos rutinarios, nada nerviosos, lo que no encajaba con los de una persona que se sintiera vigilada y que, en un momento determinado, como una coincidencia, fuera capaz de hacer un movimiento imprevisto para esfumarse.

Metí el coche donde lo había dejado hacía una hora. No tenía prismáticos pero suponía que no los iba a necesitar. Fui al borde del bosquecillo y puse la vista en la casa.

La puerta de la cocina estaba entreabierta. Hacía un buen día. A unos cinco o seis metros de la puerta, donde terminaba el cemento, había un tendedero con un par de cuerdas y algunas pinzas, pero sin ninguna prenda de ropa en él. Y nada más, era un lugar limpio, sin hierbajos, sin nada.

Tras un par de minutos advertí una sombra moviéndose en el interior de la cocina; solo podía tratarse de la dueña de la casa. Eran algo más de las once y todavía se encontraba en casa, lo que podía significar que hoy no tocaba hacer la compra. Me fui haciendo a la idea de que tendría que arriesgarme y que, en caso de necesidad, me vería obligado a llamar al timbre y mostrarle el carnet con mi fotografía. Decidí mantenerme a la espera.

Marqué el número de la Ertzaintza, me identifiqué y pedí que me pusieran con el comisario. Un minuto de espera y le tuve al otro lado. Le dije que Beñat no me servía, que me lo cambiara. Durante medio minuto me explicó que eso no era posible. Le dije que entonces prescindía de él. Su voz monocorde, fría, me replicó que eso tampoco era posible. Corté la comunicación. No me había preguntado por qué no me servía, qué había hecho. Nada tampoco sobre cómo iban las cosas.

Transcurrió como una media hora. La mujer había salido una vez por la puerta de la cocina, con una bolsa de la basura que sin duda depositó en algún lugar fuera de mi vista, en un contenedor en la fachada este de la casa de tres pisos.

La puerta de la cocina continuaba entornada. Hacía diez minutos que no veía a la mujer rondar por allí. Una camioneta de reparto de butano acababa de dejar la carretera general para tomar una secundaria. En la desembocadura de la carretera en la explanada de cemento se veían, en fila como un pelotón de reclutas, seis bombonas anaranjadas. La camioneta, ya a mitad de camino, hizo sonar la bocina tres veces, como si viniera en socorro de unos náufragos. Podía ser mi oportunidad. Me puse en marcha, crucé sin titubeos los cien metros que me separaban de la casa, con la idea de que alguien desde cualquier ventana podía tener los ojos puestos en mí. Me arriesgaba a que la mujer no necesitara butano, pero habría oído la bocina y se asomaría a la puerta porque la llegada del gas butano sería el acontecimiento del día en aquella minúscula comunidad.

Entré en la cocina. En lo primero que reparé fue en la puerta abierta del cubículo del butano, con una bombona y el espacio para otra. Crucé la cocina y me encontré con un corto pasillo y, al fondo, la puerta de la calle abierta. A mi izquierda se encontraba la escalera de escalones brillantes oliendo a cera que conducía a la planta superior.

No tenía una orden de registro y tampoco le había comunicado a la Ertzaintza o al comandante lo que iba a hacer. Correría el riesgo. Todo dependería de la dueña de la casa si me sorprendía abriendo cajones, del efecto que hicieran en ella mis palabras educadas y el carnet a la altura de sus ojos con una sonrisa angelical como telón de fondo.

Conocía la orientación de la habitación de Rafaela así que no me costó encontrarla. La puerta era estrecha pero de madera maciza. Entré y cerré a mi espalda. Una habitación amplia, de paredes con un empapelado de flores algo desvaído, y solo un par de reproducciones baratas con marcos también baratos. La cama era de matrimonio y estaba hecha, con la chaqueta y el pantalón de un pijama de tono crema que me pareció demasiado holgado para Rafaela. Había poco más a la vista. Sobre una mesita endeble pegada a la pared había un par de libros de bolsillo y un neceser azul cielo de tamaño grande, muy abultado. En las perchas del armario solo colgaban un par de prendas, el traje verde cacería, una falda burdeos y una chaqueta a juego. Recordé habérselas visto puestas en Alicante. En el piso del armario se encontraba la maletita de ruedas con las cremalleras echadas. Al pie de la cama había unas pantuflas rosa, con la cabeza de unas ardillas mostrando los incisivos como una advertencia. Abrí los cajones y las cremalleras de la maletita; solo encontré ropa interior limpia y usada y un par de pantalones vaqueros.

Llegaron hasta mí las voces de un hombre y una mujer en la puerta de la calle. Sin duda eran la dueña de la casa y el repartidor de butano. Oí el ruido de la bombona en el suelo de la cocina y al ser introducida en el cubículo; otro poco de conversación

mientras le pagaba, la despedida y el sonido de la puerta de la calle cerrándose.

El suelo de la habitación era de parqué oscuro y brillante que también olía a cera. Desde la cama hasta la puerta estaba cubierto por una alfombra marroquí bastante raída. Me moví hasta la mesita pegada a la pared para echar un vistazo a los libros. Estaban en francés y parecían novelas; el título de uno de ellos era *Marcos et Lucas*, la portada era una foto en blanco y negro: dos niños de unos diez años, gemelos, o al menos muy parecidos, bien trajeados, sonreían malévolamente como si acabaran de arrojar a la abuela por el balcón.

No tenía mucho más que hacer allí, y solo me quedaba esperar la oportunidad para salir de la casa sin que la mujer me viera. La cama ya estaba hecha y no había polvo en los muebles, lo que daba a entender que ya había arreglado las habitaciones y no volvería a subir al piso de arriba.

Oí sus pasos en la escalera. Eran bastante ágiles para su edad y su peso. Me pegué a la pared detrás de la puerta. Algo inútil: si entraba en la habitación era imposible que no me viera. La oí cruzar el corto pasillo en dirección opuesta, abrir una puerta y entrar en otra habitación, sin cerrar la puerta. Segundos después llegó hasta mí el chirrido de la puerta mal engrasada de un armario. Unos minutos y la puerta se cerró de nuevo. Pensé que la mujer se estaba cambiando porque se disponía a salir. Tendría que hacer la compra y el butano la había retrasado. Otros cinco minutos y la oí salir de la habitación y bajar la escalera. Hice tiempo comprobando que los cajones de la mesa y de la mesilla estaban vacíos. Salí de la habitación con cautela. Al pasillo daban otras tres puertas. Una de ellas estaba entornada y se podía ver una pared de baldosines blancos y un toallero. Abrí la puerta de la habitación donde había entrado la mujer, casi enfrente de la escalera. La mitad de la habitación estaba ocupada por una cama gigante. Había un camisón sobre la colcha y la funda de unas gafas y un cenicero en la mesilla del otro lado. Una radio grande como un baúl ocupaba la otra mesilla. Sin duda era el dormitorio de los dueños de la casa.

En la otra habitación no había ninguna cama. Sin embargo sí había colchones, veinte o treinta, bien apilados, formando un par de columnas que llegaban casi hasta el techo. Sin duda eran nuevos, dentro de su funda de plástico y con sus etiquetas. Quizás el matrimonio se dedicaba al negocio de reventa de colchones, o habían tenido una tienda que habían liquidado, o alguien les debía dinero y había saldado su deuda con colchones.

En la planta baja habría otras habitaciones y alguna de ellas podía estar reservada para Linus. Pero no podía arriesgarme más, había tensado demasiado la cuerda y la mujer no me había descubierto de milagro.

Cerré la puerta de la habitación de Rafaela y regresé a la escalera. Me mantuve a la escucha. Cuando supe que la mujer se encontraba en la cocina, bajé poniendo los zapatos en el borde de los escalones, crucé el corto pasillo que conducía hasta la puerta de la calle, la abrí, salí, la entorné y me alejé a paso normal por el caminillo hacia la carretera general.

Me había arriesgado para no conseguir casi nada. Era probable que Linus tuviera reservada una habitación en la planta baja de la casa, incluso, mientras yo me encontraba caminando de puntillas en la planta superior, podía estar tumbado en una cama escuchando mis pasos, silbando mirando al techo con las manos debajo de la cabeza, con la pistola en la mesilla junto al reloj. Si tenía una habitación alquilada allí, no tardaríamos en saberlo.

Alcancé la general y caminé por el arcén izquierdo como si mi destino fuera la parada del autobús. Esperé hasta que apareció un hueco en el tráfico que me permitió cruzar al otro lado, caminé en dirección contraria otros quinientos metros, crucé la general de nuevo, salté el quitamiedos y, cruzando prados, bajé hasta la carretera que llevaba al eucaliptal. Me metí en el coche y puse rumbo de regreso a Bilbao.

Marqué el número de Ederne.

—Beñat el primer turno de tarde, tú el segundo. Llámale. Los de mañana os los diré a última hora —le ordené.

Se limitó a responderme con un escueto «vale». Suponía que se encontraba en la comisaría, esperando mi llamada haciendo crucigramas o de charla en la máquina del café.

Un seguimiento es un trabajo aburrido. Frecuentemente el objetivo sabe o sospecha que le siguen, y si no lo sabe y tiene un negocio turbio entre manos actúa como si lo supiera, pura rutina. Todo el mundo emplea veintitrés horas día a la rutina: no matar a nadie, no atracar un banco, comer, dormir... Salirse de la recta trayectoria solo lleva unos minutos, a veces solo son un par de minutos al año. Precisamente ese par de minutos, después de seis meses de seguimiento, cuando te encuentras agachado para apretarte el cordón del zapato, o no has advertido que una furgoneta ha aparcado en paralelo y te impide mover el coche cuando la pieza se aleja a ciento cuarenta por hora, o te sorprende atendiendo una llamada que te informa que te ha tocado un apartamento del que serás dueño a cambio de un par de billetes de cincuenta para el papeleo.

El viaje me llevó veinte minutos. Durante el trayecto pensé en Rafaela y en su padre sin rostro, porque era así como le veía. La fotografía del *dossier* era vieja y no me servía de mucho, imaginaba un rostro difuso, o invisible del todo, podía llevarle en el asiento de atrás y no verle, o le veía enorme, pero sin contornos, con muchos ojos, o un solo ojo gigante, incluso un ojo más grande que su cabeza; o pensaba que la fotografía la había enviado el mismo Linus a Documentación, una fotografía que había encontrado olvidada en un asiento del tren y se había apropiado. En realidad medía un metro noventa, era rubio como el oro con una cabeza cúbica de treinta centímetros de lado, el cigüeñal de un bulk carrier como mentón y puños como pesas de demolición. Usaba ropa holgada para disimular las pistoleras y la funda de los machetes.

No lograba imaginar cómo se concretaba su X6. En realidad, desconocía el sentido preciso de la palabra «peligroso» en un *dossier*. Quizás se refería a su gran competencia en el trabajo lo que le hacía peligroso para una nación o un continente entero porque los secretos que manejaba eran definitivos. Quizás se trataba solo de un peligro pasivo, es decir, había que tener cuidado con él cuando se sentía acorralado porque entonces se convertía en una fiera herida. O era un peligro activo porque hacía daño por el mero hecho de hacerlo, como esos niños que arrancan las alas a las moscas, o esos realizadores de televisión que cosen los párpados a las palomas para filmar la caza del halcón.

Yo no podía recurrir a la Ertzaintza, me harían preguntas, querrían saber. Y no tenía respuestas que darles y si las hubiera tenido no entraba en mis planes proporcionárselas.

Enfilé hacia el ayuntamiento. Aparqué y entré. Me vi obligado a mostrarle el carnet al tipo que me atendió detrás de un pequeño mostrador de madera en la entrada; le dije que quería hablar con el secretario.

Este tenía una calva todavía bien tostada a pesar de que nos encontrábamos ya en octubre y no dejaba de llover. Por lo demás, estaba perfectamente afeitado, *locionado*, vestido y mostraba un aire servicial y eficiente. Me cuidé de cerrar la puerta a mi espalda; luego, sin aceptar la silla que me ofreció, le dije que quería ciertos datos de un ciudadano chileno que llevaba un buen número de años como vecino de Amorebieta. Mi interlocutor, sin hacerme ninguna pregunta, se dedicó a

buscar en el ordenador los datos de Fidel Utrilla. Un par de minutos más tarde me escribió el nombre de una calle y un número en un papel, sin abrir la boca, como si las cuatro paredes fueran oídos.

—¿Está casado? —le pregunté.

Eché otro vistazo a la pantalla.

—Divorciado. En esa dirección solo viene su nombre —hizo una pausa, sin dejar de leer en la pantalla—. Industrial... Yo no le conozco.

Sacó un mapa y me explicó cómo encontrar la calle.

No estaba lejos del ayuntamiento, en el límite del casco urbano, hacia el oeste. Era un adosado en una calle de adosados. La calle se llamaba Orueta y el número era el 26. Decidí vigilar un poco, sin salir del coche, a la altura del 37, con la puerta del 26 en el retrovisor externo.

Era una calle relativamente ancha, con adosados en ambas manos y todo a lo largo. El número 26 parecía el único que carecía de algo especial, un adorno que le diferenciara de los otros adosados. En el diminuto patio, desde la cancela hasta el porche, no parecía que hubiera ningún árbol o arbusto plantado, ni siquiera algún tiesto o jardinera. La puerta del garaje parecía voladiza, de chapa, pintada de negro. Las persianas de las dos ventanas de la planta superior estaban bajadas del todo y las dos de la planta baja estaban a medio bajar; no se apreciaba ningún movimiento al otro lado de los cristales.

Dejé el coche, crucé la calzada y caminé hacia el principio de la calle. No había peatones en ninguna de las dos aceras, el tráfico era casi nulo.

Solo venía su nombre en la tarjeta del buzón: Fidel Utrilla, escrito a mano con rotulador negro, solo eso. Ahora aprecié que sí había tiestos en el pequeño patio, media docena, y tres jardineras cubiertas con un plástico transparente. No los había visto antes porque estaban pegados a la mediana, seguramente para protegerles del viento, todos con bonitas flores blancas, rojas y violetas a pesar de que nos encontrábamos en otoño. El resto del patio estaba perfectamente limpio.

Llegué al final de la calle, crucé de nuevo la calzada y di media vuelta para desandar el camino. Llevaba recorrido una docena de pasos cuando vi que se abría la puerta del número 26 y aparecía una mujer. Disminuí la marcha. Era de cuerpo menudo, de unos treinta y cinco o cuarenta años. Vestía pantalones negros holgados y una camisa de cuadros rojos y marrones. Cerró la puerta, cruzó el patio y abrió la cancela, pero no llegó a cerrarla porque nada más pisar la acera se encontró con otra mujer y al instante se pusieron a parlotear animadamente. De nuevo crucé la calzada. A medida que me acercaba a las dos mujeres aprecié que la piel de la mujer del 26 era oscura y sus labios gruesos. Parecía mulata. Su voz era de tono grave y hablaba de forma pausada, como si supiera que tenía todo el día por delante para decir lo que tenía que decir, no mucho más de cuatro palabras; lo hacía en español pero con un acusado acento que catalogué como portugués. Podía ser brasileña, o quizás portuguesa de origen brasileño, o angoleño. Crucé junto a las dos mujeres. La mulata

llevaba colgado en el brazo una bolsa amarilla de lona con asas de cuerda blanca que parecía vacía. No interrumpieron su charla, tampoco repararon en mí. Al parecer, a las dos se les había metido el agua en casa, como si el día anterior se hubiera producido un diluvio o hubiera reventado una tubería de la conducción general.

Aquella mujer parecía un ama de casa y en aquella calle habría otras cincuenta como ella. Lo único extraño era que su nombre no aparecía en la cartulina del buzón, y no daba la impresión de que hiciera solo un par de días que llevaba viviendo en aquella casa.

En Correos pregunté por el jefe. Cuando me encontré en su diminuto despacho le mostré el carnet, le di el nombre de la calle y el número y le pregunté si recibían correspondencia a esa dirección a nombre de una mujer. Me contestó que eso solo lo podía saber el cartero que hacía el reparto en aquella calle, y que tampoco era seguro que lo supiera, que echara un vistazo a la lista de correos para comprobar si una mujer con nombre y apellidos portugueses estaba apuntada en ella. Salió del despacho y tardó unos veinte minutos en regresar, como si la lista de correos la guardaran en la caja fuerte. Tenían un nombre, Manuela Coelho, que recibía correspondencia en la lista desde hacía dos años, que si me servía. Le contesté que sí.

De nuevo en el coche, saqué el móvil y marqué el número de la comandancia, cuando me respondieron pregunté si andaba por allí Servet. Medio minuto y le tuve al otro lado.

—Solo se trata de comprobar un par de datos. Algo medio oficial. Manuela Coelho, en Amorebieta, calle Orueta, número 26, ¿hay algo de ella en Extranjería?

—¿Coelho? —unos segundos para apuntar el nombre y la calle—. Dame un par de minutos.

Cerré el móvil y esperé sin bajarme del coche. Me encontraba aparcado en una plaza con unas veinte plataneras alineadas, sus ramas injertadas formaban todavía un entramado verde; en verano, aquella plaza resultaría umbrosa. Alrededor de la plaza había tres o cuatro bares; tipos jóvenes, fornidos, hacían tertulia delante de la puerta, cada uno con su botellín o lata en la mano, como si estuviera prohibido aparcar en la plaza con las manos vacías.

Sonó el móvil.

—Brasileña. Manuela Coelho Alves. Con permiso de residencia —era la voz de Servet—, desde el 13 de junio de 2003.

—¿Hasta cuándo?

—Indefinido.

—¿Indefinido?

—Sí.

Guardé silencio, aquella información me había sorprendido.

—¿En Amorebieta?

—Calle Orueta, número 26.

Tenía papeles, así que existiría otra razón para que no quisiera recibir la correspondencia en casa.

—¿Es correcta la información?

—Lo es.

Le di las gracias y colgamos. No me había preguntado de qué iba el asunto, Servet era un tipo discreto. En realidad, todos lo éramos en lo referente al trabajo, no respecto a las mujeres, o a la suerte, para compensar.

Que su nombre no estuviera en el buzón si tenía papeles no encajaba. Según la información de Servet llevaba dos años viviendo en aquella casa. Sentí no haberle preguntado qué decía la ficha sobre la fecha de su entrada en España, si su permiso era una renovación, o si era el primero que conseguía, y si existía alguna razón para que fuera indefinido, para lo que se necesitaba, si yo no estaba mal informado y si no pertenecías a la mafia o eras un delantero centro, cinco años de residencia como mínimo.

Nuevas masas de nubes habían aparecido por el oeste durante la tarde y la llovizna se había reanudado. Ya era de noche. Antes de entrar en la autovía metí el coche en el aparcamiento de un bar. Eran las siete pasadas y tenía que echar algo al estómago pero tampoco tenía prisa. Pedí un bocado y una cerveza. Era un bar de transportistas, de tipos tomándose la última cerveza antes de regresar a casa. Hablaban a gritos y con rotundidad, como si en la vida solo hubiera un par de verdades y ellos las hubieran descubierto al volante por las calles de Amorebieta y Bilbao.

Dejé la general, la crucé por debajo del pequeño puente y tomé la carreterita que llevaba al eucaliptal. Era el turno de Ederne. No quise preguntarme si esta era la razón de haber conducido hasta allí. No la había visto en todo el día y me repetía a mí mismo que no debía borrar mi presencia ante ella, que debíamos tener una pequeña charla de vez en cuando.

Aparqué junto a su coche. Vi su sombra saliendo a mi encuentro.

Iba embutida en un traje de aguas y su figura, con las luces del pequeño núcleo urbano al fondo, resultaba fantasmal. Yo no tenía nada que me resguardara de la lluvia, así que me limité a abrir la puerta del copiloto. Se inclinó apoyándose en la puerta.

—¿Qué hay?

—¿Qué tal?

Pareció dudar si entrar en el coche. Volvió la cabeza hacia las casas para comprobar si desde allí se podía vigilar. Yo había aparcado en un lugar donde el terreno se elevaba un poco y tenía la casa de Rafaela a la vista. Entró en el coche pero dejó la puerta entornada dándome a entender que no iba a quedarse allí mucho tiempo.

—No ha aparecido en toda la tarde —me informó, echándose la capucha mojada hacia atrás y agitando la cabeza para esponjarse el pelo aplastado.



—¿No ha aparecido nadie más, solo los dueños?

—¿Linus? —su tono era irónico, pero entre colegas.

—Por ejemplo —le seguí la broma.

—No. El hombre ha llegado a su hora, en su Ibiza. Está viendo la televisión en zapatillas y ella haciendo la cena. Cenar muy pronto, a él no le gusta el bar.

—¿En zapatillas?

—Sí. Se le ve cansado. Seguramente se pasa todo el día de pie.

—¿Hay un bar ahí?

—No, solo son cuatro vecinos. En Sarriko.

Comprendí que llevaba los prismáticos debajo del traje de aguas por lo tanto tenía la situación controlada.

Me sentía bien teniéndola a mi lado. Hubiera preferido que no llevara el traje de aguas puesto, porque este ejercía de barrera impidiendo que me alcanzara la radiación tibia de su cuerpo. Puse demasiado énfasis en el movimiento de echarme hacia atrás en el asiento, de estirar las piernas y dejar descansar las manos sobre el volante. Dejé transcurrir unos segundos de silencio, como un punto y aparte para iniciar otra conversación.

—¿Cuánto hace que estás en esto?

No contestó de inmediato. Al parecer había llegado la hora de las confidencias, quizás pensaba en los límites donde aquella noche y a aquella hora ella iba a permitirse llegar.

—No demasiado. Tres años. ¿Y tú?

—Algunos más... Unos quince.

—¿Siempre en el GLF?

—No, no siempre. He recorrido casi todo el escalafón: atracos, juego... —Le iba a preguntar si tenía familia pero recordé que ya me lo había dicho: un marido y un hijo, o una hija, de tres o cuatro años—. ¿De Bilbao?

—De las Siete Calles. Siempre he vivido aquí. Ya lo sé: soy una palurda.

—Resulta extraño oír eso de labios de una bilbaína.

—Eso era antes. Los tiempos nos están cambiando, antes teníamos la cara tiznada, ahora nos hacemos la manicura. ¿Y tú?

Y yo, claro. Tenía que repasar los apuntes. Hacía mucho que no había vuelto la mirada atrás, si es que alguna vez lo había hecho. Tampoco miraba hacia delante, mi anticipación no iba más allá de un par de días. Me llevó casi un minuto abrir las cerraduras del viejo arcón.

—Nací en Francia, pero no soy francés. He vivido en muchos sitios: Cantabria, Andalucía, Levante... Atracos, juego, localización de fugitivos... No hay mucho más.

—¿Cómo te hiciste policía? No tienes pinta de policía.

—¿No? Hago lo que puedo. ¿De qué tengo pinta?

La miré. Ella tenía la cabeza vuelta hacia mí. Nos encontrábamos casi a oscuras y

no podía adivinar su expresión.

—No sé...

Quise creer que su tono se había hecho afectuoso. La tomé por la barbilla, sin brusquedad. No echó la cabeza hacia atrás. Me incliné y puse con suavidad mis labios sobre los suyos. Su mano se puso en mi brazo, no rechazándome, pero tampoco atrayéndome. Sus labios también permanecieron pasivos, sin abrirse, sin cerrarse. Me separé de ella.

—¿Dónde habrá pasado la tarde? —dijo, sin ninguna entonación especial, como si no hubiera sucedido nada, tampoco era rutina, como si estuviera acostumbrada a besuquearse con el compañero durante las vigilancias para matar el tiempo.

Se refería a nuestro objetivo. Luego abrió la puerta y salió del coche.

Encendí un pitillo para calmar mis pensamientos. Di caladas profundas con la mirada puesta en su silueta oscura, inmóvil, mirando hacia las tres casas, era de esperar que su cabeza estuviera también llena de pensamientos, pero a lo mejor no era así.

Salí del coche. La llovizna había remitido. Me acerqué a ella. Durante un par de minutos permanecimos uno junto al otro contemplando en silencio las luces del pequeño núcleo urbano.

—Lo siento —dije al fin.

—No importa.

Había respondido de inmediato, como si hubiera adivinado las palabras que le iba a decir, o dejando bien claro que su respuesta no era de compromiso, que no me reprochaba nada.

Unos faros dejaban la general para descender por la carreterita que conducía al núcleo urbano. A la luz de la primera farola podíamos apreciar que se trataba de un taxi.

—Ahí está —dijo.

El taxi cruzó la explanada de cemento y se detuvo delante de la casa. Transcurrió medio minuto hasta que una de las puertas posteriores se abrió y descendió Rafaela. En la mano llevaba una gran bolsa de colores vivos. Cerró la puerta y entró en la casa. El taxi hizo la maniobra y enfiló de nuevo hacia la general. Esto podía indicar que Rafaela no iba a salir de nuevo. Ederne había sacado los prismáticos y no los había despegado de los ojos durante toda la escena. Cuando el taxi alcanzó la general, volvió a guardarlos debajo del traje de aguas.

—La bolsa —le dije—. ¿Has visto de dónde era?

—No. Parecía de ropa, de cualquier *butique*, una chaqueta, un abrigo, algo que abultaba bastante.

—No parece que vaya a volver a salir. Aunque quizás lo haga más tarde. Mañana el primer turno lo haré yo.

—¿Y Beñat?

—Le llamaré.

Nos despedimos. Entré en el coche e hice la maniobra. Quería saludarla con la mano al alejarme, pero no se volvió. Tenía los brazos levantados porque había sacado los prismáticos de nuevo. Quizás no estaba segura de si debía volverse hacia mí, o si debía ignorarme manteniéndose de espaldas. Tomé la carreterita y me alejé.

A las siete y media había visto salir al marido, como cada mañana. Se había subido al Ibiza y había esperado durante medio minuto a un vecino que apareció corriendo.

De las otras dos casas habían salido otras personas, hombres y mujeres, habían subido a sus coches y habían tomado la carreterita para alcanzar la general. Un par de coches llevaban niños. Otros niños, formando una fila, habían subido por el camino peatonal hasta la marquesina de la carretera para embarcar en un autobús escolar. Todos los coches habían enfilado hacia Bilbao. Era gente laboriosa: el pequeño núcleo urbano se quedaba casi deshabitado, con apenas media docena de amas de casa y un par de ancianos explorando la explanada a los tibios rayos de sol.

Eran pasadas las nueve y media cuando había visto abrirse la puerta de la casa y salir a Rafaela. Me sorprendió; esperaba la aparición de un taxi pero esto no había sucedido. Vi como dudada un poco. Un anciano que se disponía a explorar el territorio por segunda vez aquella mañana se detuvo para quedarse mirándola como si acabara de darse de bruces con Viernes. Rafaela se dirigió, ya con decisión, al camino peatonal que conducía a la marquesina en la carretera. Quizás había descubierto o le habían informado de que había una parada de taxis unos doscientos metros más allá de la marquesina, en el aparcamiento de una clínica.

Aunque hacía sol y la temperatura era agradable, llevaba puesto un gran chaquetón de colores vivos. No lo había visto colgado de una percha cuando había registrado su habitación. Seguramente se trataba del contenido de la gran bolsa de colores de la noche anterior. Chaquetones como aquel eran frecuentes en países brumosos donde los colores vivos no abundaban en el paisaje.

La iba a perder. Caminaba a buen paso y solo le llevaría cinco minutos llegar a la parada de taxis. Así que me tocó correr.

No había tenido en cuenta algo tan simple como que la chica en cualquier momento podía cambiar de planes. Los míos habían sido ir a por el coche cuando apareciera un taxi en la carreterita, así tendría tiempo de esperarla en la explanada de camiones y colocarme en su estela.

Mi forma física era la de un anciano de ochenta años. Llegué al coche escupiendo pulmones. Me apoyé en él durante unos segundos tratando de controlar la respiración. Ya detrás del volante, conduje hasta la explanada y me situé al borde de la carretera esperando la aparición del taxi con una pasajera con un chaquetón de colores.

Dirección Bilbao, era de esperar que no hubiera cambiado de destino. No había demasiados taxis hacia Bilbao a aquella hora, pero sí algunos en dirección contraria.

Fue gracias a la mancha de colores y también a que no se había sentado porque el autobús iba lleno o no le apetecía hacerlo. Mis ojos captaron los colores vivos hacia el centro del autobús, que cruzaba casi a cien por hora delante de la explanada. Seguramente su intención había sido coger un taxi en la parada pero había llegado el autobús y se había subido a él; le daba igual, su destino le era indiferente siempre que se dirigiera a Bilbao. Le di al contacto y me coloqué en la estela del autobús. Ahora no la veía así que tendría que estar atento a las personas que bajaban del autobús en cada parada. Entre el autobús y el Mazda había otros cuatro coches. Dejaban Bilbao casi tantos coches como entraban, casi todos con solo el conductor, había una cierta incoherencia en aquello. Diez minutos y nos detuvo el primer semáforo, despegué las manos del volante y me estiré aplastando la espalda contra el asiento.

No era cuestión de ahorro —tenía dinero, la había visto gastarlo— sino de que le sobraba el tiempo, no tenía prisa para ir a ninguna parte; el autobús se había detenido en la marquesina cuando ella pasaba en busca de un taxi y, sin más, se había encaramado a él.

Marqué el número de Ederne. Le dije dónde me encontraba y le di el número del autobús, el 63, le dije que desconocía procedencia y destino y que llamara a Beñat y estuvieran preparados.

Se bajó en la zona de Deusto, en una calle que se llamaba Ramón y Cajal. Aparqué, salí del coche, crucé la calzada y caminé manteniéndola en mi campo visual.

Su paso era el de siempre. Se limitaba a caminar, solo eso, o quizás no, quizás ahora lo hacía con cierta decisión, y tampoco hoy parecía muy interesada en escaparates. Marqué de nuevo el número de Ederne, le di mi situación y le dije que los quería a los dos allí de inmediato.

Cruzamos una plaza, luego recorrimos un par de calles y llegamos a otra calle algo más ancha, Blas de Otero, de doble dirección. Yo caminaba por la otra acera, a unos veinte o treinta metros detrás de ella, con el portafolios de plástico barato en la mano que siempre llevaba en el coche, para pasar por un simple peatón con un portafolios en la mano. Hacia la mitad de la calle, Rafaela hizo algo extraño: cruzó delante de una puerta alta con un rótulo en la parte superior que anunciaba que se trataba de una biblioteca pública. No hizo ningún ademán de entrar, ni se detuvo, ni miró hacia el interior, pero levantó la cabeza para leer el rótulo. Inmediatamente dobló la esquina. No me apresuré, no tenía razón para ello, aunque acababa de caer en la cuenta de que Rafaela no estaba siguiendo una trayectoria recta, algo que no encajaba con su caminar decidido. Estuve acertado, porque segundos después apareció de nuevo en la esquina, había girado en redondo, se detuvo delante de la puerta de la biblioteca estudiando de nuevo el rótulo, como si en una primera lectura no hubiera comprendido lo que decía, o como si hubiera cambiado de planes, algo

que de nuevo se contradecía con su caminar decidido como si el lugar donde se dirigía fuera relevante. Entró en la biblioteca. Me detuve, saqué el móvil e informé a Ederne dónde me encontraba.

No tardaron en aparecer. Yo me hallaba al principio de la calle, manteniendo en mi campo visual la puerta de la biblioteca, arriesgándome a que esta tuviera otra salida y la hubiera perdido de nuevo.

Les expliqué someramente la situación y me dirigí a Beñat:

—Comprueba si hay otra salida y si la ha utilizado —y a Ederne—. Mira a ver si en ese portal hay algo más que una biblioteca: viviendas, otros negocios. Comprueba si se encuentra en la sala de lectura, y lo que hace: leer, escribir, buscar fichas. Aquí, en diez minutos.

Se alejaron, sin preguntar nada y sin replicar.

Diez minutos y allí les tenía de nuevo.

Beñat nos dijo algo en euskera, en su tono habitual de cabo impaciente por ascender a mariscal.

—Que hay otra salida pero está cerrada, no se utiliza —me tradujo Ederne, rutinariamente—. Está leyendo, con unos folios en blanco al lado del libro y un bolígrafo. Lleva puesta una chaqueta de punto, de colores...

Había salido de casa sin nada en las manos, ni bolso ni cartera. Eso quería decir que los folios los había comprado en la misma biblioteca, o los había pedido prestados. Era una chica estudiosa. Quizás la visión de la biblioteca le había hecho cambiar de planes, pero su habitual caminar decidido y la trayectoria errática desde que había dejado el autobús no acababan de encajar.

—Vamos a dejarla. Sospecha que la seguimos, ha actuado demasiado a la vista lo que indica que esta mañana se va a dedicar a rellenar folios.

—¿Para esto nos has hecho venir? —replicó Beñat, provocativo.

Le clavé la mirada.

—Para esto. Se pasará la mañana ahí estudiando. Si levantamos la vigilancia confiará más.

—¿No habrá quedado aquí con él? —intervino Ederne, en un tono tranquilo.

—No lo creo. Antes de encontrarse con él tomará toda clase de precauciones. Ningún profesional corre riesgos; eso de que lo más sencillo es la mejor forma de pasar inadvertido no os lo creáis. Le sobra el tiempo y ha decidido no malgastarlo. Seguramente todavía nos faltan unos cuantos días de espera. Estaremos en contacto.

Beñat parecía a punto de abofetearme. Ederne estaba desconcertada, no le había dado tiempo de analizar a fondo mis palabras.

Se alejaron en busca de los coches.

—Beñat.

Se detuvo y se volvió.

—Tú y yo no necesitamos intérprete. No vuelvas a dirigirte a mí en una lengua que yo no entienda.

Me obsequió con unos gramos más de su mirada de jefe de la pandilla y reanudó su marcha hacia el coche, sin esperar a Ederne. Quemó medio embrague arrancando.

Me metí en el Mazda y enfilé de nuevo hacia Aretxe.

Esta vez la puerta de la cocina se encontraba cerrada. Siempre la había visto abierta, salvo de noche; la mujer entraba y salía continuamente por ella. No debía encontrarse en casa, era su hora de hacer la compra.

Crucé el prado, sin titubeos, a buen paso, hasta la explanada de cemento. Existía la posibilidad de que alguien me estuviera observando desde cualquier ventana, por eso adopté el papel de pariente pelma que se presentan de visita a la hora del desayuno. Llamé al timbre de la puerta principal, la golpeé enérgico con los nudillos. Esperé con las manos colgando de los bolsillos por los pulgares. No llegaba ningún sonido desde el interior de la casa. Llamé de nuevo y nada. Fui, decidido, a la parte posterior. Esperaba que no hubiera echado ningún cerrojo por dentro, aquella diminuta urbanización no era un lugar para ladrones. Saqué el carnet de identidad y lo introduje por la ranura a la altura de la cerradura. Noté como el pestillo cedía sumisamente hasta que la puerta dejó de ofrecer resistencia. Entré y cerré a mi espalda.

La cocina estaba reluciente como si la mujer se hubiera levantado a las cinco de la mañana para limpiarla. Me moví deprisa con la seguridad de que no había nadie en la casa. Eché un vistazo rápido a las habitaciones de la planta baja. El salón, con un par de ventanas, y con el consiguiente tresillo de *skay* de color mostaza. El armario aparador con una docena de fotografías en portarretratos: los dueños de la casa en el altar, él con bastante más pelo, ella con algunos kilos menos; la familia al completo después de la ceremonia, o bailando después del banquete mirándose disciplinadamente a los ojos; una colección de fascículos: *Los Vascos en América*; media docena de floreros con flores de papel y un televisor grande como un vagón. En una reluciente mesita pegada a la pared, sobre un tapete de ganchillo, una Barbie en traje de novia, sentada en una silla de juguete, sin mostrar ninguna impaciencia en su expresión por la desaparición del novio. Un trastero con un par de viejas maletas y artilugios de limpieza y una habitación con una ventana dando a la parte posterior de la casa; debía de ser la biblioteca, con media docena de libros en una estantería de contrachapado colgada de la pared con dos alcayatas gigantes, y dos grandes pilas de periódicos y revistas sobre una desnuda mesa camilla: *El Correo Vasco* y *Semana*, con un sillón apolillado y una lámpara colgada de un mástil de madera detrás del sillón. Ninguna cama. Ningún dormitorio.

Subí a la planta superior y entré en la habitación de Rafaela. Lo primero que vi fue la bolsa de colores sobre una silla, perfectamente doblada, demasiado bonita y práctica para echarla a la basura. La cama estaba hecha, el pijama bien estirado sobre la colcha, las dos novelas sobre la mesilla de noche. Cogí la bolsa y la desdoblé. Tenía impresa la palabra Baracuta en veinte modelos diferentes de letra, en todos los tamaños y colores. En la esquina inferior izquierda venía un recuadrillo con dos

palabras: *Pabla (Prahá)*.

Regresé al coche. Conduje con los pensamientos lejos de la carretera.

Al parecer Linus había llegado. Y nos había burlado. Ella también nos había burlado. No quise repasar los detalles de la tarde anterior para descubrir dónde habíamos cometido el fallo. La figura de Linus se iba haciendo más grande, más definida, más concreta. Y más amenazadora. Durante unos minutos la palabra peligro desplazó al resto de pensamientos permaneciendo solitaria en mi mente. Alargué la mano y abrí la guantera. La culata de la pistola asomaba entre los papeles. No debía dejarla allí por la noche; debía llevarla al hotel y meterla en un cajón.

No éramos suficientes para una vigilancia de ese nivel. Teniendo en cuenta que la Ertzaintza me había echado una mano de forma aparentemente desinteresada. No estaba seguro de que no fuera así, tampoco acababa de comprender qué importancia podía tener para ellos aquel negocio. Quizás solo habían pretendido mostrarme su autoridad, recordarme que me encontraba en su territorio. Para el Grupo sí era importante, ya no me cabía duda, era lo que daba a entender que hubieran desplazado un agente durante dos semanas para vigilar a la chica. Once funcionarios para toda España, repartidos en cinco zonas. Que hubieran empleado la décima parte del Grupo para seguir a una chica de veinte años durante dos semanas no podía ser mera rutina. Que hubieran dejado el caso en manos de un agente sin ninguna medalla, ni una felicitación, ni una palmadita en la espalda en veinte años de servicio. Tampoco habían hablado de gastos, de dietas, de informes por escrito. Todo era novedoso. Yo había interpretado que aceptarían cualquier cuenta que les presentara cuando lo habitual era que te tuvieran una hora debajo de los focos para justificar un billete de autobús. Y de pronto el seguimiento parecía haber perdido importancia para ellos.

Era previsible que Linus no tuviera mayor dificultad en encontrarse con su hija, cuando quisiera y como quisiera, aunque no se hubiera tratado de un viejo profesional de la ocultación. Lo único que necesitaba era emplear un par de trucos de chistera. Si se consideraba un objetivo importante daría por supuesto que habría media docena de agentes venteando su rastro. Sus movimientos serían cautelosos. No se arriesgaría a que su seguridad dependiera del ir y venir de su hija.

Su destino en España podía no ser Bilbao sino otro lugar, Valencia, tal vez, y que hubiera utilizado a su hija como señuelo para desviar nuestra atención, y que fuera con su ex con quien quería encontrarse. Pensé si no habría media docena de agentes vigilándola, los agentes con más medallas del grupo, nadie me había informado de ello.

Saqué el móvil y marqué el número de la comisaría de Puertollano. Pregunté por Escalante. Tenía idea de que todavía continuaba por allí, alguien se había referido a él no hacia mucho. Unos segundos y le tuve al otro lado. Seguía en pasaportes, sin pisar la calle. Me alcanzó su entusiasmo hueco al oír mi nombre, cuánto tiempo, golfo, cómo te va y a qué se debe tu llamada. A lo mejor sí estaba contento de escuchar mi voz. Que necesitaba que me hiciera un favor, que se comunicara con la Europol y



averiguara si había una orden contra un tal Linus, Linus Diermissen. Apuntó el nombre, sin comentar nada, por ejemplo, que por qué no lo buscaba yo directamente. Se limitó a decirme que le diera un par de minutos y le volviera a llamar.

La bolsa de Praga podía ser otro ardid para hacernos creer que ya había llegado. Podía haberla ido a buscar a lista de correos, o a una empresa privada de servicio postal. Resultaba difícil comprenderlo. Quizás Linus solo pretendía tenernos ocupados porque se aburría y añoraba sus viejos tiempos de espía.

Marqué de nuevo el número de Puertollano. Que no había nada, no había ninguna orden contra Linus Diermessen de Europol. Le di las gracias, intercambiamos naderías un par de minutos más y cortamos la comunicación.

Continué hasta Galdakao para tomar la A-8. Quería llamar con los nudillos a la puerta de Fidel Utrilla y tener unas palabras con él.

Me tocó esperar una media hora. Había llegado a la calle Orueta a las tres y media pasadas porque existía la posibilidad de que Utrilla se encontrara dentro de la casa si era de los que tomaban la sopa en su mesa de comedor a mediodía, o que regresara por la tarde después de finalizar su jornada laboral. Había estado dispuesto a esperar hasta verle salir o entrar por aquella puerta.

Cuando la puerta se abrió y apareció un hombre al que le calculé unos sesenta años, pensé que se trataba de Utrilla, el dueño de la casa, porque la mujer no le había acompañado hasta la puerta. Cerró con cuidado. Cruzó el pequeño patio, abrió la cancela y salió a la calle. Podía tener tres o cuatro años más de sesenta; de cabello gris acerado, todavía abundante, estatura media y complexión normal; rostro de fumador, chupado, de pómulos muy marcados. Me dio por pensar que quizás era indio, indio de las praderas, o medio indio, o solo un cuarto de indio porque su tez era blanca, de un blanco ceniciento.

Cruzó la calzada y entró en la calle que desembocaba enfrente por lo que le perdí de vista. Bajé del coche. La calle por donde había desaparecido era ancha pero corta y desembocaba en otra calle, o plaza, con árboles. Utrilla se alejaba a paso regular y se encontraba ya a unos cincuenta metros, casi al final de la calle. Las luces de un Peugeot aparcado al borde de la acera parpadearon. Vi como Utrilla abría la puerta del conductor y se introducía en el coche. Estaba aparcado al sol, a unos cien o ciento cincuenta metros de su casa a pesar de que delante de la puerta del número 26 de Orueta tenía todo el espacio que hubiera querido para aparcar, al sol o a la sombra. Quizás no había un hueco libre en aquella acera cuando llegó a casa. Regresé a por el coche. El Peugeot apareció en la esquina y giró a la izquierda. Me coloqué en su estela.

Recorrimos unos quinientos metros, a marcha moderada, por tres o cuatro calles, en dirección este. Tras cinco minutos, Utrilla aparcó al borde de la acera en una calle de una sola dirección y salió del coche. Contemplé como se alejaba y doblaba una esquina. Aparqué y salí del coche yo también. Cuando doblé aquella esquina Utrilla se encontraba abriendo el cierre de una tienda, a unos treinta metros de distancia. Lo levantó del todo con bastante estrépito, entró y vi como abría con una llave la puerta de cristal. Se trataba de una pequeña tienda de informática, con escaparate. Me dirigí allí y crucé de largo.

Delante de la tienda, en las dos aceras, había sitio de sobra para aparcar, pero Utrilla había preferido hacerlo en otra calle, a unos cien metros de la tienda, aunque se había dirigido directamente allí, sin dar ningún rodeo, como había hecho al ir donde tenía el coche aparcado a unos cien metros de su casa.

Logré ver, al cruzar delante del pequeño escaparate, toda clase de artilugios de informática arrojados allí sin ningún orden: tripas de ordenadores e impresoras, tarjetas, teclados, pantallas... La tienda parecía un pequeño taller de reparación y componentes y, según el añadido en el letrero sobre la puerta, también se reparaban y vendían móviles. La calle se llamaba Zunzunegui.

Regresé a la calle Orueta. Abrí la cancela del 26, salvé los cuatro escalones y aplasté el pulgar en el botón del timbre. Medio minuto y la puerta se abrió. Delante tenía a la mujer, con un delantal blanco con florerillas azules y verdes. Mi expresión era grave, la suya recelosa.

—¿Manuela Coelho?

Por un instante su expresión permaneció vacía, como si oyera aquel nombre por primera vez, luego, cuando cayó en la cuenta de que yo lo había pronunciado, la piel de su rostro se puso tensa y palideció. Le mostré el carnet, manteniéndolo diez segundos más de lo necesario delante de sus ojos, para que se fijase bien, para que comprendiera que aquella llamada a su puerta era importante, que ella era para mí una carta ganadora. Empujé la puerta con la palma de la mano, entré y cerré a mi espalda. Ella se limitó a retroceder, mirándome con los ojos muy abiertos, muda, olvidada de respirar, como si un habitante de otro planeta hubiera venido a cogerla en brazos para llevarla a su nave.

Crucé el pasillo sin que ella me invitara a hacerlo, no quería perder el dominio que mi aparición había creado. Me extrañó que no protestara, que no me preguntara nada, como si ya esperara mi visita, como si fuera algo habitual para ella ver a policías entrar en su casa, sentarse en el mejor sillón y sacar la cajetilla. Le indiqué con el dedo el sofá para que se sentara. Mi expresión mantenía la gravedad al máximo.

Era una casa corriente, para personas corrientes, con muebles corrientes adquiridos en cómodos plazos en la tienda de la esquina. La sillería era de *skay*, la mesa del salón de madera brillante de diversos tonos rojizos, los tapetes de ganchillo, los cuadros paisajes enmarcados de revistas ilustradas, y el televisor de un par de palmos de grosor. Desde la puerta había oído a amoníaco, como si lo hubiera empleado para quitar una mancha díscola, o como si lo mezclara con el agua de fregar.

Me situé delante de ella, erguido, venciendo la tentación de colocar las manos en las caderas para darle al interrogatorio cierto carácter oficial. No iba a revelar cómo había conseguido su nombre y tampoco le iba a preguntar la razón de que se hiciera enviar la correspondencia a lista de correos. Por alguna razón trataba de ocultarse, de pasar desapercibida, y esa era la carta que yo iba a jugar.

Era una mujer todavía guapa, incluso hacía veinte años podía haber alcanzado el estatus de belleza, una belleza sencilla, no aparatosa, de las que a primera vista pasan inadvertidas y a la sexta recibes un trallazo cuando reparas en ella. Tenía una tez muy limpia; sus rasgos de mulata eran proporcionados, los labios no eran demasiado carnosos y los ojos eran medianos. Formaban un conjunto armónico, no había nada en aquel rostro que se apartara una centésima de lo que se considera estándar. Quizás por eso era guapa.

—Solo te voy a hacer cuatro preguntas sencillas, tú me respondes tranquila, y yo me voy. Relájate —le concedí unos segundos para que se relajara, pero me pareció que no hacía ningún esfuerzo para conseguirlo. Ya no me miraba, ahora miraba a la alfombra desteñida—. ¿Desde cuándo vives en esta casa?

Tardó en contestarme, tenía que saber hablar, yo la había visto hacerlo, lo hizo en un tono bajo y sumiso:

—Dos años.

—¿Dónde vivías antes?

—En Deusto.

—¿Con él?

Ahora sí levantó la cabeza, todo ella adquirió consistencia; la pregunta le había sorprendido, aquella referencia a «él», quizás porque le había hecho comprender que Manuela Coelho no era el motivo de la visita.

—No.

Buena parte de su sumisión había desaparecido, como si «él» significara algo muy especial para ella, algo no positivo precisamente. Sin embargo, de momento, no me parecía que tuviera ninguna razón para mostrarse sumisa conmigo: tenía papeles y aparentemente no había hecho nada que se saliera de las normas. Quizás aquel era su carácter, o todavía no se había sacudido de encima el síndrome del emigrante: cruzar cada día con cautela una selva donde mil peligros acechan.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Cuatro años.

—¿En España?

—Sí.

—¿Solo cuatro?

Volvió a levantar la cabeza porque mi reacción había sido de genuina sorpresa. Pero no respondió.

Cuatro años no era tiempo suficiente para conseguir la residencia indefinida.

—¿Tienes el pasaporte por ahí?

Dudó un poco, manteniendo la vista baja, luego se levantó con esfuerzo, cruzó el salón y salió por la puerta por la que habíamos entrado. Escuché sus pasos casi enfermizos subiendo la escalera. No podía dejarle utilizar el móvil. Fui a la escalera y subí un par de peldaños con la vista puesta en la planta superior. Oí abrirse una puerta, pero no cerrarse. Enseguida oí abrirse un cajón. Luego oí cerrarse la misma

puerta. Regresé al salón.

Su permiso de estancia era turístico, de hacía cuatro años, como Servet me había dicho. Era el permiso habitual de tres meses, desde el 13 de octubre de 2003 al 13 de enero de 2004. Faltaba el sello de permiso de residencia. Llevaba cuatro años sin papeles. Esto podía explicar en parte su temor, su aire sumiso. También que no hubiera puesto su nombre en la tarjeta del buzón y que utilizara la lista de correos. El resto de las páginas estaban en blanco, al único país al que había viajado desde la fecha de expedición había sido España, una sola vez y como turista. Era de Londrina, estado de Paraná. Tenía cuarenta y dos años. Lo cerré y se lo devolví sin decirle nada.

Servet podía haberse equivocado. Yo tenía que haber recurrido directamente al comandante, porque Servet pertenecía a la Antiterrorista y yo le había facilitado los datos de la mujer con poca precisión. Era una conjetura, solo eso.

Me resultaba indiferente que no tuviera papeles, no era asunto mío, pero aquel pasaporte sin el sello de residente se convertía en una buena baza a mi favor.

—Eh, mírame. —Levantó la mirada. Coloqué la foto de Linus a un palmo de sus ojos—. ¿Le conoces?

Miró la foto aplicadamente. Negó con la cabeza.

—¿No le has visto nunca por aquí?

Negó enérgicamente sin apartar su ojos de la foto, como si esta estuviera a punto de desvanecerse.

—No.

Decía la verdad. Linus no había ido por allí y, si lo había hecho, no se había dejado ver por la mujer.

—Fíjate bien, no quiero que olvides esta cara. Es un delincuente. No es una buena compañía ni para ti ni para tu marido, os crearía problemas. Nos vas a echar una mano, a tu marido y a mí, a los dos. Si aparece por aquí harás una llamada a un teléfono que te voy a dar. No te pasará nada, no te comprometerá, nadie sabrá que has hecho esa llamada. Ten en cuenta esto: es a tu marido, o a tu pareja, a quien estás protegiendo. También a ti misma. No se lo digas a él, no merece la pena, a él tampoco le pasará nada. ¿Has entendido?

Inmediatamente afirmó con la cabeza, con decisión, porque ella lo entendía todo y estaba de acuerdo con todo lo que no fuera aquel pequeño problema que no le permitía poner su nombre en el buzón.

Tenía miedo, ya lo tenía antes de que yo llamara a la puerta. La casa, la tienda, el Peugeot, el carrito de la compra, nada indicaba que hubiera algo más que no estuviera a la vista, algo que ella necesitara ocultar, salvo su pasaporte con un permiso caducado; quizás este era su único problema y ella lo agigantaba. También podía ser una tapadera, aunque no encajaba en aquel pueblo, fuera de ruta para casi todo. Tampoco podía tratarse de cualquier asunto en el que su marido estuviera implicado; de ser así su nombre tampoco estaría en el buzón.

Saqué una tarjeta, corté la esquina donde venía el número de mi móvil y se lo

entregué.

—Es mi número particular. Solo tienes que dar tu nombre y hablar conmigo o dejar el mensaje. Guárdalo bien. Cuando todo haya terminado podrás contárselo a tu marido, si quieres. Lo has hecho por él y también por ti. Él lo comprenderá y te lo agradecerá.

Mantuvo la vista baja. No debía de pensar que esto fuera a suceder así, pero había comprendido que solo dependía de ella decírselo a su marido u ocultárselo.

Yo quería dejar un cierto vínculo de amistad entre nosotros, por liviano que fuera, que supiera que delante tenía a un policía al que no le importaba que no tuviera papeles. Podía prometérselos si colaboraba, pero era una baza que de momento me reservaba. Continuaba recelosa.

—¿Trabajas también en la tienda de tu marido, le echas una mano?

—A veces —respondió apagadamente—. Cobro las facturas.

—¿Hay tipos que no pagan?

—A veces.

—¿Y qué les haces? ¿Les coges por la solapa y les agitas un poco?

Continuó con la mirada baja, se limitó a encogerse levemente de hombros.

No nos íbamos a hacer amigos. Aquella mujer se encerraba en sí misma, y no por la condición de policía de su interlocutor. Pensé si sería así desde el día que conoció a Utrilla, o quizás había sido siempre así, aunque resultaba extraño en una mujer bella que había tenido el coraje de emigrar con un permiso de turista.

Si la chaqueta de colores no era un señuelo podía indicar que Rafaela se había visto ya con su padre. Eso quería decir que Linus se encontraba en Bilbao. Podía haber venido a ver a su hija, solo a eso. O a esconderse. Si había venido a verla y sabía que la estábamos siguiendo, le podíamos dar por perdido. Pero en este caso lo lógico sería que Rafaela se hubiera marchado ya de Bilbao. Y esto no había sucedido. Ni parecía que se dispusiera a hacerlo. Si lo de la chaqueta había sido solo un señuelo, nos tocaba continuar a la espera.

Cité a Ederne y Beñat en el Martxiarena. Les expliqué a lo que nos íbamos a dedicar: habitaciones de alquiler, preferentemente en los alrededores de Bilbao, barrios o pueblos bien comunicados con la capital, por autobús y tren; había que buscar por los alrededores de las estaciones de cercanías, por barrios con alta densidad de población, por lugares donde resultaba fácil pasar desapercibido. No nos interesaban las habitaciones de alquiler clandestinas, solo las inscritas en un registro. Linus habría hecho algo parecido a lo que había hecho su hija: alquilar una habitación en una casa particular, pero no en un lugar tan discreto. Quizás era a esto a lo que se había dedicado Rafaela cuando la habíamos perdido: alquilar una habitación para su padre. También había que preguntar por la chica mostrando su foto. Linus comería en restaurantes y bares baratos, muy frecuentados. Había que pasear su foto por allí. Utilizaría documentación falsa de calidad, solo al alcance de profesionales. Habría cambiado de aspecto, pero nada artificial, solo unas gafas de cristales neutros, quizás barba o perilla y bigote naturales. Teníamos que informarnos en las policías municipales, dejar en su mostrador unas cuantas fotos del padre y la hija. Debíamos preguntar en tiendas y bares por habitaciones de alquiler. Yo me reservaba la zona del puerto, Sestao, Portugalete, Santurtzi. Ellos podían repartirse el resto como quisieran. Los turnos de vigilancia a la chica continuarían igual; el resto era un trabajo extra, desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche.

No teníamos otra cosa, salvo que Rafaela cometiera algún descuido. Accedieron sin decir nada, aunque sabían que se trataba de una búsqueda de resultado incierto. Nos pagaban por hacerlo, aunque no habían puesto los medios suficientes para conseguir resultados. No se habían interesado en ello. Era como buscar una aguja en un pajar.

Comencé por Sestao. Era un pueblo grande, industrial, de obreros, en la zona de influencia del puerto, con gran densidad de población y bien comunicado por tren y autobús con el centro de Bilbao. Un buen lugar para pasar inadvertido y moverse con discreción.

Ignoré la policía municipal porque no me prestarían atención, solo era un tipo de la Nacional y no me ofrecerían ayuda, todo lo contrario: levantaría recelos. Pediría a Ederne o Beñat que les dieran un toque.

No tardé en comprender que la misión era imposible. Había demasiadas

habitaciones en alquiler, todo el mundo buscaba sacarse un extra. Necesitaría quinientos policías para hacer un barrido del pueblo. Ederne y Beñat tendrían que recurrir de nuevo al registro y pasarme una lista de las habitaciones legales.

Comprendí lo que estaba llevando a cabo cuando, en un bar, el dueño, con los brazos apoyados en la barra, escuchó pacientemente mis preguntas mientras le echaba un vistazo somero a la foto de Linus. Como respuesta, su cabeza indicó a derecha, izquierda, adelante, atrás, lejos cerca... dando a entender que en todos los edificios de la calle, en todas las calles de Sestao había habitaciones para alquilar: aquello era el puerto. No, no le sonaba el rostro de la foto.

Descartaba que se comunicaran por móvil: el de Rafaela podía estar intervenido. Quizás Rafaela utilizaba un teléfono público y su padre el móvil, o, simplemente, si ya se habían visto y él todavía no se había marchado habrían dejado establecido el lugar y la hora de la próxima cita. Si Linus ya se había marchado, su hija no tardaría en hacerlo, pero no parecía tener prisa. Había comprado algo de ropa y un secador de pelo, aunque pudiera ser que nos estuviera entreteniendo para facilitar a su padre la oportunidad de alejarse.

Transcurrieron otro par de días y todo seguía igual. Rafaela continuaba con sus paseos y su biblioteca. Ahora se levantaba tarde, nunca antes de las diez, y se recogía temprano, hacia las ocho, lo que daba a entender que cenaba con los dueños de la casa.

La brasileña no había llamado. Tampoco estaba seguro de que lo fuera a hacer aunque tuviera algo que decirme; incluso era probable que nunca hubiera pasado por su cabeza hacerlo, porque la presión podía haber desaparecido una vez que la puerta de la calle se había cerrado a mi espalda. O tal vez se lo había dicho a su marido. Yo desconocía la relación que existía entre los dos y quizás eran de verdad marido y mujer. Ahora me arrepentía de no haber empleado con ella la baza del permiso caducado, de no haberle retorcido el brazo un poco amenazándola con la deportación.

Si Linus se había marchado solo nos quedaba echar el cierre a la carpeta amarilla.

Pero Rafaela continuaba en Bilbao. Algo que no tenía sentido si su padre ya se había ido. Sería, estudiosa, incapaz de perder el tiempo sin motivo; allí, en Bilbao, nada tenía que hacer.

En aquel par de días solo había sucedido un par de incidentes: el primero mínimo, intrascendente; el segundo me había proporcionado material para pensar.

El martes había amanecido un día soleado y Rafaela había elegido un pequeño parque entre Larrategi e Ibáñez de Bilbao para leer su libro sentada en un banco. Llevaba diez minutos leyendo cuando comenzó a rondarla un chico negro desarrapado que, al fin, con timidez, se sentó en el otro extremo del banco. Un par de minutos después los dos estaban charlando. No dejaron de parlotear durante algo más de media hora. Casi toda la conversación la llevó Rafaela y el chico mantuvo durante todo el tiempo la cabeza vuelta hacia ella, escuchándola atentamente. Al fin la chica cerró el libro, abrió la carterita que llevaba colgada al cuello, sacó un billete y se lo



dio; el chico pareció reacio a cogerlo pero al fin lo hizo con timidez, ella se levantó, sorprendentemente le besó en la mejilla y se fue. Aquella escena solo daba para pensar algunas cosas extrañas: que ya conocía al chico y que tenía cierta amistad con él, pero al verse no se habían hablado ni saludado. Todo hacía suponer que acababan de conocerse; que comenzaba a sentirse sola, que echaba de menos una buena conversación, incluso echaba de menos besar a alguien.

El segundo incidente sucedió el miércoles. A eso de las nueve decidí darme una vuelta por Artetxe para charlar con Ederne porque no tenía nada mejor que hacer. El puesto de vigilancia era el C. No se encontraba allí, tampoco su coche se encontraba detrás del rollo de plástico negro donde lo dejábamos. Pensé que Rafaela habría madrugado y se habría ido ya, pero en ese caso Ederne me habría llamado como era lo convenido. Quizás había tenido que ausentarse por alguna razón imprevista. Pero también me habría llamado. Esperé una media hora. No sucedió nada, Ederne no apareció y Rafaela debía de continuar durmiendo. Esperé la llamada de Ederne durante todo el día, pero esta no se produjo. Sí me llamó Beñat para comunicarme el cambio de turno, sin hacer ninguna mención a Ederne. Cuando nos vimos los tres a última hora de la tarde esperé una explicación de Ederne que tampoco se produjo. Yo no le dije nada, pero lo sucedido me dio que pensar.

Si la chica había venido a Bilbao a encontrarse con su padre, no dejarían transcurrir un solo día sin verse. Pero desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche no se habían visto en aquel par de días, estábamos seguros. Había que descartar que se encontraran de noche: a esas horas todo el mundo es demasiado visible, sobre todo si no te mueves en coche propio.

Mi esperanza continuaba puesta en la brasileña. Incluso había tenido la tentación de ir a verla de nuevo. Pero carecía de sentido hacerlo. Si me había engañado estaría bien aleccionada esperando mi visita, incluso podía haber volado. Caí en la cuenta de que no había considerado que ella misma podía haber pertenecido a un grupo de información, un error que me merecería arrojar el carnet con el escudo al cubo de la basura.

Marqué el número de Documentación. Les di el nombre de la brasileña. Emplearon cinco minutos para averiguar que su nombre no salía en la pantalla y tampoco había nada en los archivos antiguos: era una desconocida para ellos.

Cambié de parecer y decidí darme otra vuelta por Amorebieta.

No estuve equivocado. Pasaban diez minutos de las dos cuando vi aparecer la mancha verde del Peugeot al fondo de la calle, reducía la marcha y aparcaba en batería a cien metros del número 26. Delante de la casa y en la acera de enfrente había todo el espacio que quisiera para aparcar. Le vi venir hacia la casa caminando despacio, casi refrenándose, como haciendo tiempo para encontrar la mesa puesta. Le vi cruzar la calzada, abrir la cancela y entrar en la casa abriendo la puerta con su llave.

Me metí en el primer bar que encontré. Todas las mesas estaban ocupadas con las comidas de mediodía. Un par de chicas con delantal a cuadros azules y blancos se movían diligentemente entre las mesas. Me hice un hueco en la barra y pedí una ración y una cerveza.

Las mesas se fueron desocupando. Tenía tiempo para el tercer café. Las chicas se tomaban ya unos segundos de respiro hablando reposadamente entre ellas.

Pasaban unos minutos de las cuatro cuando la puerta del 26 se abrió y apareció Utrilla. Como si estuvieran sincronizados, un coche rojo, azul y blanco con lámparas rojas y azules sobre el techo apareció en la calzada moviéndose despacio pero con decisión, como un tiburón que ha oído una presa. Fue a detenerse delante de la cancela del número 26. Las dos puertas delanteras se abrieron para dar salida a dos *ertzainas* de uniforme. Utrilla no pareció inmutarse, como si no hubiera advertido la presencia del coche o a los *ertzainas*; salió a la calle e inmediatamente los *ertzainas* le abordaron. Habían dejado las dos puertas del coche abiertas. Los tres, allí, en medio de la acera, se limitaron a intercambiar unas cuantas palabras con los dos *ertzainas* muy erguidos muy cerca de él y advertí cómo Utrilla indicaba con la cabeza hacia el lugar donde había dejado aparcado el Peugeot. Los *ertzainas* afirmaron con la cabeza y se retiraron un poco. Entonces Utrilla indicó la puerta de la casa; los *ertzainas* parecieron dudar pero de nuevo afirmaron con la cabeza. Utrilla regresó a la casa y entró dejando la puerta entornada. Uno de los *ertzainas* entró en el pequeño patio, con la mirada puesta en la puerta de la casa. Medio minuto y Utrilla reapareció. Todo hacía suponer que había regresado a la casa para decirle a su mujer que le habían venido a buscar, quizás para que se encargara de abrir la tienda. Salió a la calle dejando la puerta de la casa abierta y se encaminó hacia su coche, mientras los dos *ertzainas* entraban en el suyo. La mujer no había aparecido en la puerta. Vi cómo Utrilla subía al Peugeot y venía hacia nosotros, despacio, como si sus pensamientos

estuvieran puestos en algo más que la conducción; el coche de los *ertzainas* arrancó y Utrilla se colocó en su estela. Cruzaron a mi lado. Arranqué. La puerta de la casa estaba ahora cerrada y yo no había visto a la mujer cerrándola. Giré sobre la raya amarilla y conduje con la mirada puesta en el Peugeot.

El recorrido fue de solo un par de minutos. Los dos coches llegaron a una plaza con árboles y aparcaron delante de un edificio moderno, de dos plantas, con un par de banderas en un ventanal. Sobre la puerta principal una docena de letras de metal dorado formaban la palabra «Ertzaintza». Los agentes dejaron su coche en lo que parecía ser un aparcamiento reservado que ocupaba la parte derecha del edificio, desde la puerta hasta la esquina. Utrilla dejó el suyo enfrente, en el aparcamiento público. Los *ertzainas* le esperaron y los tres entraron en el edificio.

El asunto podía tener cierta relevancia. No le habían detenido pero tampoco le habían perdido de vista y resultaba extraño que, si solo se trataba de hacerle un par de preguntas, hubieran ido a buscarle a su casa cuando hubiera sido suficiente una simple llamada de teléfono.

Me dediqué a estirar las piernas, manteniendo siempre a la vista la puerta de la comisaría.

Transcurrieron unos diez minutos. La puerta de cristal se abrió una vez más y salieron los dos *ertzainas* que habían traído a Utrilla. Subieron a su coche y se fueron. Mi mirada tomó nota por primera vez de la presencia de un Subaru Forester plateado aparcado en la segunda plaza a la derecha de la puerta. Hacía unos días me había parecido un coche de demasiado precio para un sueldo de guardia civil, aún contando con la prima doble de la Antiterrorista. Me alejé buscando la protección de las plataneras de la plaza. Era improbable que aquel coche perteneciera a cualquier otra persona: se trataba de un modelo poco corriente y, además, sería mucha coincidencia el mismo tono plateado.

La puerta de cristal continuó abriéndose y cerrándose. Por ella entraban y salían *ertzainas*, malhechores y abogados; también tipos corrientes que venían a denunciar algo, una cartera extraviada, o una mujer o un marido desaparecidos; había continuo movimiento de coches en los dos aparcamientos.

Por fin apareció Utrilla, solo. No podía apreciar su expresión pero sus movimientos me parecieron distendidos. Se metió en el Peugeot y desapareció por una de las bocacalles de la plaza. Me senté en un banco.

Pasaron otros diez o quince minutos y casi le pierdo porque me encontraba distraído. Le vi cuando ya estaba abriendo la puerta del Subaru. Seguramente había salido por la puerta de cristal cuando yo me dedicaba a vigilar los movimientos erráticos de una paloma tratando de echarse encima de otra paloma. Era el tal Guerra, el callado, el hosco de hacía cuatro días. Un tipo de pocas palabras con el que había compartido mesa en la cafetería del puerto. Desconocía por qué pensaba que pertenecía a la Antiterrorista. Podía ser porque Servet me lo había presentado como tal aunque no recordaba que lo hubiera hecho. El Subaru hizo la maniobra, rodeó

media plaza y desapareció por una calle ancha seguramente en busca de la autovía.

Su presencia allí quizás nada tenía que ver con Utrilla, podía ser solo una coincidencia. De la Antiterrorista. El interrogatorio no se habría llevado a cabo allí, sino en Bilbao, donde habrían actuado de una forma más discreta. Seguramente el tipo se encontraba de visita rutinaria para intercambiar información. El Subaru era un coche demasiado llamativo, seguro que el tipo para hacer una visita a la Ertzaintza se había colocado en la solapa un insignia de la bandera de España tan grande como la bandera de la plaza de Colón. En asuntos de terrorismo todas las policías trabajaban en perfecta coordinación, o lo aparentaban para cubrir las formas.

Levanté el pie cuando crucé delante de la tienda. Había un par de clientes, pero logré ver la cabeza de Utrilla al otro lado del mostrador. Continué hasta la calle Orueta y aparqué al borde de la acera a unos treinta metros del número 26.

Llamé al timbre y esperé. Era probable que la mujer no se encontrara en casa. Las tiendas ya habían abierto, quizás tenía un trabajo por las tardes. Nueva llamada y nueva espera. Pegué la nariz a la puerta. Tenía la sensación de que había alguien al otro lado, como si me llegara el calor de su cuerpo, como si su respiración acariciara mis mejillas. Mi ojo estaba a un par de dedos de la mirilla. De pronto, clic, clic, fue un parpadeo, la mirilla se había abierto y cerrado, quizás porque se había encontrado con un ojo bien abierto mirándola y se había asustado. Golpeé con los nudillos la madera.

—Ábrame. Tenemos que hablar.

No se oyó nada al otro lado. Golpeé de nuevo, con fuerza.

—¡Ábrame!

Silencio. Estaba seguro de que la mujer continuaba al otro lado de la puerta, las mirillas no se abren ni se cierran solas.

—Esperaré aquí hasta que regrese su marido; él tiene llave.

Escuché, con nitidez, unos pasos alejándose de la puerta. No parecía dispuesta a abrir. Mi pulgar aplastó el timbre durante medio minuto. Nada. Iba a tener una nueva charla con ella, aunque tuviera que tirar la puerta a patadas. Rodeé la casa buscando una puerta trasera. Me encontré con un patio de unos veinte metros cuadrados con suelo de cemento, un solo árbol sin hojas en el centro y un cubículo para las bombonas de propano. Un par de escalones de cemento llevaban hasta la puerta de aluminio y cristal, que sin duda estaba cerrada con llave o cerrojo. Al otro lado estaba la cocina, con una mesa en el centro cubierta con un hule verde claro. Sentada a la mesa se encontraba la mujer. Su cuerpo se estremecía porque debía estar sollozando. Tenía los codos sobre la mesa y se cubría el rostro con las manos. Decidí tomármelo con calma; lo primero era esperar a que dejara de llorar. Descendí un escalón y eché un vistazo a mi alrededor. Una pared de un par de metros de altura de ladrillo visto, bien rematada, cercaba los otros tres lados del patio. Al otro lado de la pared, a derecha e izquierda, había más patios, o huertos, o jardines, con frutales también sin hojas; dos patios más allá asomaba el capirote de un pequeño ciprés. Olía un poco a

gas como si alguna de las bombonas de propano tuviera una fuga.

Repiqueeté con el dedo en el cristal de la puerta. Ella sabía que yo me encontraba allí, quizás sollozaba para que la viera hacerlo, para mí era suficiente. Pareció pensar que era la oportunidad para retirar las manos del rostro y volverlo hacia mí para quedarse mirándome.

Había sido golpeada con dureza. Sin duda había recibido una paliza en la que no había faltado nada. Estaba casi irreconocible. Su ojo derecho prácticamente había desaparecido debajo de la carne amoratada. Sus dos pómulos eran dos grandes moratones; el derecho mostraba en el centro una zona negruzca. Los labios estaban hinchados y tenían cortes granates. Su boca estaba torcida, quizás por efecto de la hinchazón o porque su mandíbula se había desencajado. No había sangre, la paliza no parecía reciente, quizás de hacía uno o dos días. Pensé si no sería esta la razón de que la Ertzaintza hubiera venido a buscar a Utrilla. La contemplé con gravedad, sabía que no necesitaba repiqueetar de nuevo en el cristal, que cuando ella diera fin a sus sollozos me abriría.

Se levantó y, con movimientos torpes y pausados, rodeó la mesa, se acercó a la puerta y, sin mirarme, descorrió el cerrojo, dándome enseguida la espalda y regresando a su asiento. Entré y cerré la puerta.

Ignoré las sillas. Pensé que sería mejor una conversación no demasiado formal, pero tampoco de tono amistoso, mejor una conversación como de negocios. Apoyé el trasero en el canto de la encimera, crucé las piernas, saqué la cajetilla y encendí un pitillo. Una pequeña representación para que ella comprendiera que sus heridas y sus lágrimas no me hacían mella, que eran otros asuntos los que yo había venido a tratar.

—¿Por qué no me ha llamado? —abrí el fuego en un tono seco, que comprendiera que yo no había sacado entrada para asistir a su representación.

Advertí ahora que llevaba el pelo más suelto que el otro día, ocultándole las orejas y parte del cuello. Se podía apreciar que su oreja derecha estaba enterrada bajo un gran apósito de gasa y esparadrapo.

—No ha venido... no le he visto —musitó casi inaudible, al fin.

—¿No? ¿Y su marido no ha comentado nada? ¿Alguna ausencia inesperada? ¿Ha dejado la tienda a su cargo? ¿Alguna llamada?

—No.

Di una calada, expulsé el humo.

—La creo. Está bien —indicé su rostro con la barbilla aunque no me estaba mirando—. ¿Y eso por qué se lo ha hecho?

No contestó. Mantenía la vista en el hule, parecía a punto de arrancarse a llorar de nuevo. Apunté:

—No es la primera vez, ¿verdad?

Tardó en negar levemente con la cabeza.

—¿No le ha denunciado nunca?

Nueva negación con la cabeza.

No le iba a preguntar por qué no lo había hecho, no era asunto mío. La Ertzaintza había ido a buscarle por otra razón.

—¿Qué otros negocios tiene su marido, además de la tienda? Porque tiene otros negocios.

—... No sé.

—¿No? Su marido sabe hacer muchas cosas, esa tienda le viene pequeña. ¿Viaja mucho? ¿Al extranjero? ¿A Francia? Lleva tiempo aquí, tendrá amigos.

Permaneció abstraída, como si cayera en la cuenta de todo aquello por primera vez.

—No.

—¿Están casados?

Al fin levantó la mirada hacia mí.

—No —me respondió, ahora casi agresiva, como si un libro de familia no hubiera servido de nada.

No iba a sacarle ninguna información. Podía recordarle que no tenía permiso de residencia, pero no hacía falta. Me pareció que yo no necesitaba levantar la voz para que colaborara.

—¿Conserva el número que le di?

—Sí.

—Si ve por aquí a esa persona, llámeme. También si ve en el comportamiento de su compañero algo que se salga de lo usual. Como maltratarla. La ayudaremos discretamente, le echaremos una mano. ¿Qué tal un permiso de residencia permanente? Y a él podemos darle un par de sopapos.

No contestó. Permanecí un par de minutos más fumando y observándola. Descrucé las piernas, apagué el pitillo en el fregadero, me despedí de ella con la mano y salí por la puerta por donde había entrado.

La situación se estaba tornando monótona cuando, un par de días después, el viernes, dio un vuelco de ciento ochenta grados. Todo el mérito fue de Ederne, hay que reconocerlo: hizo un trabajo fino.

Eran alrededor de las diez de la mañana cuando recibí su llamada.

—¡La tengo, la tengo! —era una exclamación contenida como si tratara de que no la oyera otra persona cerca de ella—. ¡Estoy con ella!

Supuse que me llamaba desde el coche.

—¿Qué tienes?

Un par de segundos para reponer el aire de los pulmones.

—A ella. La tengo a ella... Estaba en el C —se refería al puesto de vigilancia del oeste, cerca del caminito peatonal que conducía a la parada de autobús, con las dos puertas de la casa bajo control—. Apareció un taxi, el conocido, no lo había vuelto a llamar, se detuvo delante de la puerta delantera. Lo había pedido. El dueño de la casa hacía cinco minutos que se había ido en el Ibiza. Me resultó extraño...

Hizo otra breve pausa para enfatizar lo que acababa de decir.

—¿Por qué?

—Porque ya no pide taxis, va en autobús. Y era muy pronto y podía haberse ido con su casero. Además era el taxista conocido. Y ya ha utilizado dos veces la parada de la clínica y no está lloviendo, aunque va a llover.

—Sigue. —Me encontraba en la barra del Martxiarena. Señalé con el índice la taza vacía para que me pusieran otro café.

—Pensé que quizás trataba de engañarnos, que no sabía que desde el C se controlan las dos puertas. Si hubiéramos creído que iba a emplear el taxi, habríamos tenido que coger el coche y ella habría aprovechado para salir por la puerta de atrás, subir a la carretera y coger el autobús o un taxi en la parada.

Había cambiado al plural, aunque yo estaba seguro de que Beñat no se encontraba con ella. Daba a entender que el mérito era de todo el equipo, que también mi nombre iría en el informe cuando lo dejara en la bandeja del capitán. Sabía adónde quería ir a parar, aunque en algo estaba acertada: era probable que Rafaela hubiera descubierto ya la situación del puesto C, al amparo de unas zarzas, en una cota más elevada que el eucaliptal, demasiado alejado del lugar donde dejábamos el coche a unos doscientos metros de distancia detrás de un rollo de plástico.

—Por eso no me moví —continuó, como una alumna aplicada recitando la lección—. Enseguida la vi salir por la puerta de atrás y tomar el caminito. Iba a buena marcha, como si fuera a perder el autobús... o pretendiera quedarse con nosotros —el tono de euforia había sido sustituido por otro de satisfacción—. Así que Ederne, como no le daba tiempo de ir a por el coche, dejó que pasara de largo, bajó corriendo y se metió en el taxi que la estaba esperando, el taxista se acordaba de mí y no rechistó, subió la bandera y la bajó de nuevo. Chica lista, ¿no?

—Seguramente —la interrumpí— cuando llamó al taxista le dije que esperara unos minutos y se largara que ya le pagaría.

—Puede ser.

—Qué más.

—Le dije al taxista que enfilara hacia Bilbao a poca marcha. Cinco minutos después, la tenía detrás de mí, en otro taxi. Y, aquí me tienes, ahí la tengo, detrás de mí, volviendo la cabeza continuamente para comprobar si la sigo. Estamos entrando en Bilbao. Le voy a decir al taxista que levante un poco el pie del acelerador para dejarla pasar.

Había recobrado la primera persona echándonos a un lado a Beñat y a mí.

—Suenan bien. Voy a por el coche. Dame tu ruta cada dos minutos. Recuérdale al taxista que debe tener la boca cerrada, métele miedo con el carnet. Es un riesgo que tenemos que correr. No la pierdas. Yo me encargo de llamar a Beñat.

Me limité a ordenarle a Beñat que se pusiera en marcha y que me llamara en un par de minutos. Fui al hotel a por la pistola. Estaba abriendo la puerta del coche cuando recibí la nueva llamada de Ederne.

—Acaba de adelantarme. Vamos por Lehendakari Agirre. Hay mucho tráfico.

—¿Estás en la misma matrícula que ya tenemos?

—Sí.

—Otro par de minutos.

No merecía la pena ponerme en movimiento antes de saber qué dirección tomaban. Metí la pistola en la guantera y saqué el mapa. Lo más probable era que cruzara la ría por el puente de Deusto, desde allí podía dirigirse a cualquier parte.

Fueron cinco minutos. No había desaparecido del todo su excitación.

—¡Ha dejado el taxi, lo ha dejado! Está en Bazar Kabi. Tiene dos salidas.

—Dos salidas. —Le di a la llave de contacto, me llevaría de cinco a diez minutos llegar hasta allí, dependería del tráfico—. No dejes el taxi. ¿Ha entrado con decisión?

—Sí, casi corriendo.

—Seguramente te ha descubierto. No te bajes del taxi, haz lo que hiciste antes, espérala en la puerta delantera. Es otro riesgo que tenemos que correr.

Beñat llamó y le di la situación mientras pisaba todo lo que el tráfico me permitía. Con Recalde ya a la vista el móvil sonó de nuevo.

—Ha salido por la misma puerta. Ha cogido otro taxi. General Salazar.

—No la pierdas. Te estoy viendo.



Le pasé a Beñat la nueva situación.

Sin embargo, lo primero que divisé fue el Clio de Beñat, a unos cincuenta metros delante de mí. Seguramente cuando recibió mi llamada se encontraba más cerca de General Salazar que yo. No se esforzaba en hacer adelantamientos y deduje que tenía el taxi de Ederne bajo control. La llamé.

—Te tenemos. Así un par de minutos, hasta que acelere. Luego te relevará Beñat.

Fue más o menos lo que sucedió. Nos encontrábamos en Gordoniz, una calle de cuatro carriles, y nos dirigíamos hacia el sur, seguramente para tomar la A-8. Un semáforo detuvo los dos taxis. Vi cómo Ederne bajaba del suyo, sorteaba los coches detenidos y se metía en el asiento del copiloto del Clio de Beñat. Había sido una maniobra imprudente; además, era un error dejar el taxi, lo íbamos a necesitar, y si Rafaela había vuelto la cabeza le habría llamado la atención una chica sorteando coches en medio de la calzada. Ederne era una novata. Beñat también.

Entramos en la A-8 y enfilamos hacia el Este, hacia Basauri.

Beñat mantenía el Clio a unos cien metros del taxi de Rafaela; en la autovía resultaba difícil perderle. No sobrepasaba los cien. Llevábamos recorridos un par de kilómetros cuando vi a Beñat escurriéndose hacia el asiento trasero mientras Ederne se hacía con el volante. Vi cómo se llevaba una mano a la cabeza, se quitaba un par de horquillas y agitaba la cabeza para esponjarse el pelo. Era una treta de película de espías, inútil con un profesional pero con Rafaela podía funcionar. Esta no dejaría de asegurarse de que no la seguíamos, si su padre le había enseñado se fijaría en los detalles y nuestro equipo era demasiado reducido para lograr un buen seguimiento.

A la altura de Basauri, en el primer rótulo indicando el cruce de autovías, decidí hacerles el relevo. Adelanté al Clio y me situé a unos cincuenta metros del taxi de Rafaela. A tiempo, porque su intermitente parpadeó ya que se disponía a tomar la E-80 hacia Arrigorriaga.

Localicé el Clio en el retrovisor, a unos ciento cincuenta metros. Sabían que nos comunicaríamos por el móvil si el viaje era largo porque tendrían que hacerme otro relevo, un riesgo más en nuestra larga lista de riesgos.

Nos faltaba un kilómetro para llegar a la salida de Arrigorriaga cuando inesperadamente dejamos la autovía para descender a una rotonda en la que desembocaban dos comarcales. Tomamos la que se dirigía a Guttiolo. Comprobé en el retrovisor que el Clio acertadamente había continuado autovía adelante.

Era una carretera bastante ancha para tratarse de una comarcal, con tráfico de furgonetas y camiones de dos ejes. El seguimiento se complicaba; ahora resultaba difícil mantener un vehículo entre el taxi y el Citroën (aquella mañana me había tocado un Citroën, aunque todos los días cambiaba de modelo, incluso dos veces al día). Pero no quería perderla así que decidí correr todos los riesgos manteniendo una distancia de cincuenta metros entre los dos. Nuestro destino no podía estar demasiado lejos, ya que los rótulos solo indicaban un pueblo: Guttiolo. Ederne y Beñat no me habían llamado. Supuse que habrían salido en el primer cambio de sentido para

retroceder y tomar la comarcal.

No llegamos a entrar en el pueblo, el intermitente derecho del taxi parpadeó porque se disponía a tomar una carreterita de gravilla, de unos doscientos metros de largo, que conducía a la urbanización Errota Berri.

Crucé de largo, sin volver la mirada. Cuando llegué a la altura de las primeras casas del pueblo, me detuve, saqué la pistola, la metí en el cinturón a la altura de la ingle, y me abroché la chaqueta. Salí del coche. Desanduve unos metros y eché un vistazo. Al taxi ya no se le veía, había entrado en la urbanización.

Esta parecía extensa, de casas unifamiliares, no adosados, todas diferentes, con jardín. Era una urbanización de treinta o cuarenta años. Tendría otras salidas así que si lo único que Rafaela había pretendido era perdernos, lo había conseguido. Solo me quedaba poner a trabajar a la buena suerte.

Apareció el Clio. Se detuvo detrás del Citroën y le hice una seña a Beñat para que no bajaran del coche. Me incliné en la ventanilla del conductor.

—Se ha metido en esa urbanización. Habrá otras salidas. Tú el lado oeste. Tú — indiqué a Ederne—, coge mi coche y el lado este. Yo esperaré la salida del taxi.

Ederne salió del Clio, le di las llaves y subió al Citroën. Hicieron la maniobra y se alejaron hacia la urbanización. El Clio tomó a la derecha y el Citroën a la izquierda.

Me tocaba esperar. El taxi de Ederne nos habría venido ahora muy bien. Pensé que Rafaela podía haber pedido al taxista que la esperara, si no pensaba demorarse demasiado haciendo lo que había venido a hacer a aquella urbanización. Entonces, si ninguno de los dos *ertzainas* había regresado antes, la perderíamos definitivamente quedándonos sin saber a quién había venido a ver, o a hacer, allí. Tendríamos que peinar la urbanización para lo que necesitaríamos mucha más gente, algo que yo sabía de antemano que no me iban a conceder.

A Rafaela le llamaría la atención un tipo plantado en el cruce, sin un coche a la vista. Mi única opción era regresar a las casas y vigilar desde allí la carreterita.

No fue necesario. Segundos después apareció el taxi, sin pasajeros. Se había limitado a dejarla. Me situé en el centro del cruce y saqué el carnet manteniéndolo bien alto mientras con la mano izquierda indicaba al taxista que se detuviera. Se detuvo a mi lado. Era un hombre de edad, de cabello denso y totalmente blanco, con gafas de cristales demasiado gruesos para cualquier conductor.

—Acaba de llevar una pasajera. ¿Dónde la ha dejado?

Se quedó mirándome, pensando quizás que el carnet que le había mostrado era de mentira. Volvió la cabeza sobre el hombro para echar un vistazo por la luna posterior.

—La calle por donde me ha visto salir, la tercera a la derecha. En el 14, que hace esquina. No sé como se llama la calle, no me he fijado.

Demasiadas canas para ser un abertzale indicando a un policía el norte cuando es el sur.

La calle se llamaba Nalón. Eran casas unifamiliares en parcelas de unos quinientos metros, construcciones y árboles de, quizás, más de treinta años, casi todas

de una sola altura.

El número 14 era de dos alturas y, efectivamente, hacía esquina. Desde donde me encontraba, al principio de la calle, me pareció que la zona de patio, o de jardín, estaba descuidada, como suelen estarlo en las casas de alquiler. Cuatro escalones de piedra sin labrar conducían hasta la puerta de la casa. A la derecha se encontraba el garaje, de puerta abatible de chapa ondulada, pintada verde oscuro. Había dos ventanas en la planta baja, a la izquierda de la puerta, y otras dos en la superior; una de ellas era doble. Las cuatro persianas estaban levantadas, pero las ventanas estaban veladas por visillos o cortinas. Aunque era un día bastante gris, no se apreciaba ninguna luz encendida en el interior de la casa.

Me llevé la mano a la cintura para asegurarme de que la pistola continuaba allí, aunque ya sabía que acababa de sacarla de la guantera. Tendría que esperar a que ella se fuera para detenerle, algo que podía significar muchas horas, quizás todo el día. No resultaría fácil: no bastaría con llamar al timbre y encañonarle cuando me preguntara qué quería.

También podía suceder que Linus no se encontrara en aquella casa, que la chica hubiera venido a visitar a otra persona. Sin embargo, había tomado más precauciones de las habituales para llegar hasta allí y, si había despedido el taxi, era porque la visita iba a ser prolongada. Quizás había venido a ver a alguna persona con la que conectaba por primera vez en aquellos cinco días.

Dejé transcurrir unos minutos imaginando que tomarían la precaución de mirar continuamente por la ventana para comprobar si había alguien rondando la casa. La precaución iría remitiendo a medida que el tiempo transcurriera.

Tras diez minutos me puse en movimiento, allí detenido acabaría llamando la atención. Caminé por la acera de enfrente y crucé delante de la casa. La puerta del garaje estaba levantada cosa de un metro, seguramente para entrar y salir del garaje sin necesidad de poner todo el mecanismo en marcha. En el interior se dejaban ver los cromados y las ruedas posteriores de lo que parecía ser un todoterreno. En la casa no se apreciaba ningún movimiento al otro lado de los visillos. Doblé la esquina y continué caminando sin disminuir la marcha. Cuando alcancé la esquina siguiente me detuve.

No me había parecido un todoterreno grande, más bien de tamaño medio. Sin embargo, algo me decía que no encajaba en aquel garaje. Hasta cierto punto se desvanecía la idea de que aquella fuera una casa alquilada por Linus; podían ser mil los motivos para que Rafaela se hubiera presentado allí de visita, pero no encajaba que se tomara tantas molestias para perdernos, a no ser que se estuviera divirtiendo jugando con nosotros al ratón y el gato.

Di media vuelta decidido a aumentar el nivel de riesgos.

Solo logré ver lo que ya había visto antes: la anchura extra de los neumáticos traseros y las barras brillantes del parachoques. Las ventanas y la puerta de la casa continuaban igual. Me alejé.

Comenzaba a considerar la posibilidad de jugarme el todo por el todo dando media vuelta y llamando al timbre de la puerta, con la pistola en una mano y el carnet en la otra, cuando llegó hasta mí, a mi espalda, una voz de hombre a la altura de la puerta de la casa. Me encontraba ya a unos veinte o treinta metros, en la acera de enfrente. Controlé el impulso de volverme. Continué caminando, a buen paso, como si me dirigiera a alguna parte. Cuando doblé la esquina, me detuve, di media vuelta, conté hasta cinco y me asomé.

Era Linus, no había duda, no necesitaba sacar su foto para reconocerle. Rafaela estaba saliendo de la casa y él acababa de bajar los cuatro escalones para dirigirse al garaje. Rafaela cerró la puerta después de dos intentos. Linus levantó del todo la puerta del garaje y se perdió en el interior. Tras unos segundos, hasta mí llegó el sonido de la puerta del conductor del todoterreno cerrándose y el motor arrancando, mientras Rafaela abría los dos hojas de la cancela, con cierta torpeza porque sin duda era la primera vez que lo hacía. El todoterreno salió del garaje marcha atrás. Se trataba de un Honda, un modelo ligero, de color caramelo. Memoriqué la matrícula. Se detuvo en medio de la calle. Rafaela abrió la puerta del copiloto y se encaramó dentro, el todoterreno se puso de nuevo en marcha, dobló la esquina y desapareció. Habían dejado la puerta del garaje y la cancela abiertas, seguramente porque no pensaban permanecer fuera mucho tiempo.

Linus no se había marchado. Y Rafaela tenía que saber que la seguíamos, casi con toda seguridad. Había tomado las medidas rutinarias de cualquier profesional, siguiendo las indicaciones de su padre. No encajaba la presencia de un todoterreno en el garaje, con matrícula española. Un utilitario hubiera pasado más inadvertido.

Llamé a Ederne. Me dijo que no había visto nada, que había encontrado otra salida pero no sabía si el taxi había pasado por allí. Le dije que echara un vistazo por las calles de su zona antes de venir a recogerme, que llamara a Beñat, que echara otro vistazo y que si no había nada lo dejábamos por hoy.

Marqué el número de la Central de Tráfico, di mi clave y luego la matrícula del todoterreno. Les llevó medio minuto informarme que era alquilado, de la agencia Hertz en Bilbao. Les pedí que averiguaran quién lo había alquilado. Me dijeron que me llamarían en un par de minutos.

Eché un vistazo al garaje desde la calle. No era grande, de una sola plaza. No parecía que hubiera nada relevante en él porque la casa sería alquilada. Solo una escalera de tijera, de aluminio, parecía nueva. No había ninguna puerta que comunicara directamente con el interior de la casa.

Cinco minutos más tarde, cuando ya me encontraba en el cruce y acababa de aparecer el Citroën con Ederne al volante, recibí la llamada de la Central. El Honda había sido alquilado por Fidel Utrilla, nacionalidad chilena, domiciliado en Orueta 26, Amorebieta, Vizcaya. Apareció Beñat, lo envié a casa y subí al Citroën. Dejé conducir a Ederne, y nos dirigimos a recoger su coche en el puesto C.

—Oye —me dijo con voz contenida cuando alcanzábamos la A-8. Parecía darle

apuro lo que me tenía que decir, como si llevara tiempo dándole vueltas, o lo hubiera echado a suertes con su compañero y le hubiera tocado a ella hacerlo.

—¿Qué?

—Esto... Lo que estamos haciendo... Ir preguntando por ahí. Todo el mundo sabe lo que estamos haciendo, por los pueblos, por los bares y las tiendas... Trabajamos demasiado al descubierto, es como si nuestra cara saliera en carteles.

—Este trabajo es así.

—Lo sé. Sí. Pero aquí... hacer eso es peligroso. Nosotros vivimos aquí. Tenemos familia.

—No se me ocurre otra cosa. ¿Tienes miedo? Yo también. Va con el trabajo. Puedo pedir que te releven.

—No. No es eso.

Estuve a punto de preguntarle qué era entonces, pero la conversación se encontraría y también nuestra relación. No me interesaba, no por ella, sino porque todavía podía necesitarles.

Me parecía improbable que Linus hubiera sacado el todoterreno del garaje solo para llevar de vuelta a Rafaela a su casa. Faltaban veinte minutos para las dos. Seguramente habían quedado para comer juntos, en un restaurante discreto en un lugar discreto.

Ya junto a su coche, le dije a Ederne que yo continuaría el turno, que se fuera a casa.

Saqué el móvil y marqué mi número de contacto en la Central. Unos segundos y me respondió la Voz. Sin preámbulo alguno, comencé a recitar mi informe, procurando que mi voz fuera la habitual de chico eficiente:

—El sujeto salió de casa a las diez. Utilizó diversas tácticas de evasión, sin resultado. Ha visitado dos grandes almacenes pero no ha comprado nada; se encuentra actualmente en la biblioteca.

—¿Qué biblioteca?

—Una pública. Cerca de la universidad de Deusto.

—¿Qué hace allí?

—Estudia.

—¿Utiliza internet?

—A veces. No puedo controlarlo. Necesitaría una orden.

Unos segundos de silencio.

—Ténganos informados.

Y zumbido.

Enfilé hacia el puerto, conduciendo por el carril de la derecha, sin alcanzar los cien.

Mis pensamientos se internaban por campos inexplorados. Un aire renovado había barrido todos los pensamientos de aquellos últimos días. Comenzaba una nueva historia, con todas las páginas en blanco. Ténganos informados. Nada de solicite una

orden judicial y registre la casa, o muéstreles el carnet a los dueños, muéstreselo al director de esa biblioteca, saque un carnet de lector y haga lo que pueda para intimar con ella, pida ayuda a la Ertzaintza, a la Guardia Civil. Solo aquel continúe con ello. Se suponía que para averiguar qué hacía, pero si ellos no me decían qué esperaban encontrar, a aquellas alturas, quizás ella lo encontrara y yo no me enteraría. Había sido una conversación breve pero que resultaba extraña, como si hubiera marcado otro número, como si la Voz se hubiera salido del guion confundiéndome con otro, o estuviera hastiada y lo único que pretendiera fuera sacudirse el problema de encima hasta que llegara el momento de su jubilación.

Me había llamado la atención desde el primer día que el GLF interviniera de forma tan directa en un negocio de la Europol. No era frecuente, o era la primera vez que sucedía, o yo estaba equivocado. El caso debía ser propiedad de otros grupos: Drogas, Antiterrorismo, Moneda... Cualquier grupo. Pero no el GLF. Nosotros pertenecíamos al ámbito judicial, dependíamos directamente de los jueces de vigilancia; en el campo internacional dependíamos de la conexión entre los ministerios de justicia, al margen de la red policial; la Europol se dirigía al juez correspondiente y este nos daba la orden, nunca se dirigían a nosotros directamente. Y yo acabaría averiguándolo, y eso ellos lo tenían que saber.

Me sentía extraño. Sentía que me encontraba en un lugar donde no me correspondía estar. Yo solo era un carnet de policía en un bolsillo, sin importar quién llevaba puesto el traje. El ratoncito blanco con su trocito de queso, observado, cronometrado, controlando en él el efecto del nuevo matarratas que ellos lanzarían al mercado en primavera.

Estacioné en la campa que servía de aparcamiento, cerca de la dársena, junto a otros quince o veinte utilitarios. Permanecí dentro del coche. Tenía a la vista la entrada de la comandancia, con el número de puerta aferrado al subfusil, como si este fuera el único trozo de madera flotando en el inmenso océano. Si se acercaba, le mostraría el carnet y le diría que esperaba a una de las secretarias para dar un paseo.

Diez minutos y apareció Servet. Le acompañaba un tipo que no alcanzaría el metro setenta, poca estatura para guardia o policía, aunque quizás no era ninguna de las dos cosas, con pantalones acolchados verde billar como sacos de dormir. Se alejaban camino de la cafetería, comprobé que parte de la estatura del tipo era propiedad de la doble suela de sus zapatos. Salí del coche.

El comandante se encontraba en su garita, con la cabeza inclinada sobre un mazo de papeles. Prefería que no me viera, aunque solo tenía que levantar la cabeza para hacerlo, pero imaginé que solo levantaba la vista de los papeles que estaba estudiando cada tres o cuatro horas. La secretaria simpática y rellenita se encontraba de pie junto a su mesa, recogiendo papeles como si se dispusiera a salir. Nos saludamos.

—¿A comer? —le pregunté.

—Hoy no me toca... —se palmeó el estómago como si estuviera a régimen o tuviera úlcera, indicó la puerta de la sala con la cabeza—. Acaban de salir.

—¿Servet?

—Y Del Valle.

—Necesito unos datos de tu ordenador. ¿Puede ser?

Eché una mirada a la garita del comandante, luego siguió con sus papeles.

—¿Qué es?

No parecía entusiasmada.

—Tres fechas de deportación. Mujeres.

Se sentó al ordenador y se puso a teclear. Segundos después levantó la mirada hacia mí.

—Nélida García —improvisé—, paraguaya.

Un poco de tecleo y:

—No hay nada.

—Manuela Coelho, brasileña.

Tecleo. Y:

—Permiso caducado. El 31 de diciembre del 2006, hace dos años —silbó—. ¿Anda todavía por ahí?

—Sí. ¿Quién llevó el expediente?

Le dio a una tecla. Iba a decirme algo pero permaneció con la vista puesta en la pantalla, como si no encajara lo que veía. Volvió de nuevo la mirada hacia mí, en su rostro había aparecido una expresión de extrañeza.

—Le conoces... Servet. Le tienes en el restaurante.

Le di otro nombre y el resultado fue negativo.

Ocupaban la misma mesa del otro día. Parecía que se la reservaban, aunque no era aconsejable sentarse siempre a la misma mesa, ni utilizar el mismo restaurante. Se les había unido una chica. Servet me dio la mano ofreciéndome la silla libre.

—Del Valle y Viola —me los presentó. Viola, no sabía si era nombre o apellido; no andaría más allá de los veinticinco años, no era guapa, pero tampoco fea, radiantes ojos azules, labios carnosos, abundante cabellera entre rubia y cobriza hasta los hombros como un señuelo para distraer la atención de su rostro: demasiado anguloso, demasiado duro.

Supuse que eran de la Antiterrorista, porque Servet no había añadido al nombre el grupo al que pertenecían, una norma no escrita cuando se producía una presentación entre guardias o policías.

El tal Del Valle llevaba en la solapa una insignia tamaño gigante de la bandera española. Allí, en Bilbao, aquello era una provocación. Encajaba con su chaqueta de buena lana y su forma de mirar por encima del hombro hacia el resto de las mesas. Lo hacía con altanería, como comprobando si había alguien mirándonos, vigilando tal vez la puerta por si aparecía un encapuchado con la mano oculta bajo un periódico.

Encajaba tan bien que solo él llevara la conversación, exclusivamente asuntos del país vasco, estilo «si me dejaran a mí», «meter a la Legión», «nacionalistas maricones». Servet y la chica introducían de vez en cuando un monosílabo en la conversación, solo para hacerle ver que se encontraban allí, masticando. Yo permanecía mudo, escuchando aquella monserga como el agua de la alcantarilla vertiéndose sobre la balsa de depuración.

Nos encontrábamos en el segundo plato, cuando, como consecuencia de su autoenervación, Del Valle volvió a repetir que si había otro atentado había que traer a la Legión:

—Desertarían —intervine yo, por primera vez.

Se produjo un silencio espeso. Servet y la chica me miraron fugazmente sin dejar de masticar, el tal Del Valle depositó el tenedor en el plato como si fuera a necesitar las dos manos para replicarme y me clavó una mirada incendiaria.

—¿Por qué?

—Porque aquí los sueldos son mejores.

El tipo lo encajó mal. Se echó hacia atrás en la silla a punto de quebrar el respaldo, sin desclavar de mi rostro su mirada iracunda, colocó los puños en el borde



de la mesa y pareció esperar a que en su cerebro todas las ideas formaran una sola bien empaquetada.

La tortilla de espárragos estaba muy bien. Un plato sencillo pero que había que saber hacerlo. Y en Bilbao sabían.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes tú? ¿De dónde has salido tú?

Una serie de aullidos, o mugidos, que dejaron el bar en silencio, con cien rostros vueltos hacia nosotros. Fue mi turno de dejar el tenedor en el plato y clavarle la mirada.

—Hablas demasiado, usas zapatos con demasiada suela y no dejas de mirar hacia la puerta. En cualquier momento va a entrar la pinche de cocina con el pañuelo rojo al cuello y vas a gritar «¡a mi la Legión!».

Su quijada temblaba y el color rojo de la ira estaba escalando al morado. Por un momento creí que el corazón se le podía parar o saltar hecho pedazos. Quizás me viera obligado a coger la silla y estampársela en la cabeza. No me interesaba tener ningún conflicto en aquella cafetería. Supondría enfrentarme con el comandante a quién seguramente, antes o después, tendría que recurrir.

Puse la mirada en el plato, cogí el tenedor, corté un trozo de tortilla y me lo llevé a la boca.

La chica mantenía también su mirada en el plato, sofocada. La de Servet era indiferente; no se había molestado en intervenir, como si no fuera la primera vez que era espectador de un número de tal naturaleza.

Terminamos de comer, pagamos, salimos de la cafetería y me despedí de ellos dirigiéndome a la campa de aparcamiento.

Ederne y Beñat continuaron con la vigilancia de Rafaela. Yo me saltaba mis turno sin hacérselo saber. De vez en cuando les llamaba solicitándoles información, les escuchaba, suspiraba y les decía que siguieran con ello. Toda mi atención se había centrado en Linus.

Esperaba en un lugar discreto la aparición del todoterreno a la salida de la urbanización y luego lo seguía a distancia. O le esperaba a la entrada de la autovía, le veía llegar y me ponía en marcha. Ya en la autovía, permitía que me adelantara. Tomaba la precaución de cambiar de coche dos o tres veces al día. Me había agenciado unos prismáticos de diez aumentos, impermeables: llevábamos cuarenta y ocho horas de lluvia.

A Linus no le interesaba Bilbao, le interesaba el campo, los pueblos de la periferia; esta podía ser la razón del todoterreno. No hacía turismo. No mostraba interés por San Sebastián, Santander, o los pueblos de la costa. Seguramente ya los conocía. Tampoco hacía caso de los casinos, los frontones, o los grandes espectáculos, solo el campo, las carreteras comarcales y algunos caminos de rodadura entre pinos y eucaliptos.

Después de un par de días comenzó a moverse casi exclusivamente por la zona de Zubialde, un pueblo de tamaño medio en dirección sur. Llegaba a Galdakao por la A-8, tomaba la 240 y, tres o cuatro kilómetros adelante, giraba para tomar la comarcal que llevaba a Zubialde. Aquella ruta significaba dar un rodeo. Tomando la E-850 hasta Miravalles y luego la comarcal se habría ahorrado unos kilómetros. Resultaba un misterio aquel consumo extra de gasolina.

El seguimiento era complicado, la zona era intrincada y me veía obligado a detenerme y emplear los prismáticos. Estaba seguro de que Linus tenía puestos permanentemente los ojos en el retrovisor para comprobar si le seguían. Acabaría descubriéndome, así que iba a necesitar más gente, toda la plantilla del GLF, siempre que Linus les interesara de verdad. Mi única ventaja era que él no sabía que ya le habíamos localizado, no podía imaginar que, de haberlo sabido, no me hubiera hecho frente o hubiera salido volando.

Nunca entraba en Zubialde. Antes de alcanzar el pueblo tomaba cualquier camino a derecha o izquierda. Se movía por caminos asfaltados o de tierra que conducían a lugares donde se detenía y bajaba del todoterreno, lugares siempre equidistantes del

pueblo, como si este fuera el único objeto de su atención pero intocable de momento.

El círculo que trazaba alrededor de la población había sido bastante amplio al principio, pero el radio se había ido reduciendo. No tardé en comprender que no era el pueblo el objeto de su interés, sino una pequeña urbanización en construcción a unos quinientos metros del casco urbano, apenas un par de calles, unas sesenta parcelas y un par de docenas de chalets ya construidos.

Aquella urbanización tenía un nombre de pirata: Morlans. Las calles estaban asfaltadas, con aceras y farolas, pero solo estaban edificadas una tercera parte de las parcelas. Había un par de casas en construcción.

Resultaba difícil comprender qué atraía el interés de Linus en aquella semiurbanización. Quizás buscaba un nuevo lugar donde esconderse, en alguna de aquellas casas nuevas, rodeadas de terreno intrincado, con un buen entramado de carreteras y caminos y con una autovía a solo tres o cuatro kilómetros.

No me hizo esperar. Pero cuando la secretaria me abrió la puerta para darme paso no se molestó en levantar la cabeza. Siguió con sus papeles, escribiendo a estilográfica. El ordenador tenía la funda del embalaje puesta, como un trasto inútil que alguien había metido en su garita aprovechando que había salido a comer.

—Gracias por recibirme, comandante. —Continuó escribiendo, sin levantar la cabeza, como si no me hubiera oído. Me acerqué a la mesa; mi sombra oscureció el papel en el que escribía, pero no pareció advertirlo—. He venido porque necesito que me echen una mano.

Escribió un poco más, hasta que llegó a un punto y aparte.

—¿Y los dos *ertzainas*? —me preguntó, sin levantar la vista del papel.

—No somos suficientes, usted lo sabe. La chica, el sujeto, ha empezado a moverse. Y conoce el oficio, se lo habrá enseñado su padre. Dedicar el día a perdernos y casi siempre lo consigue. Me vendrían bien cuatro o cinco agentes más.

No le hice saber que ya había localizado a Linus. No quería que me preguntara dónde paraba, por qué no lo había detenido, a qué se dedicaba, ni cualquier otra cosa para la que todavía no tenía una respuesta.

—Pide refuerzos a tus amigos. De aquí no sacarás un solo agente.

Ahora sí me miró para comprobar si había quedado claro. «Tus amigos», la Ertzaintza, quizás no le había parecido bien que hubiera llamado a la puerta de al lado antes que a la suya, quizás yo había hecho mal en no decirle que me habían impuesto los dos *ertzainas*.

—¿Tampoco la base de datos?

Reanudó su escritura. Parecía un alumno aplicado llenando un cuaderno de caligrafía.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué le reclama la Europol? ¿Qué ha hecho? Me ayudaría a comprenderle, qué pasos va a dar, a meterme un poco en su piel. También por qué se encarga el GLF, ¿quién le reclama? ¿Un juez? ¿Por qué el GLF?

Me miró de nuevo. Mantuvo su mirada sobre mi rostro casi un minuto, pero no dijo nada. Reanudó su escritura. Otro medio minuto más tarde habló:

—Vuelve en un par de horas.

Al parecer había accedido a mi petición de consultar la base de datos, aunque yo no estaba seguro.

Aproveché para ir a comer. Dejé el puerto. Quería evitar la cafetería, no era el momento para malos rollos, comprendía que comenzaba a depender de la comandancia más de lo que hubiera deseado; antes o después tendría que tomar iniciativas y entonces necesitaría su ayuda de verdad. La Ertzaintza era una puerta a la que no podía volver a llamar.

Aparqué a la entrada de Portugalete y me metí en el primer bar con comidas que encontré. Estaba abarrotado. Albañiles, tipos de mono azul, tipos de traje barato, casi ninguna mujer. Quedaba una plaza libre en una mesa con tres tipos esperando el primer plato. Saludé y tomé asiento. No parecía que ninguno de los tres se conociera, así que no hablaban ni se miraban a la cara. Yo tampoco abrí la boca. Cuando nos sirvieron nos dedicamos a devorar y a beber. La televisión estaba encendida y el sonido alto, nadie la prestaba atención. Por lo visto habían permitido a un preso de ETA permanecer seis horas encerrado con su novia en el cuarto de baño. El fulano que tenía enfrente, joven, con pinta de tener tres o cuatro novias, había levantado la mirada hacia el televisor prestando cierta atención a lo que decían, luego comenzó a cortar el filete, se detuvo, afirmó lentamente con la cabeza, manteniendo la mirada en el filete, como diciéndose que aquello no era noticia.

Golpeé un par de veces con los nudillos el cristal de la puerta y entré en la garita. El comandante se encontraba ahora de pie, detrás de la mesa, hablándole a un pitillo sin encender que sostenía entre los dedos a la altura de los ojos, en el mismo tono que hubiera empleado para justificarse ante su mujer por no haberle llevado el domingo por la tarde a un café con orquesta.

—Sicario. Trabaja para quien le paga —me arrojó las palabras echándome ya de la garita, sin mirarme—. Cualquier cosa. ¿Te sirve de algo?

—No lo sé.

—Pues no hay más.

Era una despedida, quería quedarse a solas con su pitillo. Di media vuelta y salí.

No me pareció que el comandante hubiera consultado ninguna base de datos, no le hacía falta, conocía la respuesta. Recordé que la palabra sicario no salía en el expediente de Linus, fabricado en el GLF.

Una de las calles eran adosados, en ambas manos. Construcciones por encima del estándar habitual. Con un pequeño porche con un par de columnas de piedra artificial y media docena de escalones de baldosas de gres. En las otras dos calles las viviendas eran unifamiliares, de dos alturas, en parcelas de seiscientos o setecientos metros. Solo la mitad de las casas parecían habitadas. Resultaba difícil comprender qué buscaba Linus en aquellas tres calles.

Sicario. O cualquier otra cosa. Todo dependía de la paga. Caí en la cuenta de que el noventa por ciento del trabajo de un sicario consistía en acechar a su presa. Quizás era lo que Linus estaba haciendo. Las piezas encajaban un poco mejor, pero no del todo. Nada de correr riegos, nada de precipitarse, el trabajo convertido en rutina controlada, emplear la cabeza manteniendo la sangre fría.

Un sicario es sinónimo de misterio. El misterio es la seña de identidad del oficio de sicario. Linus no podía recelar porque no existía ningún motivo para que le estuvieran siguiendo. Nadie podía saber que había recibido un encargo, salvo la persona que se lo había hecho; tampoco, que él había sido el destinatario del encargo. Así que me había excedido en todas las precauciones que habíamos tomado. Ahora estaba casi seguro de que Linus, o su hija, no habían advertido nuestra presencia porque no había motivo para recelar nada. Las precauciones que los dos habían tomado era solo la rutina de cualquier profesional.

Ninguna de las construcciones de la pequeña urbanización se salía de lo que podía considerarse convencional. Casas habitadas por jóvenes padres de familia convencionales, con la hipoteca como una carga permanente, la factura del lavavajillas, la multa por aparcar en una plaza reservada a inválidos. Nada lo suficientemente importante como para ser el objetivo de un depredador profesional. Pero podía tratarse de otra cosa, otro tipo de negocio, aunque no se me ocurría qué clase de negocio.

Era un buen lugar para esconderse, uno de esos lugares tan corrientes, tan impersonales que se convierten en invisibles.

Ya no me merecía la pena esperarle a la salida de Errota Berri. Aparcaba a unos doscientos metros de la urbanización Morlans, detrás las ruinas de lo que parecía haber sido un transformador. Salía del coche, con los prismáticos y el periódico, apoyaba el trasero en un pequeño muro de piedra y me dedicaba a leer todas las

noticias.

No necesité los prismáticos cuando el todoterreno se decidió a tomar, al fin, sin titubeos, sin ningún rodeo, la carreterita que salía a la derecha cien metros antes de las primeras casas de Zubialde y conducía directamente a la urbanización. Su marcha era moderada pero precisa, la de una persona que sabe adonde se dirige y le sobra el tiempo. No había hecho nada para pasar desapercibido. Aparqué hacia el centro de la calle principal, es decir, la que parecía ser el eje central de la futura urbanización, delante de uno de los adosados. Salió del todoterreno y, sin más, caminé calle adelante, por la acera, con el paso desenvuelto de alguien que conoce muy bien su destino.

Recorrió toda la urbanización, sin detenerse, sin volver la mirada, como si estuviera midiendo en pasos la longitud de las calles, como si se obligara a hacer aquello antes de sentarse en una silla el resto del día. No paseaba: su caminar era decidido, algo que no tenía sentido ya que su destino, por su ruta errática, no parecía ser un lugar determinado, sino el de alguien que hace tiempo paseando. No llevaba nada en las manos. En realidad, las llevaba en los bolsillos, como si viniera de regreso a casa después de desayunar en el bar. No me pareció que fuera armado; la chaqueta podía ocultar una pistola, pero desde donde me encontraba, y con los prismáticos, no advertía ningún bulto en su pechera. Abrí la guantera y comprobé una vez más que la pistola que me había dado el comandante se encontraba allí, entre la documentación, bien a mano. Solo tenía que inclinarme, abrir la guantera, cogerla, quitar el seguro, armarla, levantarla a la altura de la ventanilla del conductor y apretar el gatillo.

Faltaban unos minutos para las once y media. A esa hora las calles estaban vacías, la mayoría de hombres y mujeres habían partido para su trabajo, las amas de casa, con la radio en tono alto, aspiraban la pelusa debajo de las camas. Era una urbanización nueva, todavía sin jubilados y niños. Linus solo tenía que llamar al timbre, sacar la pistola y apretar el gatillo; regresar al todoterreno y desaparecer.

No sucedió nada parecido. No llamó a ninguna puerta ni desenfundó la pistola; regresó al todoterreno y, sin demorarse, arrancó y salió de la urbanización a la misma velocidad que había entrado. Todo aquello podía dar a entender que solo había venido a estudiar el terreno aprovechando la mejor hora del día.

Al alcanzar la comarcal metió el todoterreno en el aparcamiento del bar que había en el cruce llamado Azkue. Salió del coche y entró en el bar. Pensé que llamaría la atención. Era un bar de carretera, con cierto movimiento de clientes, había cuatro o cinco coches en el aparcamiento, a pesar de la hora. Linus era alto y espigado, con un rostro de aire centroeuropeo, fácil de recordar.

Tras diez minutos salió del bar, se encaramó al todoterreno y desapareció hacia la autovía.

Aparqué delante del mismo adosado donde él lo había hecho porque me disponía a hacer el mismo recorrido.

Linus había caminado durante unos veinte minutos, a buen paso y sin detenerse una sola vez, recorriendo toda la urbanización. A través de los prismáticos no me había parecido que cualquiera de las viviendas hubiera sido objeto especial de su atención, aunque no era fácil apreciarlo desde tanta distancia.

Una de las casas, unifamiliar, sí llamó mi atención. Parecía tener algo especial aunque al primer golpe de vista no lograba saber de qué se trataba. Tal vez que no hubiera nada plantado en el jardín, limpio, con la tierra bien rastrillada, no había nada plantado ni señal de que se dispusieran a hacerlo. Las persianas estaban bajadas, la puerta del garaje cerrada y en la cancela no colgaba un buzón. Parecía una casa vacía; sin embargo, se apreciaban unas rodadas recientes desde la cancela hasta la puerta del garaje. Pulsé el botón del pequeño timbre sin micrófono en la jamba de la cancela. Hasta mí llegaron cuatro notas desde el interior de la casa. Medio minuto y la puerta se abrió apareciendo una mujer joven en bata guateada. No era lo que esperaba ver; lo que esperaba era que la puerta hubiera continuado cerrada.

—Soy el vecino del tres —improvisé, indicando con la cabeza hacia el principio de la calle, acababa de caer en la cuenta de que había dejado el coche en otra calle, la extrañaría un tipo sin coche tratando de venderle un seguro—. ¿Tiene usted agua?

—Sí.

—Perdone, pero yo no tengo desde anoche. No me he podido duchar —coloqué las manos en las caderas—. ¿No sabrá qué ha pasado?

—No.

La mujer abrió la puerta un poco más, sin querer, pensando en su armario del baño lleno de toallas.

—Gracias.

En las otras casas de la calle había barbacoas sin estrenar o prendas de bebé en el tendedero. Algunas ventanas estaban abiertas de par en par, no hacía frío y era la hora de renovar el aire de la casa.

En la misma calle, al final, haciendo esquina, en el número 23, la casa era de dos alturas pero de planta pequeña, de unos ochenta metros, era una construcción de piedra, piedra arenisca, labrada. Una casa con aspecto muy sólido pero de diseño grácil. Tenía un jardín bien cuidado, con media docena de árboles jóvenes, mucho césped y una buena colección de hortensias. Parecía un trabajo de jardinero profesional. La cancela para los coches era de apertura automática. Era la única cancela de estas características que había visto en toda la urbanización. En la tarjeta del buzón venía solo un nombre: Josefina Agote.

Hacía esquina y esta podía ser la razón de que Linus hubiera pasado dos veces por delante de aquella casa. No recordaba que se hubiera detenido, o que hubiera vuelto la mirada hacia ella. No lo había hecho hacia ninguna de las casas, solo que, un minuto después de haber pasado la segunda vez por delante de aquella casa, se había subido al todoterreno y se había largado.

Hasta cierto punto poco tenía que ver con las otras casas. Era pequeña, pero de

valor alto, sin duda, parecía un capricho. Dos plantas eran demasiado para una persona sola. Y no parecía alquilada, con aquel jardín tan cuidado. Aplasté el pulgar en el botón del timbre. Las persianas estaban bajadas, pero no del todo.

Volví a llamar. Esperé. No hubo respuesta. La dueña de la casa había salido, era probable que estuviera trabajando. Si era así no aparecería hasta pasadas las tres.

La calle se llamaba Herrérieta y el número era el 23. Yo tampoco quería llamar la atención, así que cogí el coche, regresé a Galdakao y busqué donde comer.

A las dos y media apoyé de nuevo el trasero en el muro de piedra donde lo había tenido por la mañana, con los prismáticos al cuello y un par de periódicos para ayudarme a pasar el tiempo.

Eran cerca de las tres y media cuando un coche tomó la carreterita de la urbanización, otro más, esta vez verde helécho. Levanté los prismáticos. Era un Audi Avant. Un coche de treinta mil euros. Lo conducía una mujer. Pensé que aquella mujer era mi objetivo, pero no tenía ninguna razón para pensarlo.

El Audi enfiló la cancela del número 23 de la calle Herrerieta. La cancela se deslizó sobre sus raíles mientras la puerta del garaje se elevaba, el Audi cruzó la cancela, se perdió dentro del garaje y la cancela y la puerta del garaje se cerraron. Estuve escudriñando hasta que vi levantarse la persiana de la ventana de la izquierda en la planta baja, lo que indicaba que el garaje estaba comunicado directamente con la vivienda y, seguramente, la ventana pertenecía al salón.

No merecía la pena esperar más. Quizás entre los planes de aquella mujer estaba no salir de casa en toda la tarde. Tampoco yo tenía un fundamento sólido de que fuera objetivo de nada. Pero sin duda había algo en aquella urbanización que atraía la atención de Linus. Y lo único que se salía de lo normal eran aquella casa y aquel coche de treinta mil euros.



A las siete de la mañana mi trasero se enfriaba de nuevo contra el murete de piedra, con los prismáticos al cuello y un par de periódicos bajo el brazo. Teníamos un día gris y la lluvia se reanudaría en cualquier momento. Había comprado un impermeable y un sombrero de plástico y los había echado al maletero. De momento no había abierto los periódicos. Estaba disfrutando del día, un disfrute que a lo sumo podía alargarse una media hora, la sensación de saber que todo el mundo se estaba levantando, o se encontraba debajo de la ducha mientras se hacía el café, y yo, por una vez me había anticipado ganándoles a todos por la mano.

Eran las siete y media cuando vi elevarse la puerta del garaje. Recogí los periódicos y regresé al coche.

El Audi tomó hacia la E-805, la ruta natural para ir a Bilbao. Ya en Basauri se metió en la A-8, dirección norte.

Conducía por el carril de la derecha, sin adelantar, dentro de la corriente metálica con destino a Bilbao. Solo veía la parte superior de su cabeza. Tenía una melena rojiza que se derramaba a ambos lados del apoyacabezas y debía llegarle hasta los hombros. Di por sentado que era una mujer bella, solo por la melena y el coche, de unos cuarenta años, seguramente divorciada, o viuda, una viuda todavía joven que había tenido un marido propietario de una empresa de productos cárnicos, o lácteos, y ahora le tocaba a ella empuñar el timón del negocio, lo que estaba aprendiendo a hacer, concienzuda y disciplinada. No encajaba que dejara el trabajo a las tres como cualquier chupatintas si era la dueña de la empresa. La gran mansión familiar la había vendido porque resultaba demasiado grande para ella sola y los dos gatos. Además, le traía malos recuerdos, así que se había hecho construir una casita de diseño en una urbanización discreta.

En Portugalete dejó la autovía para enfilear la barrera del puerto. No necesitó mostrar ningún pase, el guardia civil se limitó a verla pasar. Me vi obligado a sacar el carnet del bolsillo. El Audi aceleró para cruzar el Reina Victoria. Entró en graneles sólidos y giró a la derecha alejándose de la dársena para meter el Audi en la campa de un tinglado: Fosfatos Somarriba. Se detuvo junto a otros utilitarios aparcados, salió del coche y caminó hacia la puerta de las oficinas. Era esbelta, con un cuerpo bien construido, embutido en un traje sastre gris verdoso. Su melena caoba era espléndida, y podía estar seguro de que su rostro no desmerecía. Cruzó junto a un pequeño

aparcamiento con marquesina con media docena de coches de gama alta. Abrió la puerta de cristal y desapareció dentro del tinglado.

Era allí donde trabajaba. No tenía plaza reservada en el aparcamiento con marquesina. Su sueldo de secretaria, de encargada, o en recursos humanos, no estaría mal, si no tenía que mantener una familia. Pero no parecía suficiente para pagar la hipoteca de una casa de piedra con jardín y las letras de un coche de treinta mil euros.

Había luz en las tres ventanas de la planta baja. El farol del porche y las luces del jardín estaban encendidas. Yo había cambiado la vigilancia pensando que a una persona que trabajaba toda la mañana por la tarde le gustaría disfrutar de su casa. Quizás dormía la siesta, o veía la televisión, o leía una novela. Me encontraba en mi puesto desde unos minutos antes de las ocho. Ella podría recibir alguna visita, o salir a cenar con un amigo, o al cine, o a su vez visitar a alguien.

Me había parecido que aquella mujer tenía algo especial, no solo eran la casa y el coche. Quizás yo tenía en mente su melena rojiza, su forma erguida y determinada de caminar que contrastaba con su forma precavida de conducir, como si no quisiera rayar el coche o acabara de sacarse el carnet.

En la urbanización Morlans no había nada más a la vista que pudiera atraer la atención de Linus lo suficiente para desplazarse hasta allí tres días seguidos, mañana y tarde y, sobre todo, para que yo le dedicara diez horas de prismáticos desde diversos puntos alrededor de la pequeña urbanización.

Podía encontrarse apostado en cualquier lugar, incluso no lejos de donde yo me encontraba. Había escondido el coche —le tocaba el turno a un Peugeot azul oscuro— entre los muros del viejo transformador.

Desconocía si me había visto llegar, pero en un radio de quinientos metros alrededor de la urbanización había un movimiento continuo de coches por las pequeñas carreteras y los numerosos caminos que conducían a urbanizaciones y a casas o caseríos.

Trataba de mentalizarme de que Linus ya no era un espía, ahora era un sicario. Alguien le hacía un encargo y él se limitaba a cumplirlo. No existía ninguna razón para que nadie le siguiera. Un pensamiento que ocuparía su mente. Pero conservaría los viejos tics de espía: levantar la mirada hacia el retrovisor cada pocos segundos, mirar por encima del hombro al cambiar de acera, arreglarse la corbata delante de un escaparate... Movimientos mecánicos, rutinarios, que no desviarían el curso de sus pensamientos. Yo seguiría tomando precauciones, pero advertía que me iba relajando. Tampoco era algo que me importara demasiado.

Eran cerca de las nueve. Numerosos coches habían entrado y salido de la urbanización, utilitarios corrientes, pero los faros del que acababa de girar en el cruce para tomar la carreterita se salían de la norma. Eran cuatro faros de tono ambarino, lo

suficientemente separados como para ir montados en una carrocería de anchura superior a lo normal; los dos interiores eran cuadrados y los externos rectangulares. Perteneían sin duda a un coche de gama alta. A la luz de las farolas creí ver que se trataba de otro Audi, pero un modelo diferente, de mayor precio, quizás un Quattro. Entonces rondaría los cien mil euros, incluso más.

Intuí que su destino era el número 23 de la calle Herrerieta. Porque tampoco encajaba en aquella carreterita. Creí verlo circular como si se hubiera perdido, como si el conductor mirara intranquilo a su alrededor descubriendo una amenaza en cada sombra. Los prismáticos me informaron que lo conducía un hombre, un tipo corpulento. El asiento del copiloto estaba vacío, así como los asientos posteriores. No fumaba. Llevaba la espalda pegada al asiento en una actitud que parecía relajada, no intranquila, la de alguien que no tiene prisa, seguro de que encontrará limpio y ordenado el lugar donde se dirige. Porque estaba claro que conocía el camino.

Vi cómo la cancela del 23 de la calle Herrerieta comenzaba a deslizarse cuando al Quattro todavía le faltaban cincuenta metros para alcanzarla, como si el conductor hubiera empleado un mando a distancia. Vi cómo cruzaba la cancela y se detenía en el jardín. La puerta del garaje no se había abierto. La cancela comenzó a cerrarse. El hombre salió del Quattro, pesadamente, la puerta de la casa se abrió, el tipo subió los cinco escalones de uno en uno, entró en la casa y la puerta se cerró a su espalda.

No me sentí sorprendido porque aquella era una de las posibilidades que había barajado. La escena encajaba, hasta cierto punto, con la actuación de Linus. Era solo otra conjetura, pero parecía consistente. Me aferré a ella porque no tenía otra cosa.

Marqué el número de Documentación, di mi clave y la matrícula del Quattro. Se limitaron a decirme que esperara. Después de medio minuto me informaron de que estaba a nombre de Alejandro Somarriba, Playa Ereaga 3, Getxo, Vizcaya, ¿algo más? Eso era todo. Todo porque no quería llamar su atención: pasarían la nota al Grupo y quizás la Voz quisiera saber qué había de especial en aquella matrícula. Marqué el número de Extranjería en el puerto y pregunté por Servet. Había salido y, sí, era probable que regresara. Di por supuesto que el Quattro permanecería aparcado en aquel jardín por lo menos un par de horas. Me metí en el coche y enfilé hacia el puerto.

Me crucé con el comandante en la escalera. Llevaba un carterón en la mano. Había dado por finalizada su jornada laboral, al menos en la comandancia. Nos miramos, interrogativos:

—Servet. Una copa —le expliqué—. Yo también he echado el cierre. ¿Anda por ahí?

Me miró algunos segundos más, como si no acabara de reconocermme, y siguió su camino, sin abrir la boca.

Servet se encontraba de pie delante de su mesa, moviendo papeles. Lo hacía con cierta urgencia, como si tuviera que ordenar todo el desorden del día antes de marcharse a casa. Nos saludamos.

—¿Una copa? —propuse.

Le echó un vistazo rápido el reloj.

—No antes de media hora. Todavía es pronto.

No le iba a preguntar qué clase de quehacer le retenía. Me parecía que los datos que me había facilitado de la brasileña era lo primero que se le había ocurrido, que no se había molestado en abrir la base de datos.

—Somarriba, Alejandro Somarriba, de Getxo. ¿Algo que ver con Fertilizantes Somarriba?

Tardó en responderme, continuó con sus papeles, abriendo y cerrando cajones.

—Es el dueño. Está ahí.

Indicó con la cabeza hacia el muelle.

—¿Es su único negocio?

—Con otra media docena. Tiene ficha. ¿Te interesan los navegantes de aguas profundas?

—Bastante.

Miró sobre mi hombro, hacia el cielo raso del otro lado de la oficina.

—Ven.

Entramos en uno de los garitos a la izquierda de la entrada. Ya me había oído que estaba reservado a la Antiterrorista. Había un tipo sentado en una silla de despacho, desparratado, abanicándose con un bolígrafo, como si al disponerse a escribir sus memorias hubiera encontrado que no tenía nada que decir.

Servet hizo las presentaciones. El tipo se llamaba Rincón. Nos dimos la mano. Rincón ni se irguió ni recogió sus largas piernas. Servet, además de dar mi nombre le informó sobre mi condición de agente de la Nacional, añadiendo que me encontraba allí «haciendo un servicio especial». Del larguirucho solo me había dado el nombre, no su agrupación.

—Somarriba. El de los fertilizantes. Quiere saber si tenéis su foto enmarcada por ahí.

Sin añadir nada más, Servet salió del garito dejándonos solos.

El tipo me estudió con descaro desde su sillón, tratando de adivinar si era merecedor de su confianza. Tenía un rostro que encajaba con su cuerpo galgano: pálido, alargado, de ojos oscuros y cansados, con un detalle coqueto que no encajaba con una figura sacada de un cuadro del Greco: un rizo negro sobre su pálida frente, como un postizo, como un recuerdo olvidado allí de su primera novia aprendiz de peluquera.

—Se dice que es recaudador de ETA —me soltó, de sopetón, sin quitarme la mirada de encima, estudiando un posible escalofrío de las paletillas en mi reacción.

Permanecí en silencio. No tenía nada que decir, solo digerir aquella información repentina. Traté de darle sentido. Pensé en Linus. Su actuación acababa de adquirir una consistencia mucho más sólida.

—Creemos que es su forma de pagar el impuesto. ¿Por qué te interesa?

Mi silencio se prolongó durante algunos segundos más, para que no creyera que yo tenía mi información en el bolsillo de la chaqueta y la iba ofreciendo por ahí como tarjetas de visita.

—Llevo una investigación. Ha aparecido su nombre. De forma marginal. Nada relacionado con el terrorismo. No me interesa él, sino alguien que trabaja para él. Y supongo que tiene muchas personas trabajando para él.

—¿Quién?

—Un chupatintas. Reclamado por la Europol.

—¿Europol?

Se irguió, aquello parecía interesarle.

—Desfalcos. Por ahí. No sé exactamente dónde, no nos lo dicen. Con una ficha de tres kilómetros.

—¿Tiene un nombre?

—Un alias. Es con lo que trabajamos: «Ramón».

—¿Ramón?

—Sí.

—¿Contable?

—Algo por ahí. Algo relacionado con el dinero. Quizás contrata a los proveedores.

Su mirada dejó el amarradero de mi rostro y flotó. Regresó a su punto de partida porque estaba claro que yo le ocultaba información, incluso podía estar engañándole. Él me había proporcionado un buen dato y yo correspondía con unas pocas palabras sin valor.

—¿Lo hace por propia voluntad, lo del impuesto, o le han amenazado?

—Quién sabe —me respondió, con evidente desgana.

Giró la silla dándome la espalda. Yo no colaboraba y él cerraba su puerta echando todos los cerrojos. Permanecí contemplando su nuca unos segundos más y salí del garito.

Servet me dijo que no le esperara, que le iba a llevar más tiempo de lo que había pensado.

El tal Somarriba parecía ser el objetivo de Linus. Al menos era la pieza que mejor encajaba, o la única que encajaba. Una certeza al noventa por ciento. Esto significaba que mi cerebro comenzaba a llenarse de preguntas sin respuesta. Algo estaba cambiando dentro de mí, un motor interno se había puesto en marcha, ya no solo sería observar, vigilar, seguir, ahora debía tomar iniciativas. Acababan de repartirme cartas: me permitían participar en el juego.

El Quattro continuaba en el jardín. Marqué el número que había encontrado en la guía. Podía haberme plantado allí en persona, pero era mejor reservarme aquella carta. Además, Linus podía estar al acecho, incluso podía actuar aquella misma noche. Consideré aquella posibilidad. No me preocupaba demasiado, Linus era un profesional y después de actuar no se movería durante unos días, no abandonaría precipitadamente la escena, sino que se concedería un margen para devolver el todoterreno.

Una voz almidonada de hombre me preguntó con quién quería hablar. Le dije que con Alejandro Somarriba, la voz me contestó que no se encontraba en casa, le dije que hablaría con la señora, la voz dejó trabajar su cerebro durante un par de segundos y me preguntó de parte de quién, entonces le dije que era policía.

—¿Quién es? —había un eco trémulo en su voz educada. Seguramente era la primera vez que tenía a un policía al otro lado del hilo del teléfono.

—Mi nombre es Ruano. Soy policía. Adscrito temporalmente al cuartel de la Guardia Civil, Extranjería, en el puerto. Puede verificar mi identidad si lo desea. Necesito hablar con su marido, con urgencia, necesito el número de su móvil o cualquier otro número donde me pueda poner en contacto con él.

Esperaba su silencio aunque desconocía con qué clase de mujer me las estaba viendo. El leve temblor de su voz solo podía indicar que no había sido una delincuente juvenil.

—Yo... No sé.

—Es muy urgente. Verifique mi identidad en la comandancia del puerto, si le parece. Puedo ir personalmente a su casa, ¿cinco minutos?

Me urgía conseguir aquel número, quería que Somarriba recibiera mi llamada entre las sábanas calientes.

—No es necesario. Se lo daré... Espere, por favor.

Quizás solo pretendía llamar a su marido alertándole. Pero no lo hizo porque unos segundos después la tenía de nuevo al otro lado.

—¿Apunta usted?

—Sí.

Me dio un número, lo apunté, le di las gracias y corté la comunicación. Marqué aquel número. Sonó la llamada. No lo tenía desconectado, aunque quizás era de los

que en ciertas circunstancias o a partir de cierta hora se limitaban a dejarlo sonar.

—¿Quién es?

No me decepcionó su voz: era como una rama desgajándose de un roble de doscientos años.

—Soy policía. Tenemos que hablar. De algo importante para los dos, más para usted que para mí. ¿Qué tal en su despacho? ¿A qué hora?

Guardó silencio, como era de esperar. Me lo imaginé poniéndose de pie, envuelto de cintura para abajo en una sábana, con el móvil pegado a la oreja y la mirada flotando sin ver nada mientras todos los engranajes de su cerebro se ponían en marcha a la vez.

—¿Cuál es su nombre?

—Tengo un nombre y un carnet. Se lo daré para que usted haga la verificación si accede a la entrevista que le he pedido. ¿En su despacho?

Otro medio minuto de silencio.

—¿De qué se trata?

La voz no había perdido firmeza, pero ahora mostraba cierta cautela.

—Se lo diré cuando nos veamos. Es más importante para usted, que para mí. Necesito cierta información. Podemos quedar en el puerto, si lo prefiere, en la comandancia, en Extranjería, sabe dónde es porque su tinglado se encuentra a cien metros. ¿Allí en una hora?

—No —contestó tajante.

—¿Dónde?

Más silencio. Al fin, con una voz que había perdido buena parte de su fibra nerviosa:

—Deme su nombre y su número. —Se los di. Luego—: ¿Conoce el bar Maritxa, en Deusto?

—No, pero lo encontraré. ¿Una hora?

—Sí.

Cortamos.

No se presentó solo. Yo ya lo había previsto aunque a la calle Herrerieta sí había ido solo. Le acompañaban dos tipos casi gemelos, jóvenes, robustos, en jersey. Uno de ellos se detuvo en la puerta durante unos segundos antes de adentrarse en el local. Luego lo hizo Somarriba con el otro detrás.

Nos encontrábamos en un bar elegante, de los de moqueta burdeos, barra con acolchado de cuero negro y rodapié de metal dorado. Dos camareros bien afeitados atendían la barra, con camisa blanca, chaleco burdeos y pajarita también burdeos. Solo había otro par de clientes en la barra y ocho más repartidos en tres mesas. La mirada de Somarriba y la mía se cruzaron. Entonces él se dirigió a un pequeño reservado y yo le seguí bajo la mirada de soslayo de los dos guardaespaldas y directa de los camareros. Había una puerta en el reservado pero la dejé abierta.

Andaría por encima de los ciento veinte kilos y sobrepasaría el metro noventa. Su



aspecto en general no era de hombre gordo, sino rudo. Su rostro lo era. El cabello era negro, crespo, espeso; sus ojos pequeños y negros fabricaban una mirada fuerte y muy viva, algo que no encajaba del todo con sus rasgos pesados, amazacotados, sin refinar, los de un tipo que ha empezado al volante de un trailer de ocho ejes y que con su voz bronca y un buen cerebro ha dejado el volante porque de pronto se encuentra administrando cincuenta volantes más.

Uno de los guardaespaldas se había ubicado en la barra, pero manteniéndose a medio metro de ella, sin apoyar los brazos en el acolchado o un zapato en el rodapié; el otro se había quedado junto a la puerta, con un brazo cruzado sobre el pecho y la mano en la barbilla, como tratando recordar dónde se encontraba la tarde anterior a la misma hora. Me limité a sacar el carnet y a ofrecérselo sin abrirlo. Lo cogió, lo abrió y lo estudió con atención. Luego me lo devolvió con su acerada mirada puesta en mis ojos.

—Hable.

Lo iba a hacer pero en ese instante se acercó el guardaespaldas que estaba en la barra portando dos vasos con zumo de lata; a mí me dejó uno que parecía de melocotón y a Somarriba otro de un pálido color naranja.

—Hemos detectado que hay alguien que le vigila, porque le vigilamos a usted. Eso ya lo sabe. Se trata de un sicario —nada en su expresión, ningún parpadeo—. No es necesario que le diga a qué se dedican los sicarios. Ha llegado hace cuatro días y no le quita ojo, sobre todo durante sus visitas a la calle Herrerieta, en Zubialde. Le tenemos controlado. Pero la garantía no es total. ¿Sabía algo de esto?

Sus ojos acaparaban los míos. Continuó clavándome los durante unos segundos más pero luego desvió la mirada. Lo hizo con indiferencia, como si mis palabras le hubieran decepcionado. Se ocupó de mí de nuevo.

—Sí.

Aquello me sorprendió. Pero podía tratarse de un farol, no quería mostrar ningún flanco débil con un desconocido.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé muchas cosas.

—¿Y no ha tomado medidas?

—Si lo tienen controlado —su mirada adquirió fuerza—, ¿qué esperan para detenerlo?

—Esperamos más información. Queremos saber quién le ha contratado y por qué. Sobre todo, quién. Un sicario no es nada, levantas una piedra y aparecen mil. Si usted conoce el por qué, el quién vendrá después. ¿Por qué quieren gastar una bala con usted? ¿Qué ha hecho? ¿Con quién se ha metido últimamente?

Expulsó un par de metros cúbicos de aire por la nariz permitiendo que en su rostro emergiera una expresión irónica: qué preguntas hace este policía imbécil que no prueba su zumo de melocotón.

—Así que el GLF. No me vigilan a mí, yo no les intereso. Van detrás de ese tipo

que resulta ser un sicario, ¿no es así?

Me sorprendió de nuevo, pero lo disimulé. Mi media sonrisa irónica fue un calco de su media sonrisa irónica.

—Algo así.

—¿Solo el GLF, o hay alguien más?

—Extranjería de los pikoletos y la Ertzaintza; formamos un equipo. Nos gusta trabajar en equipo. Vamos detrás de él, lo ha adivinado. No es un personaje cualquiera, es importante, de alto nivel dentro de su profesión. Por eso suponemos que quien lo ha contratado es también de alto nivel. Es lo que nos interesa. Queremos saber quién es, confirmar que se trata de quien sospechamos. Usted sabe a qué me refiero. Eso tiene prioridad para nosotros. No estamos interesados en que nos diga qué les ha hecho, es asunto suyo. No voy a pedirle disculpas por hablarle tan claro.

—Todo lo que usted dice me halaga hasta cierto punto. Porque no tengo ni idea de a quién o quienes se refiere usted. No sé de nadie que tenga nada contra mí, no tengo enemigos.

—¿No? —indicó a los guardaespaldas con la cabeza—. ¿Y por qué la compañía?

Levantó la cabeza y dejó flotar su mirada hacia el guardaespaldas de la puerta.

—Porque las cosas pueden cambiar en cualquier momento. Por ejemplo: aparece usted. No sé quién es, no le conozco. ¿Quién no tiene en el bolsillo un carnet con una foto?

Yo acababa de cometer un error. Me lo había hecho ver su leve arqueado de cejas mientras yo hablaba y, sobre todo, al echarse hacia atrás en la silla como manteniendo la distancia conmigo porque de pronto yo podía significar peligro para él. Apoyó los dedos de las dos manos en el borde de la mesa y de nuevo me miró, pero ahora su mirada era desconfiada. Incliné un poco la cabeza hacia un lado, como distraído, tratando de rebajar la pequeña tensión que había surgido entre nosotros.

—¿Deudas? ¿Impuesto revolucionario? ¿Asuntos personales? ¿Una mujer, tal vez?

Sus ojos buscaron de nuevo los míos inclinándose un poco hacia delante, acababa de recuperar parte de su prepotencia.

—Yo no tengo enemigos, ya se lo he dicho. Están equivocados. Ese sicario, si es que existe, nada tiene que ver conmigo. No me preocupa. Llevo guardaespaldas aunque, en realidad, no los necesito. Son miembros de la Ertzaintza que buscan un sobresueldo. Es una forma de ayudarles a pagar sus hipotecas, a cincuenta euros la hora, nunca se sabe lo que puede suceder. Les agradezco la información, pero se han equivocado. Si ese sicario existe lo único que tienen que hacer es detenerlo: nadie mejor que él para saber quién le ha contratado. Si tiene que ver conmigo, díganmelo. Yo también quiero saber quién tiene algo contra mí. Me llevará una sorpresa.

—Es lo que vamos a hacer, detenerle. Lo haremos cuando le esté apuntando. Alerte a sus guardaespaldas, sea precavido. Sí, a lo mejor se ha equivocado de

objetivo, pero no por eso deja usted de estar en su punto de mira.

Gastó otro poco de su mirada en mí, como un sello que cerraba el asunto, cogió el vaso de zumo y lo acabó de un trago. Se levantó y salió del bar emparedado entre los dos guardaespaldas.

Podía tratarse de ETA. Pero resultaba extraño que hubieran contratado a un sicario para un trabajo que ellos podían llevar a cabo perfectamente. En realidad trabajaba para ellos, era su recaudador según el informe del tal Rincón. Podía haberles hecho alguna perrería. Podía tratarse de un ajuste de cuentas: otros empresarios podían no estar de acuerdo con su intermediación. O alguna deuda impagada, un préstamo exprés, algo por el estilo.

Centré mi atención en él. Estaba casi seguro de que aquel encogimiento de hombros había sido un farol, que los guardaespaldas no eran un adorno. Durante un par de días no me preocuparía de Linus. Centraría toda mi atención en Somarriba.

Les dije a Ederne y Beñat que el caso había terminado, que estábamos siguiendo a un fantasma, que la chica era solo un señuelo para desviar nuestra atención, que Linus habría desembarcado en cualquier otro punto de España y se habría visto con quien se tenía que ver. Nos limitamos a darnos la mano y hasta la próxima. Intercambié con Ederne un adiós que significaba pasar por la comisaría en un par de días para invitarla a tomar un café. También era probable que sus jefes me llamaran para hacerme algunas preguntas. No me importaba: yo tenía ya toda clase de respuestas para ellos.

Comencé visitando sus diversas empresas, las que venían en Internet, un simple reconocimiento visual, para concretar un escenario donde levantar mis conjeturas. Importación de chatarra, concesionario de IVECO, cableado eléctrico Electrotrans, consignataria Cabotrans... Esta última era la consignataria más importante del puerto y se salía de la norma porque era de propiedad compartida. Su socio tenía nombre y apellido franceses, Lazare Carnot. La base de datos me remitió a la base de datos de la Interpol, apartado «bandas». Aquel hallazgo hizo que detuviera mi indagación, que me echara hacia atrás en la silla para comprobar que mi cerebro se había quedado en blanco.

Decidí salir del hotel e ir al bar Martxiarena a tomar un café.

Bucear en la base de datos de la Interpol me estaba vedado. Necesitaría un permiso especial que forzosamente habría de seguir una serie de trámites preceptivos, lo que se traduciría en una espera de cuatro o cinco días, sin la seguridad de que me lo concedieran, y con la seguridad de que tendría que responder a unas cuantas preguntas de la Voz. Podía solicitar la información directamente a Documentación, pero mi solicitud levantaría sospechas y cualquier chupatintas me preguntaría de qué forma pensaba utilizar aquella información. Era un dato que el larguirucho de la Antiterrorista me había ocultado, y yo podía estar seguro de que lo conocía.

Me acerqué a Getxo. La casa de Somarriba estaba en un lugar llamado Playa Ereaga, aunque la finca se encontraba a unos doscientos o trescientos metros de la

playa. Ya desde el coche, o fuera de él, resultaba difícil calcular la extensión de aquella hacienda, rodeada por una tapia de piedra de unos tres metros de altura. Copas de árboles gigantes, de cien o doscientos años, asomaban por encima de la tapia. La cancela de cuatro o cinco toneladas era de barrotes de lanza, negros. No se veía la casa a través de los barrotes. Una carreterita perfectamente asfaltada, con bordillos blancos y farolillos de suelo cada tres metros, ascendía perdiéndose entre los árboles.

Aquel muro indicaba que Somarriba era mucho más que alguien sentado a la mesa de un reservado tomando un zumo de bote. Si yo había llegado hasta él era porque había tocado uno de sus puntos débiles, el más débil, quizás.

Regresé al hotel y me puse a estudiar a fondo el *dossier* de Linus.

Un buen número de párrafos estaban dedicados a Rafaela. Quedaba claro que estaba muy unida a su padre, el *dossier* ponía mucho énfasis en que la probabilidad de que Linus viniera a España y no se viera con su hija resultaba remota. Pero ¿por qué España? España tenía que traducirse como peligro para Linus, precisamente por la presencia de su hija y de su exmujer. Cuba, por ejemplo, hubiera sido mejor, donde, con toda seguridad podía entrar y salir libremente. La única explicación era que buscaba una ayuda en su hija para su encargo, y no como un simple elemento pasivo. Esto encajaba con mis quince días de vigilancia en Alicante para el GLF. Mis dudas aumentaban sobre la verdadera razón del GLF de encontrar a Linus. No podía tratarse solo de su condición de sicario. Encuéntralo y regrese a su cubil.

Cambié de parecer y me dediqué a vigilar la casa de la calle Nalón. No podía correr el riesgo de que a última hora Linus considerase cualquier otro emplazamiento para tener a Somarriba delante de su mira telescópica.

Permanecía dentro del coche, moviéndome cada hora, buscando lugares alejados de la ruta de los escasos peatones o del tráfico dentro de la urbanización. Una mujer, con un perrito blanco de lanas con un lazo rosa entre las orejas, cruzó un par de veces junto al coche en dos emplazamientos diferentes. La segunda vez se quedó mirándome, inclinándose para verme mejor. El lanas me ladró un poco creyendo que le iba a robar el lazo. Confiaba en que aquella mujer no llamara a la Ertzaintza; si cruzaba a mi lado de nuevo me vería forzado a salir del coche y mostrarle el carnet.

Había iniciado la vigilancia a las siete de la mañana y Linus no había aparecido en todo el día. Iban a ser las cinco. Sabía que se encontraba en el interior de la casa porque a eso de las siete y media se habían encendido un par de luces y se habían apagado cuando la luz diurna ya era suficiente. La puerta del garaje no estaba bajada del todo, como ocurría siempre, yo había memorizado la altura del hueco con la referencia de un ladrillo de la pared. Podía ser una buena señal que Linus no apareciera, seguramente no quería contratiempos y solo se concentraba en lo que se disponía a hacer.

Recibí una llamada.

—Beñat. La chica se dirige al aeropuerto. Con la maleta. Ha dejado la casa. Hay

un avión a Valencia a las 18:42.

No supe qué decirle. El caso ya no existía para ellos, y se suponía que era yo quien daba las órdenes.

—¿Está también Ederne en ello?

—Sí.

—¿Por qué?

—Órdenes —me respondió de mala gana—. ¿Pasa algo?

—¿De quién?

No respondió de inmediato, la pregunta era demasiado idiota.

—Del Papa.

—¿Te ha ordenado también tenerme al corriente?

—Sí.

Claro, por qué me iba a llamar, si no.

—Llámame si la chica sube a ese avión.

Y cortamos.

Cuando la puerta se abrió, una hora más tarde, todavía tenía aquella breve conversación en la cabeza.

La Ertzaintza seguía en ello. Les interesaba el caso, era lógico, nos encontrábamos en su territorio. Pero no me habían llamado hasta entonces, quizás porque esperaban que yo lo hiciera. Era como si no tuvieran trabajo y actuaran para estar ocupados, como una especie de entrenamiento para mantenerse en forma.

Desconocía si en Extranjería de los pikoletos seguían también con el caso, si este les seguía interesando. No me habían llamado y yo no les había llamado a ellos.

Apareció Linus. En lo primero que me fijé fue en el gorro que le cubría la cabeza: era de lona, verde, de pescador. Estaba lloviznando y por eso se lo había puesto, porque le iba a tocar permanecer a la intemperie quizás unas horas. Cargaba con una gran bolsa negra de viaje y una maletita de cuero, de unos 50×30, marrón oscuro. Dejó el equipaje delante de la puerta del garaje y abrió la cancela. Luego levantó la puerta de chapa y desapareció adentro con la bolsa y el maletín.

Me encontraba a unos cincuenta metros de la casa y su figura había aparecido en el retrovisor exterior. Arranqué, me alejé otros cincuenta metros, hice la maniobra orientando el coche hacia la casa y aparqué de nuevo.

El todoterreno apareció marcha atrás y se detuvo atravesado en la calle. Linus bajó y cerró la puerta del garaje echando la llave. Luego cerró la cancela asegurándola con una cadena y un candado. Abrió el buzón y echó las llaves dentro.

Nos íbamos. Sin rematar el trabajo. Pero quizás se disponía a hacerlo. Quizás pensaba aprovechar el intervalo que se produce antes de que se de la alarma para alejarse de Bilbao por cualquier autovía, para alcanzar la frontera tal vez. Coincidió con la presencia de su hija en el aeropuerto. Abrí la guantera y comprobé por centésima vez que la pistola se encontraba debajo de la carpeta de la documentación del coche.

Nos dirigimos directamente a Zubialde, sin dar rodeos. Yo mantenía una distancia de unos doscientos metros con el todoterreno. Conocía su destino así que no necesitaba ir pegado a su parachoques. Tenía cierta idea también del emplazamiento elegido. Se me ocurrían un par de lugares. Los dos se encontraban a unos cien metros de la casa, dominando el jardín, la puerta principal y las ventanas de la fachada delantera, con una buena visión también de la carreterita de la urbanización. Uno de ellos era un pomar de apenas cincuenta árboles, en una pequeña loma en dirección este. De día no era un buen lugar, los árboles eran demasiado pequeños para ocultarte, pero de noche parecía bueno. El otro era una casa: se encontraba a mayor distancia del objetivo, a unos cien o ciento cincuenta metros, pero en una cota más elevada. Era una casa corriente, de dos plantas, sin luces y con las persianas bajadas, como si los inquilinos estuvieran de viaje o si solo la utilizaran en determinadas épocas del año.

Eligió la casa. Yo había encontrado un camino de rodadura a unos cien metros detrás de ella, en una cota todavía más elevada, es decir, a unos doscientos cincuenta metros de Herrerieta 23. Me había movido con las luces apagadas por caminos que a duras penas adivinaba en la casi completa oscuridad. El terreno parecía descender a mi derecha; a mi izquierda ascendía unos diez metros y luego descendía directamente hasta la casa. Cuando calculé que me encontraba a su altura eché el freno y salí del coche.

Linus al parecer se había embutido en un impermeable negro. Distinguía su figura a contraluz y también los brillos del impermeable y de los cromados del todoterreno, con las luces de la semiurbanización al fondo. Creí ver que se movía. No me pareció que abriera ninguna puerta del todoterreno para sacar la bolsa o el estuche, aunque quizás ya lo había hecho. Su figura oscura acabó desapareciendo y supuse que se había pegado a la casa para vigilar los coches que dejaban la comarcal para tomar la carreterita y, también, el movimiento que se podía producir en las ventanas y en el jardín de Herrerieta 23.

Desde la puerta del garaje, donde Somarriba dejaba el coche, hasta la puerta de la casa había unos veinte metros. Perfectamente visibles incluso desde donde yo me encontraba. Cuando Somarriba se detuviera delante de la puerta de la casa, esperando a que le abrieran o para empujarla y entrar, el blanco sería perfecto. También cuando la abriera para salir, si Linus quería ver qué cara ponía su objetivo al recibir el primer impacto.

Unos minutos para las ocho. Si Somarriba era un hombre de costumbres fijas faltaban un par de horas para que apareciera. Si Linus esperaba hasta verle salir por la puerta de la casa, la espera sería de tres o cuatro horas, o, incluso, hasta el amanecer.

Pero Somarriba podía no ser de costumbres tan fijas. Además podían tener otros planes para aquella noche. Como salir a cenar con su mujer a cualquier restaurante porque era su cumpleaños, o hacer una visita a un amigo, o ir al cine.

Parecía el momento de detener a Linus. No necesitaba esperar a sorprenderle con

el dedo en el gatillo. Me limitaría a hacer lo que me habían ordenado, si tenían o no pruebas contra él no era asunto mío. Limitarme a cumplir con mi trabajo, llevar a cabo las órdenes recibidas. Solo tenía que correr cuesta abajo hasta la casa. Me oiría llegar, también me vería, pero sus manos estarían ocupadas con el rifle. Podía haber advertido el merodeo de un coche con las luces apagadas. Podía pensar que se trataba de una pareja buscando un lugar discreto. Era la clase de riesgo que un profesional debía correr: no podía permitirse mostrarse pusilánime, alertándose con cualquier ruido, con cualquier sombra. Eso le convertiría en una herramienta inútil. Podían ser muchas cosas. Pero continuaba pegado a la casa porque desconocía la presencia de otro depredador vigilándole a su espalda. Yo podía marcar el número de Ederne o Beñat que no habían vuelto a llamar; quizás Rafaela no había cogido aquel avión, o de nuevo podía estar actuando de señuelo cubriendo la escena final de su padre.

Marqué el número de Somarriba. Escuché la grabación informándome que dejara el recado.

Se inició una espera que no sabía cuánto iba a durar. Cada tres minutos marcaba el número de Somarriba para escuchar la voz dándome la misma información. Pensé si no habría cambiado el móvil después de entrevistarse conmigo.

Faltaban un par de minutos para las diez cuando reconocí los faros del Audi Quattro girando en el cruce de la comarcal para tomar la carreterita. Abrí la guantera y cogí la pistola. Linus también lo había tenido que ver.

Quise creer que no habría ningún obstáculo hasta la casa. Lo que tenía delante parecía un prado, sin árboles o arbustos, en descenso suave, unos veinte segundos para salvar aquellos cincuenta o cien metros, si no me encontraba con un arroyo o una zanja. La casa se encontraba a contraluz y esto era una ventaja para mí. Desconocía si Linus había sacado del todoterreno la bolsa o el maletín; seguramente, sí llevaba los prismáticos y una pistola. Podía esperar hasta verle abrir una de las puertas del todoterreno para sorprenderle con las manos ocupadas. Tenía que correr prado abajo todo lo discretamente que pudiera. La sorpresa me proporcionaría unos segundos, los suficientes para que él advirtiera que entre los dos había una pistola.

Las luces de Herrerieta 23 se apagaron de golpe. El jardín estaba iluminado ahora solo por las luces de la calle, en penumbra. La cancela se estaba abriendo. No veía a Linus pero podía imaginar que toda su atención estaba puesta en el Audi enfilando ya la calle Herrerieta. Yo estaba razonablemente seguro de que todavía no había abierto el todoterreno. No me importaba el riesgo que corría, no me importaba el fracaso, todavía menos me importaba la muerte de Somarriba. Yo era el único espectador sin que nadie hubiera contado conmigo, alguien había dejado una puerta abierta y yo me había colado en el patio de butacas. Me interesaba la obra, no me interesaban los actores.

El Audi cruzó la cancela y entró en el jardín. No se detuvo donde lo había hecho hacía un par de días, delante de la puerta del garaje, lo hizo delante de la puerta de la casa que se ya encontraba abierta, con oscuridad absoluta en el interior porque las

luces de la casa también se habían apagado. Era la única precaución que Somarriba parecía tomar. Salió del coche por la puerta del copiloto y, con movimientos ligeros esta vez, salvó los cuatro escalones y entró en la casa cerrando a su espalda. La operación había durado unos cinco segundos. Tiempo suficiente hasta para un aficionado para apuntar y disparar a aquella figura borrosa.

No había guardaespaldas, no se encontraban dentro del coche porque habrían salido para ejercer de escudo. No los traía a aquella casa, quizás porque esta significaba algo especial para él, o porque eran *ertzainas* fuera de servicio y prefería dejarlos al margen de ciertos negocios.

Yo podía pensar cualquier cosa. Quizás Linus prefería esperar a verle salir de la casa a la luz del amanecer, porque no le gustaba disparar por la espalda, manías de profesional, o porque la puerta de la casa estaba orientada al este.

Solté el freno y dejé deslizar el coche hasta un cruce de caminos. Eché de nuevo el freno y regresé a mi puesto de observación.

Llevaba unos veinte minutos con los ojos puestos en la nada, cuando advertí el movimiento de los brillos del todoterreno. Enseguida vi su sombra alejándose lentamente camino adelante, con las luces apagadas. Un minuto después vi, ya con claridad, cómo tomaba un camino asfaltado, con farolas, que comunicaba varios caseríos con la comarcal. Encendió las luces, tomó la comarcal y se alejó hacia la autovía.

Al parecer no merecía la pena esperar allí. Si el Audi se encontraba a la vista delante de la puerta de la casa, sería el indicio de que Somarriba todavía se encontraba dentro. A eso de las siete o las ocho la luz sería mejor. Lo tendría de frente cuando apareciera en la puerta. Merecía la pena regresar entonces, o dejarlo para mejor ocasión.

Fui directamente al hotel. Me duché y me tumbé en la cama para quedarme contemplando una batalla de sombras en el techo mientras escuchaba la radio, una media hora. Salí de nuevo a la calle y me dirigí al mercado en busca de un bar abierto. Eché un bocado en la barra, rodeado de estibadores somnolientos y juerguistas de diario.

Comprobé que las llaves continuaban en el buzón. Yo había especulado sin demasiado fundamento. En la casa no se veía ninguna luz encendida, la puerta del garaje estaba cerrada y la cancela con la cadena y el candado echado. No habría puesto la cadena si pensaba salir de nuevo. Eso indicaba que no había regresado a la casa. Enfilé hacia Zubialde, pisando a fondo esta vez. Faltaban veinte minutos para las dos.

Sin duda se había limitado a alejarse unos minutos solo para comer algo. Yo había pasado por alto que me las estaba viendo con un perro de presa, que solo abriría las mandíbulas si se las apalancabas con una barra de acero.

Marqué el número de Somarriba. Esta vez no me respondió la grabación sino el sonido opaco del timbre, le escuché una docena de veces, pensé que lo había



conectado pero que no lo oía. El timbre desapareció y tuve al otro lado la voz firme de Somarriba elevándose sobre el sueño.

—¿Quién es?

—Hace un par de noches tuvimos una entrevista, reconocerá mi voz. No se mueva de donde se encuentra. No salga. Aléjese de las ventanas y continúen con las luces apagadas. Le llamaré de nuevo.

Corté la comunicación antes de que me replicara, si es que pensaba hacerlo.

Entré en la autovía, donde el tráfico era casi nulo. Había algunos coches más en sentido contrario, camiones de seis u ocho ejes que se dirigían al puerto.

Les vi. Todavía me encontraba en la comarcal y me faltaban unos doscientos metros para alcanzar el cruce. Destellos azules y rojos, faros que se movían deprisa y se detenían en seco, sombras agitando la luz de los faros... Levanté el pie. Giré a la derecha. Mi marcha moderada llamaría la atención así que apreté un poco.

No era en Herrerieta sino en la otra calle, la paralela, la que ejercería de eje de la urbanización, al principio de la calle. Crucé delante del número 23 de Herrerieta y comprobé que el Audi Quattro ya no se encontraba en el jardín. Alcancé el final de la calle, giré a la izquierda y de nuevo a la izquierda. Los destellos, los coches atravesados en la calzada, las luces de los faros agitadas por las sombras, un grupo de personas en la acera, al fondo de la calle, a unos sesenta o setenta metros. Tres coches de la Ertzaintza y otros dos coches blancos formando una barrera en la calzada. Un mínimo de seis uniformes rojos moviéndose con diligencia a la luz de los faros. El grupo en la acera lo componían diez o doce personas, en bata o pijama; por alguna razón la acera de enfrente estaba vacía. Todas las miradas estaban puestas en la calzada donde había algo que yo no lograba ver porque me lo ocultaban los coches. Ninguno era el Quattro. Ninguna melena roja. Quizás en un ataque de pánico había ignorado mi recomendación y había tratado de escapar a pie buscando otra salida. Pero el Quattro debía ser blindado, un refugio seguro. A nadie se le ocurriría dejar el coche. Me estaba acercando a diez por hora cuando un *ertzaina* salido de la nada me dio el alto mostrándome, muy nervioso, la palma de las dos manos a la altura de su cintura para que yo pensara que su siguiente movimiento sería sacar la pistola.

Se inclinó en la ventanilla, precipitado, y me gritó algo en euskera, imperioso, seguramente que era idiota por no haber visto que no podía pasar. Levanté la palma de la mano en son de paz. No iba a mostrarle el carnet a no ser que fuera necesario. Retrocedí unos metros, eché el freno y salí del coche convertido en un ciudadano perplejo.

A los *ertzainas* parecía haberseles olvidado el protocolo para situaciones como aquella: llamaban por radio y por teléfono, se movían agitadamente alrededor del cadáver pero ignorándolo y daban explicaciones a los vecinos en vez de enviarlos a sus casas.

Todavía llevaba puesto el impermeable negro y el gorro de pescador bien incrustado en la cabeza. Por un instante creí que no estaba muerto, que los *ertzainas*

le habían ordenado levantar las manos y arrojar al suelo. Tenía la frente sobre el asfalto, con el ala del sombrero doblada, los brazos separados del cuerpo y levantados a media altura, formando dos eles, y las piernas estiradas con los pies separados medio metro. Reparé en la mancha oscura debajo de la coronilla al borde del sombrero. Era allí donde le habían disparado, o por donde había salido la bala, no lo apreciaba bien pues sobre la mancha caía la sombra del sombrero y tampoco tenía la experiencia suficiente en homicidios como para inclinarme por una de las dos opciones. No parecía que hubiera sangre, o quizás no destacaba en el asfalto negro, había mucha luz, de los faros de los coches y de las farolas, pero no había ninguna dirigida directamente al cadáver. No tenía nada en las manos y no había ningún otro objeto sobre el asfalto, solo el cuerpo. Lo primero que me pregunté fue dónde estaría el rifle, si lo habrían recogido los *ertzainas*, aunque no parecía que nadie allí perteneciera a la científica, o si se encontraba todavía en el maletín. Tampoco el todoterreno se encontraba a la vista. La escena resultaba bastante misteriosa. Solo faltaban los arcos voltaicos para convertirse en un plató a punto de filmarse un plano. Ni rifle ni todoterreno. Me pregunté si lo habrían registrado encontrando que llevaba una pistola. No parecía que lo hubieran hecho. Permanecí unos cinco minutos en la acera de la izquierda, miré hacia la comarcal y vi una pequeña comitiva de tres coches oscuros que se dirigían al cruce. Di media vuelta y me encaminé hacia mi coche. El *ertzaina* que hacía unos minutos me había cortado el paso, me contempló con las manos en las caderas cruzar a su lado como si hubiera estado esperando impaciente mi regreso y me dirigió una palabra en euskera.

—No —me limité a responderle, porque por su expresión y el tono de su voz me pareció que me había preguntado «¿divertido?», o algo por el estilo.

Conduje marcha atrás hasta el fondo de la calle. Giré y metí la primera. Unos faros centellearon. Era uno de los coches de la Ertzaintza, una señal, venía hacia mí. Le ignoré. Giré en la calle Herrerieta, conduje hasta el fondo de la calle, los faros centellearon de nuevo en el retrovisor, giré a la derecha y luego a la izquierda para tomar la carreterita. Me crucé con la comitiva de coches oscuros que debían de ser los forenses y el secretario del juzgado. En el cruce giré a la izquierda y pisé a fondo. Los destellos rojos y azules se encontraban todavía en la carreterita, no habían conectado la sirena. El tráfico era nulo, solo tardaría un par de minutos en alcanzar la autovía.

Marqué el número de Somarriba. Respondió al segundo timbrazo.

—¿Quién es?

—¿Dónde se encuentra?

Se tomó unos segundos para responderme.

—En casa.

—No se mueva. Voy para allá.

Seguramente se había anticipado. Su indiferencia ante mi advertencia podía haber sido una representación astuta.

Ya no estaba seguro de que la figura que había salido del Audi Quattro, en el

jardín en penumbra, salvando ágilmente los cinco escalones, fuera Somarriba. Quizás no lo era. Podía haber interpretado aquel papel alguno de sus guardaespaldas, mientras él se encontraba ocupando su sillón en casa. Tenía que haberme llamado la atención que hubiera prescindido de los guardaespaldas con aquella amenaza pendiendo sobre él.

Las dos hojas de la enorme cancela se encontraban abiertas. Pensé que lo estaban para mí, incluso que podía devorarle la impaciencia. Había representado conmigo el papel de no representar ningún papel. Pero el telón había caído. Tomé la carreterita perfectamente iluminada por los farolillos de suelo. A ambos lados la flanqueaban pinos de más de quince metros, inclinados unos diez grados sobre ella. Las copas oscuras se tocaban en lo alto formando una especie de palio que Somarriba se había fabricado para cruzar por debajo al volante de su Quattro.

Me detuve al pie de una escalinata de granito que conducía hasta la puerta de doble hoja, de madera oscura labrada y tres metros de altura, con un par de aldabones de bronce de una tonelada de peso. Una mujer de cabello gris recogido en un moño, en camisón y abrigo sobre los hombros, me esperaba delante de la puerta entreabierta. Sin preguntarme nada y manteniendo la mirada baja me cedió el paso.

Somarriba se encontraba en el centro de un recibidor del tamaño de un campo de fútbol. Parecía una estatua desplazada de su lugar porque iban a pasar el aspirador. El suelo era de mármol blanco cubierto casi todo él por una alfombra de tres dedos de espesor, con unos cuantos muebles de caoba repartidos por la estancia. Las perneras de un pijama color hueso aparecían por debajo de la bata marrón oscuro; el resto, eran unas zapatillas de cuero con un ribete dorado, algo cursis, como si en la oscuridad se hubiera puesto las zapatillas de su mujer. Tenía las manos hundidas hasta el codo en los bolsillos de la bata. Su expresión era severa, la severidad excesiva de quien trata de dejar claro que acabas de entrar en su territorio exclusivo. Hizo una seña seca con la cabeza a la mujer para que desapareciera.

—¿Qué pasa?

Demasiada prepotencia innecesaria y ninguna preocupación. Deslicé la mirada por el decorado. Al fondo había una escalera, una escalinata mejor dicho, ascendía formando una voluta elegante, con los escalones de mármol blanco, sin alfombra, una alfombra granate le habría venido bien, y balaustres como patas de mesa de billar. Me sentí como si me acabara de sumergir en una jarra de leche.

—¿No lo sabes?

Él no podía haber intervenido, y en ningún caso lo habría hecho personalmente. Era un asunto a la medida para sus guardaespaldas, *ertzainas* con una hipoteca que les asfixiaba, o para guardias o policías. Me acordé de la rapidez con la que había respondido a mi llamada, como si tuviera el móvil en la mano esperando oírlo sonar. Había decidido tratarle de tú, dándole a entender que éramos socios en el mismo negocio aunque por motivos diferentes.

—¿Dónde te encontrabas hace una hora?

Me miró con dureza: no le gustaba que le interrogaran, ni que le tratara de tú. Tampoco le gustaba yo.

—¿Por qué?

—¿Dónde estabas?

Su mirada no se ablandó nada.

—Aquí.

—¿Recibiste aquí mi llamada? La primera.

Pareció considerar si debía contestarme, por un instante levantó la mirada sobre mi hombro, como si yo hubiera retrocedido un par de pasos.

—No. No estaba aquí. Aquí recibí tu segunda llamada —me miró de nuevo—. Te he preguntado dos veces por qué.

—¿A qué hora dejaste la casa de Morlans?

Algo cambió en él. Un par de pensamientos despegaron dentro de su cabeza.

—A eso de las once —respondió, con cierta cautela ya.

No tenía que extrañarle que yo conociera su presencia en la urbanización Morlans, recordé que ya se lo había hecho saber en nuestra primera entrevista. Yo era policía y poseía cierta información sobre él. Así que solo había permanecido una hora en la casa. Mi llamada le había alertado. Había salido minutos después de que Linus hubiera levantado la vigilancia. Entonces había puesto el mecanismo en marcha, si era que no lo había hecho antes ya. No me preguntó de nuevo qué había ocurrido porque su mente estaba fabricando su propia respuesta.

—¿Llevaste contigo a tus guardaespaldas?

—No.

—¿Por qué?

—No suelo ir a los mismos lugares a horas fijas.

No era lo que yo había visto, pero no se lo dije.

Levanté la mirada. Una figura se había añadido al decorado en lo alto de la escalinata, no sabía cuanto tiempo llevaba allí. Una dama. Una dama de las de verdad. Su cabello era dorado, un dorado que por una vez parecía natural, peinado impecablemente como si al acostarse dejara la cabeza sobre la mesilla. Su estilizada figura estaba velada por una vaporosa bata de un blanco níveo. Sin duda se trataba de su mujer, la dama con la que había hablado por teléfono hacía unas horas. Me pregunté cuanto tiempo llevaría allí, si habría oído mi referencia a la urbanización Morlans, si aquel nombre no sería nuevo para ella. Descendió un par de escalones y se detuvo indecisa, apoyando su mano en el pasamanos de mármol, —como si debajo de aquella mano hubiera habido siempre un pasamanos de mármol—, no porque esperara encontrar otra clase de escena en el recibidor, sino porque acababa de advertir que se trataba de una reunión donde, una vez más, no se contaba con ella, o si la había detenido la palabra Morlans. Somarriba no había vuelto la cabeza, quizás porque no sabía que su costilla se encontraba en lo alto de la escalinata, aunque yo miraba hacia allí insistentemente como si creyera al fin en la existencia de las hadas.

La muerte de Linus no había sido algo improvisado. Había detrás un preparación meticulosa. Precisamente porque yo no había visto a los guardaespaldas o a otra gente rondando por los alrededores de la urbanización. Tampoco les habría dado tiempo a llegar después de mi primera llamada. Ya se encontraban allí. Existía la incógnita de por qué Linus no había regresado directamente a su puesto detrás de la casa y se encontrara en aquella calle lejos del todoterreno. Seguramente este todavía se hallaba detrás de la casa, hasta que la Ertzaintza lo localizara al amanecer, con la bolsa y el maletín de cuero. Linus podía haber bajado a la urbanización para estudiar el terreno de cerca, porque le sobraba tiempo pensando que el objetivo permanecería en Herrerieta 23 hasta el amanecer. Pero tenía que haber advertido que el Quattro ya no se encontraba donde había estado una hora antes por lo que su objetivo ya no se encontraba allí.

Advertí que la dama se había evaporado. Lo había hecho tan discretamente como había aparecido, como un hada de verdad.

—Han encontrado muerto al sicario que iba a por ti. En la calle paralela a Herrerieta, a la altura del número cuatro.

No se inmutó: podía haber sabido ya de la noticia o no. Sin embargo un nuevo pensamiento acababa de entrar en su cabeza. Le llevó un par de segundos aposentarse en ella.

—¿Muerto, de qué?

—De un disparo.

—¿Quién era?

—Su nombre era Linus. Era alemán, del Este. Había pertenecido a un antiguo servicio secreto. ¿Te dice eso algo?

—No.

—¿Sigues sin saber quién hay detrás de todo esto?

—No. —Sus respuestas eran rápidas, mirándome de nuevo a los ojos, como un punto y final.

—Lo intentarán de nuevo.

Su mirada se desprendió de mis ojos y flotó una vez más sobre mi cabeza, imaginándose el rostro de quien lo iba a intentar la próxima vez, cómo lo haría, en qué lugares le esperaría, cómo la historia se iniciaba de nuevo. Dio media vuelta y se alejó hacia la escalinata.

La mujer del abrigo me estaba abriendo ya la puerta de la que parecía un componente más.

Por la tarde me acerqué al depósito. Necesitaba confirmar la muerte de Linus por un disparo y preguntar si habían extraído ya la bala. En uno de los pasillos me encontré con dos *ertzainas* de paisano, dos oficiales. Uno de ellos era el que no me había ofrecido una silla en mi visita a su comisaría. Me vinieron a la mente los destellos rojos y azules en la urbanización Morlans. La expresión de sus rostros no me decía nada. Con ellos se encontraba el guardia de la Antiterrorista con la insignia de la bandera española en la solapa, Del Valle. El otro *ertzaina* llevaba en la solapa una insignia de la ikurriña, pero más pequeña, tenía las manos cruzadas a la espalda pero se mostraba erguido, como un *boy scout* dispuesto a encender una fogata en cuanto se lo ordenaran. Nos saludamos con un simple qué hay, con frialdad, manteniendo las manos en los bolsillos.

Yo no había regresado al hotel porque era donde me irían a buscar, si era que continuaban haciéndolo. Había entrado en la casa de la calle Nalón después de que mis dedos hubieran sacado las llaves del buzón y de esconder el coche en el garaje. Había hecho un registro somero de la casa, había apagado las luces y me había tumbado en el sofá. Estaba cansado, tenía sueño y también necesitaba pensar un poco sobre lo sucedido. El timbre de la puerta de la calle sonó insistentemente a eso de las siete. Me levanté y me acerqué con cautela. Al otro lado de la mirilla tenía el rostro distorsionado de Fidel Utrilla. No me sorprendió, aunque no comprendía la razón de que se encontrara allí a aquella hora. Me disponía a abrir cuando comprendí que el caso había terminado y todo lo que viniera a partir de entonces solo significaría trabajo y complicaciones. La Ertzaintza querría hablar conmigo, quizás tuvieran la idea de ponerme las esposas. Podía pagar el hotel con un cheque enviado dentro de un sobre y alejarme de allí en cualquier otro medio de transporte. Permanecí un minuto junto a la puerta y luego me dirigí al cuarto de baño. El timbre no había vuelto a sonar.

Me correspondía explicar mi presencia en el depósito; seguramente me pedirían acompañarles a la comisaría ofreciéndome una vez allí asiento en una de sus sillas de metal. No tenía nada qué decirles. Esperé que me lo preguntaran mientras continuaba hacia el fondo del pasillo. No lo hicieron, tampoco me cogieron del brazo para que me detuviera o les acompañara. En realidad me ignoraron y continuaron con su conversación; hablaban de Francia, de las mejores rutas para moverse por allí y de

algunos atajos.

—¿Era su hombre?

Era la voz del *ertzaina* que me había interrogado, a mi espalda. Me volví.

Me clavaba la mirada. El otro *ertzaina* y el patriota español también me miraban, se había hecho un silencio repentino, como si los tres hubieran alcanzado el borde del mapa de Francia y no tuvieran nada más que añadir.

—Sí.

Yo todavía no había visto el cadáver en la nevera. Aquella pregunta indicaba que el *ertzaina* sabía que me encontraba en la urbanización Morlans cuando el cuerpo de Linus se hallaba sobre el asfalto.

—¿Entonces, qué haces aquí? —Era el tono de alguien que te restriega por la cara que se encuentra un par de peldaños por encima de ti, no me gustó. Tampoco el tuteo.

—¿Nos tuteamos? Tengo que asegurarme de que es el mismo cuerpo que estaba sobre el asfalto.

Era una respuesta que tenía que sonarles idiota pero que, de momento, podía valer.

Entonces el *ertzaina* se despegó del grupo viniendo hacia mí. Despacio, como si lo hiciera por el centro de la calle Mayor. Se detuvo a un par de pasos de mí.

—Encontramos un rifle con visor en su todoterreno, un monotiro, que no sirve para caza mayor. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Un rifle?

Coloqué las manos en las caderas porque el que Linus hubiera sido poseedor de un rifle monotiro debía constituir una sorpresa para mí.

—Una mira de veinte aumentos. ¿Qué sabes de eso?

—Era un sicario —intervino el otro *ertzaina*, viniendo también hacia nosotros, con las manos todavía a la espalda—. Lo dice su *dossier*. ¿No lo has leído?

En mi maleta había un *dossier* de cuatro folios, pero en ninguno de ellos decía que Linus fuera un sicario. Mi información provenía del comandante. Oficialmente Linus había venido a Bilbao a encontrarse con su hija. No les dejaría ver que ya sabía que era un sicario.

—¿Sicario? Sicario... —afirmé levemente con la cabeza tomándome mi tiempo—. Comprendo. Entonces debía de encontrarse aquí para hacer un trabajo. Pero se le adelantaron. ¿O no? ¿Quién lo ha hecho? ¿Quién le ha matado? ¿Se sabe algo? —pregunté.

—Otro sicario —respondió el *ertzaina* de la ikurriña, con socarronería. No era un *boy scout*—. Sicario mata a sicario, eso es.

—ETA —intervino el patriota.

La palabra maldita. Tuvo el efecto del restallido de un látigo, o de una pequeña explosión. También la virtud de convertir en nada todas nuestras palabras hasta entonces.

El patriota también se aproximaba, pausado, como un curioso que se acerca a un

grupo porque le sobra el tiempo.

—¿ETA? —mi exclamación fue genuina al cincuenta por ciento—. ¿Por qué ETA?

—Porque ese tipo iba a cargarse a uno de sus recaudadores. Y ellos cuidan sus negocios.

—¿Qué recaudador?

Había procurado tener un tono inocente. Pero recordé que era otro guardia de la Antiterrorista, un tal Rincón, quien me había facilitado la información sobre Somarriba. Seguramente lo habría comentado con el patriota, pero los dos *ertzainas* no tenían por qué saberlo.

—¿Una contravigilancia? —preguntó el de la ikurriña, sin dirigirse a nadie determinado, con las manos todavía a la espalda, como si no pudiera despegarlas.

—Una contravigilancia —el patriota español me clavó la mirada—. ¿Sabes tú de qué va eso?

Su tono chulesco me restregaba por la cara que él sí lo sabía, que se jugaba la vida todos los días y yo no; que él tenía que mirar debajo de la cama todas las noches y yo no; que tenía que sentarse en el restaurante en una mesa del fondo mirando a la puerta y yo no. Me limité a devolverle la mirada, sin responderle.

La puerta de la calle se había abierto al fondo y tres figuras a contraluz venían hacia nosotros. Dos de las figuras eran *ertzainas* de uniforme y entre las dos venía una chica. Reconocí a Ederne y Beñat. Rafaela era la figura que caminaba entre ellos.

Muy pálida, llorosa, con la ropa por primera vez arrugada, descuidada. Lo primero que pensé fue que había pasado la noche sin dormir, seguramente en la comisaría de la Ertzaintza. Habrían ido a buscarla para comunicarle la muerte de su padre, la habrían interrogado y habían decidido retenerla. No la llevaban cogida del brazo, simplemente iba uno a cada lado, escoltándola.

La máscara de su rostro desteñido se había convertido en madera. Me miraba demasiado fijamente. Pero yo no estaba seguro de que me viera. Como un fuego invisible, con una mirada de loca, vino directamente hacia mí, porque solo yo existía, porque detrás de mí se encontraban las puertas del infierno, o una balsa de aguas oscuras donde ella se iba a arrojar. Su rostro alcanzaba el climax trágico. Sentí un escalofrío. Instintivamente retrocedí. Se lanzó sobre mi con las manos dirigidas a mi rostro convertidas en garras.

—¡Asesino! ¡Asesino!

Su voz era de agonizante, parecía el único registro que le quedaba.

Ederne y Beñat actuaron con presteza aferrándola de los brazos y arrastrándola hacia atrás.

—¡Tú le has matado! ¡Tú le has matado! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Le has matado! ¡Le has matado!

Mientras se la llevaban casi a rastras no dejó de gritar como una loca repitiendo las mismas palabras como si su vocabulario fuera así de limitado. Abrieron una



puerta y desaparecieron por allí.

Lo primero que pensé fue que me había reconocido, que había recordado mi presencia en el bar del tren. Pero enseguida me pareció improbable. Seguramente había descubierto mi seguimiento por las calles de Bilbao y me había dejado actuar, por indicación de su padre. Podía haber sido un exceso de confianza de Linus, o una argucia sacada del viejo manual.

Acaparaba la mirada neutra del patriota y los dos *ertzainas*, más sorprendidos por la escena que yo mismo. Se estarían diciendo que la primera pregunta de mi interrogatorio sería el carácter de mi relación con la hija de la víctima. Al fondo del pasillo, un tipo joven de guardapolvo beis y una mujer madura vestida con un elegante traje sastre gris oscuro, habían interrumpido su conversación para volver la cabeza hacia nosotros. El patriota tenía los ojos bien abiertos pero en su expresión había ahora una cierta sorna.

Ella tenía que saber que la había estado siguiendo. ¿Desde cuándo? Era de prever. Su padre la había aleccionado, y yo había carecido de personal suficiente para evitarlo. Nada tenía que reprocharme. ¿Sabía que estaba tras sus pasos cuando me condujo hasta el escondite de Linus?

El *ertzaina* que había llevado la iniciativa cruzó los brazos sobre el pecho, mostrándose a la expectativa. La mirada que me estaba dedicando me pareció especial porque una idea había aparecido en su cerebro:

—¿Tienes pistola?

Descruzó los brazos y dio un paso hacia mí como dispuesto a arrebátarmela.

No supe qué responderle, tampoco sabía adonde quería ir a parar con aquella pregunta.

—Sí —respondí, en un tono neutro.

—¿Dónde?

Qué importancia tenía eso.

—En la guantera del coche.

—Vamos. Y el carnet también.

El otro *ertzaina* se movió colocándose a mi izquierda. El patriota retrocedió un par de pasos porque aquello no iba con él, no se entrometía, podían hacer conmigo lo que quisieran. En su expresión continuaba dominando la sorna.

—¿De qué va todo esto?

—De algunas preguntas que te vamos a hacer. El carnet.

No estaba seguro de que tuvieran jurisdicción sobre mí. Sí sabía que en Euskadi podía ir armado, aunque quizás tenía que comunicárselo a la Ertzaintza, desconocía qué decían las normas. Oficialmente yo no estaba adscrito al cuartel de la Guardia Civil en el puerto: en aquel pasillo era un ciudadano cualquiera. Le entregué el carnet y luego nos encaminamos al coche.

—Así que no nos dijiste nada.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre que ya le habías localizado. Con nuestra ayuda. Te lo guardaste para ti mientras tus compañeros seguían buscándole, haciendo el primo. ¿Todos ahí abajo sois así? ¿Es lo que os enseñan en vuestra escuela? ¿Dónde la tenéis, en El Escorial?

Me habían llevado a su comisaría y me habían metido en una habitación de interrogatorios cualquiera porque Peredo era un cualquiera.

La habitación tenía unos quince metros cuadrados. Con solo una mesa en el centro, de tablero de conglomerado y patas de tubo atornillada el suelo, y tres sillas también de tubo. Yo ocupaba una de las sillas. Enfrente tenía a dos *ertzainas*, de pie, uno de ellos era el que ya me había interrogado en el depósito y el otro uno nuevo, también un jefe, pero de uniforme, de cabello gris, crespo y denso, y de facciones terrosas, poco vascas, o vascas sin hornear.

—¿Qué queréis?

Había decidido adoptar el papel de policía, tratándoles de tú a tú, olvidándome de jurisdicciones. No podía levantarme de la silla y abrir la puerta, pero era el dueño de mis palabras y estas no se las iba a entregar.

—Queremos que nos lo cuentes todo. Si no nos gustan tus respuestas haremos un informe y lo dejaremos sobre la mesa del juez, tenemos uno ahí al lado. Tú verás. Empecemos por lo último. ¿Qué hacías tú esta mañana a las dos en Zubialde, en la urbanización Morlans?, ¿viendo parcelas?

Las preguntas me las hacía el *ertzaina* que me había interrogado en el depósito. Necesitaba un afeitado, lo que indicaba que le habían sacado de la cama durante la noche y no le había dado tiempo de pasarse la maquinilla. Andaría por los cuarenta, su cabello era lacio con unas buenas entradas así que tenía aspecto de rufián, un rufián de vuelta de todo, cínico, sin familia, sin colegas, que cuidaba de sus intereses rutinariamente: uno de esos tipos sin futuro. El *ertzaina* de edad había apoyado los nudillos en el tablero de la mesa, inclinado hacia delante, como esperando un chasquido de lengua del otro *ertzaina* para arrojarse sobre mí. Podía seguirles el juego respondiéndole que sí, que me dedicaba a la compraventa de parcelas. No me convenía aquel camino de sorna chulesca, pero podía aprovechar la pequeña ventaja

que me había concedido con aquel sarcasmo final.

—Sí, le había localizado, eso es cierto. Y me disponía a detenerle. Le había seguido hasta allí. Pensé que se estaba escondiendo. Le había localizado y le había perdido. Cuando le encontré de nuevo estaba muerto.

Quise creer que mis palabras les habían desconcertado, pero no me lo hicieron ver con ningún gesto traicionero; solo obtuve los cuatro o cinco segundos que se hizo esperar la siguiente pregunta:

—¿Cuándo le localizaste por primera vez?

—Hace un par de días.

—¿Dónde y cómo?

—Por casualidad. Su hija me llevó hasta él. Ella iba con frecuencia a una biblioteca. Era un lugar discreto para un encuentro. Me pasé todo el día allí, fingiendo leer libros. Al fin apareció él y le reconocí por la foto.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque lo perdí, ya os lo he dicho. Por un momento incluso creí que me había equivocado. Necesitaba verificarlo.

—Y cuando le volviste a encontrar estaba muerto. Son cosas que suceden, ¿no es así?

—Sí.

—¿Qué hiciste cuando le viste, la primera vez?

—Le seguí.

—¿Y?

—Se escondía cerca de esa urbanización de Zubialde. En una casa deshabitada. Un buen escondite. No se nos había ocurrido pensar en algo así.

—También eso te lo callaste porque no era importante.

—Una vez localizado solo tenía que esperar la mejor ocasión para detenerle. Y ya os he dicho que no estaba seguro del todo. Me extrañaba que entrara y saliera de la casa como si tal cosa, como si hiciera mucho tiempo que vivía allí. Se dejaba ver. Nunca estuve seguro de que fuera él. Iba a verificar los datos cuando le perdí.

—Por eso la casa estará llena de huellas de él.

—No lo sé. Es de suponer.

—Tú solo. Sin interferencias de nadie. Pero se lo comunicaste al GLF, ¿o tampoco?

—Tampoco. Tampoco se lo dije a ellos. Antes tenía que verificar que era Linus.

—¿Lo hiciste?

—Sí. En nuestro servicio de documentación. La casa no era suya y tampoco había sido alquilada, así que estuve seguro de que era él solo tres horas antes de que le mataran.

Suponía que no contrastarían toda aquella información porque no iban detrás de aquello. A medida que respondía a sus preguntas, advertía que mis respuestas improvisadas ganaban en consistencia como si aquella historia paralela se hubiera ido

forjando inconscientemente en mi cerebro todos aquellos días.

—Dejaste que tus compañeros continuaran vigilando a la chica. ¿Por qué?

—En realidad les dije que lo dejaran, que el caso había terminado. No me importa compartir los méritos con cualquiera, y ellos se lo merecen. Pero era algo que yo podía continuar llevándolo solo. Una vez localizado ya no tenía sentido emplear más gente de la necesaria.

Tan sólido como el hielo bajo el sol. El nivel de mi cinismo continuaba creciendo y si no abrían la puerta terminaríamos braceando en él.

El *ertzaina* de cabello gris continuaba en la misma posición, con los nudillos pegados a la mesa y el cuerpo inclinado dispuesto a saltar sobre mí. Aquella postura se estaba convirtiendo en algo irreal, como si se tratara de una estatua esperando ser colocada sobre un pedestal, o como si una caída repentina de la temperatura le hubiera convertido en un bloque de hielo.

Les había soltado un cúmulo de mentiras que no podían creer. Pero mis respuestas sonaban consistentes. Comenzaba a estar orgulloso de mis palabras. La única conclusión que podían sacar era que los miembros de la competencia éramos idiotas.

—La Europol. Tú no trabajas para la Europol. Trabajas para el GLF. Ya lo hablamos. La Europol no ha reclamado a ese tal Linus.

—¿No?

Alcé las cejas todo lo que pude: no me costó ningún esfuerzo.

—¿No lo sabías?

—No.

—Pero a ti te informaron que era un asunto de la Europol.

Sí, era lo que decía el *dossier* de mi maleta. Pero ellos oficialmente no lo habían leído.

Aquel era un punto delicado. Sabían que en el *dossier* había por lo menos un dato falso, un dato relevante que pretendía justificar la intervención del GLF. Pero era falso. ¿Por qué? Capté cierta rigidez en mis dos interrogadores, como si la situación hubiera revertido, como si ellos ocuparan ahora las sillas y yo me encontrara de pie al otro lado de la mesa. Les facilité una salida:

—Algo así. Pero informalmente y solo se lo oí a mi inmediato superior. Seguramente fue una interpretación suya. Una interpretación errónea.

Me encontraba en una partida con todos los jugadores pujando y yo con un par de cuatros y la última moneda.

—Vino a Bilbao a hacer un trabajo, no a ver a su hija. Tampoco eso nos lo dijiste.

—¿Un trabajo? ¿Qué trabajo? ¿Un trabajo de sicario? ¿Eliminar a un recaudador de ETA? ¿Es eso cierto?

Aquella información no venía en el *dossier*, me la habían facilitado ellos mismos. En el depósito había salido la palabra sicario de forma marginal. Esperaba que Somarriba no estuviera en la nómina de la Ertzaintza y se lo hubiera dicho. Era recaudador de ETA por lo que podía tener línea directa con la comisaría, pero, por eso

mismo, resultaba intocable, terreno minado, no les convenía levantar la liebre por un asunto de rango inferior. Su información no podía venir de Somarriba.

Mi interrogador se sentó como si se dispusiera a cruzar las piernas y sacar la cajetilla. Apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y se inclinó para formular la siguiente pregunta, en voz baja, envuelta en un tono confidencial, de camarada de correrías:

—¿Quién le ha matado?

Seguramente pensó que sonreírme sería ya demasiado. Le mantuve la mirada.

—No lo sé.

—¿Has sido tú?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Pertenece al GLF o a la Antiterrorista? ¿Guardia Civil o Nacional?

Les miré a los dos. Seguramente era allí donde habían pretendido llegar todo el tiempo; la muerte de Linus no les interesaba de verdad. El *ertzaina* de cabello gris despegó al fin los nudillos de la mesa y se irguió echándose hacia atrás porque aquella era su postura a partir de las once.

—Pertenezco al GLF. Eso no significa nada para vosotros. Llevo un par de años en Gijón, también podéis verificarlo por vía extraoficial. Y allí no hay terroristas. Todo lo que sé de Linus es lo que os he contado. El primer sorprendido por su muerte he sido yo. La investigación de esa muerte es asunto vuestro, se ha producido en vuestro territorio. Os llamaré porque me interesa saber los resultados, no profesionalmente, solo por simple curiosidad.

—¿Siempre en Gijón?

—Desde hace dos años.

—Así que tu trabajo aquí ya ha terminado.

—Eso es. Ha terminado. A ese Linus ya no le reclama nadie. Haré mi informe y lo enviaré por fax. Pasaré por Alicante y regresaré a Gijón.

—¿Por qué Alicante?

—Porque he dejado allí la maleta y el coche.

Lo pensaron, imaginándose el contenido de la maleta.

—Queremos una copia de ese informe.

—Pensaba dároslo.

Continuaron mirándome durante un minuto, sin saber cómo tomarme, qué hacer conmigo. Estaban a ciegas. Yo era para ellos una gran bola de piedra embadurnada de grasa y ellos para mí levantadores de piedras.

El resto de la mañana lo empleé en sacar el billete y en leer el periódico. La Ertzaintza me había devuelto el carnet y la pistola. El vuelo era a las 19:03. Cuando regresé al hotel, después de recoger el billete, me entregaron una nota del comandante informándome que el entierro de Linus era a las dos. Parecía una información de cortesía, pero el comandante era cualquier cosa menos cortés. Decidí ir al entierro porque tampoco tenía nada mejor que hacer. Me informaron que el furgón salía directamente del depósito. Fui a la Comandancia a devolver la pistola y a despedirme del comandante pero este no se encontraba en su garita.

Decidí esperar en la puerta del cementerio, fumando un pitillo. Entonces caí en la cuenta de que la hija estaría en el entierro. Me pregunté si se habría cortado las uñas, o si se las habrían cortado.

Desconocía si mi trabajo había salido bien o mal. Todavía no sabía qué habían esperado en realidad de mí. No sabía si el GLF me daría una palmadita en la espalda o si me enviarían al sótano a pegar sellos. Pensaba en el informe, en cómo justificar no haberle puesto las esposas a Linus cuando le vi meter el maletín de cuero en el todoterreno.

Eran las dos y media cuando apareció el furgón. Una hora extraña para un entierro, la hora reservada para los entierros del Municipio, la hora de sacar discretamente la basura. Detrás del furgón iban dos coches, dos Mercedes azul oscuro. Rafaela era el único ocupante del primero, además del conductor. El otro Mercedes llevaba la CD del cuerpo diplomático y la bandera alemana; sin duda, se trataba del coche del consulado. El único pasajero era un tipo corpulento al volante.

Procuré no dejarme ver. No estaba seguro de que la chica no me organizara otra escena. La habían soltado, no tenían nada contra ella, no era un delito pasear por las calles de Bilbao o leer un libro en una biblioteca. Oficialmente ella no sabía nada de las andanzas de su padre, o que estuviera reclamado. Era solo una hija que había venido desde otra ciudad para encontrarse con él y darle un abrazo.

No hubo ceremonia religiosa. Cuatro enterradores de mono azul limpio descargaron el féretro y lo dejaron sobre unos poyetes al borde de la fosa. Rafaela vestía un traje sastre gris oscuro. Era la primera vez que se lo veía puesto: lo había comprado para la ceremonia. El tipo del consulado, cabello gris, traje gris oscuro con las costuras luchando contra un tórax de levantador de halteras, camisa blanca y

corbata negra, se había situado un par de pasos detrás de ella. No tenía aspecto de alemán sino de vasco, de bilbaíno que todos los días se veía obligado a acudir a ceremonias como aquella.

Los enterradores miraron a Rafaela. Ella afirmó levemente con la cabeza y pusieron manos a la obra. Descolgaron el féretro dentro de la fosa con sogas, a la antigua. Cuando retiraron las sogas, Rafaela se agachó y arrojó un puñado de tierra al interior de la tumba. Me encontraba a unos sesenta o setenta metros pero me pareció que no había ninguna emoción en aquel acto simbólico. Más parecía una orden a los cuatro enterradores para que empuñaran las palas y terminaran de una vez. Un par de paladas y dio media vuelta para dirigirse al Mercedes. Segundos después este se alejó hacia la puerta principal seguido por el Mercedes del consulado.

Atajé entre las tumbas hacia la avenida principal. Ya les había visto. Eran cuatro. Se encontraban a unos cincuenta metros formando dos parejas, una a norte y la otra a sur. Habían comenzado a moverse también hacia la avenida principal. No podían venir a por mí, me habían dejado marchar en la comisaría.

Aunqué tal vez habían verificado alguna de mis respuesta comprobando que no coincidía con la verdad. Me pregunté qué les habrían dicho en la Central, en qué tono les habría respondido la Voz para decirles que ellos nada tenían que ver con el asunto y que abrirían una investigación, si en el tono impersonal de siempre o en uno más afectuoso.

Había alguien en la avenida. En lo primero que me fijé fue en su gabardina lisa, sin cinturón y abrochada de arriba abajo como una sotana, sin nada en la cabeza. Tampoco llevaba paraguas, lo que era extraño porque no llovía pero podía hacerlo en cualquier momento. Ya nadie llevaba sotana. Pero eso no iba con el comandante Cuevas.

Me detuve cuando me encontré a un par de metros de él, sin llegar a pisar el asfalto de la avenida porque él me impedía el paso, acorralado entre dos lápidas de granito. Los *ertzainas* se acercaban, pero se movían despacio, como si su protocolo no tuviera ninguna respuesta para la presencia allí del comandante.

No tenía nada que decirle. Si me esperaba era porque él tenía algo que decirme a mí. No le había visto en el entierro y me dio por pensar que su presencia allí tenía más que ver conmigo que con Linus.

No hizo intención de ponerse a caminar hacia la salida, como si en un cementerio el tiempo estuviera detenido y él se moviera en aquella sola dimensión. Su cuerpo me impedía pisar el asfalto. Las tumbas a mi derecha e izquierda eran antiguas, con lápidas musgosas y oxidadas cruces de hierro con inscripciones ilegibles en placas de porcelana.

—Supongo que su muerte fue para ti una sorpresa. ¿Sí o no?

Un Audi de la Ertzaintza acababa de entrar en el cementerio. Venía hacia nosotros por la avenida principal avanzando lentamente. Fue el pretexto para que yo desviara la mirada. Él también volvió la mirada hacia allí. Había contundencia en su voz, y me

arrojaba las palabras como tratando de aplastar con ellas mis pensamientos.

El Audi se detuvo en el centro de la avenida, a unos veinte metros de nosotros, reconocí en el asiento del copiloto al oficial que había llevado mi interrogatorio la tarde anterior. Uno de los *ertzainas* de a pie se acercó a paso rápido al coche y se inclinó en la ventanilla del copiloto. Vi cómo los labios de su jefe se movían, pero sin volver la cabeza hacia él. El *ertzaina* regresó a su puesto trotando como si temiera que se lo fueran a quitar.

Al fondo de la avenida principal apareció un Peugeot gris oscuro que se acercaba a buena marcha. Era la mitad de coche que el Audi de la Ertzaintza. Reconocí al conductor, reconocí su camisa Lacoste burdeos: era el taxista que había recogido a Rafaela en la estación y la había llevado al hotel Abando. Se detuvo a nuestro lado pero no nos miró, como si fuera una parada en su recorrido rutinario dentro del cementerio. Recordé también que nos había llevado a una comarcal que no conducía directamente a la casa de Rafaela pero sí a un eucaliptal desde donde se podía vigilarla. El comandante se retiró para dejarme pasar indicándome con la barbilla el Peugeot. No tenía ninguna pregunta que hacerle, debía solo comportarme como uno de esos tipos a los que despluman en una partida, se levantan, dan las buenas noches y se esfuman. Ocupamos los dos asientos traseros del Peugeot.

Cruzamos junto al Audi casi rozándole. El oficial no volvió la cabeza hacia nosotros pero sí lo hizo el conductor con una mirada neutra. Salimos del cementerio enfilando hacia la A-8. No me molesté en comprobar si el Audi nos seguía.

—¿Gijón?

El comandante tenía las manos dentro de los bolsillos de la gabardina hundidas casi hasta el codo. Los bolsillos no debían tener forro para poder así alcanzar los bolsillos de la chaqueta sin tener que desabrochar los veinte botones de la sotana. Se había dirigido a mí sin mirarme. Tampoco miraba hacia la calle; su mirada estaba puesta en el vacío.

Nos adelantó un coche de la Ertzaintza, pero no era el Audi. En él iban dos *ertzainas* de uniforme.

—Sí, Gijón —me limité a responderle—. Trabajo allí.

—Somarriba. Recaudador de ETA. Lo sabes porque te lo dijimos nosotros. — Aquel «nosotros» en cierta forma me alertó. Fue el tal Rincón quien me lo había dicho porque Somarriba era feudo de la Antiterrorista. ¿Lo había comentado con él? Mi atención se agudizó—. Es la forma de ahorrarse el impuesto y tener un salvoconducto. Era el objetivo de Linus, tenía que eliminarlo.

—¿Por qué? ¿Quién lo contrató?

—Yo.

Tampoco ahora me miró. No le interesaba saber qué impresión me había causado aquella revelación. Toda. Su respuesta rápida y precisa daba a entender que abría una puerta para que yo echara un vistazo dentro, incluso para que entrara y conociera a fondo todas las maravillas que había al otro lado. Aquello solo era el preámbulo. Fui



yo quien se quedó mirándole, porque era lo que se suponía debía hacer, porque se suponía que él desconocía todo lo que yo había descubierto aquellos cuatro últimos días. Por eso, cuando dejó de hablar, lo que constituía para él solo una pausa prolongada, me obligó a poner en mi pregunta toda la extrañeza que me fue posible:

—¿Por qué?

Ahora sí volvió la mirada hacia mí.

—Le contraté para eliminar a Somarriba pero sin que llegara a hacerlo. No debía matarlo, no porque él supiera que no debía hacerlo, sino porque antes interviendríamos nosotros.

Había contestado a mi pregunta de forma superficial, como si el motivo de fondo fuera irrelevante. Yo no comprendía qué había querido decir. Por un momento pensé que había una confusión en sus palabras, en el orden de sus frases. Existía un error. Llegué a verle como un cerebro cansado, casi hastiado, interesado por cosas pequeñas ajenas a su trabajo cotidiano que hacía ya demasiado tiempo se había convertido en aburrida rutina.

—¿De qué forma? —le pregunté en un tono condescendiente, siguiendo el hilo de su razonamiento. Él pareció darse cuenta porque me miró con dureza y su silencio se prolongó de nuevo durante muchos segundos.

—Somarriba tiene un socio —dijo al fin—. Creemos que pertenece a las fuerzas de seguridad. Un topo de ETA infiltrado en la Ertzaintza.

Todos los pensamientos que llenaban mi cabeza desaparecieron por un sumidero a una gran velocidad: se quedó vacía. Comenzaba a vislumbrar un nuevo escenario, enorme, de decorados gigantes, abarrotado de actores de cuerpo y rostro difuminados.

—¿Un topo de ETA?

—De ETA.

—¿En la Ertzaintza?

—Sí.

—¿Cómo lo saben?

—Ha habido filtraciones. Y un topo de ETA solo puede pertenecer a la Ertzaintza.

—¿No a la Guardia Civil o la Policía?

—No. No alguien que sea de ETA o trabaje para ETA. —No le repliqué. Tenía ahora la mirada vuelta hacia la calle como dando a entender que lo que venía a continuación tenía una importancia relativa—. Tú eras el vigilante, el protector de Linus. Ese era el papel que se te había asignado. Yo mismo te denuncié a la Ertzaintza y ellos te detuvieron. Te viste obligado a informarles sobre lo que habías venido a hacer y ellos te impusieron un par de ayudantes. El plan era que te involucraras con ellos, que corriera la voz en la Ertzaintza de que tu objetivo era Linus, un sicario cuyo encargo era eliminar a Somarriba —bruscamente se inclinó hacia delante sin dejar de mirar hacia la calle como si hubiera visto a un conocido caminando por la acera—. Esto debía alertar al topo haciéndole salir de su madriguera. Ese era el plan.

—Su plan.

Tan sencillo como que la noche viene detrás del día. Sus últimas palabras llevaban un marcado tono de reproche: yo había resultado un alumno poco aplicado. Solo una piececilla más del engranaje pero al parecer el GLF había elegido mal.

—Comprendo. Por eso el GLF y no la Antiterrorista. Para no levantar sospechas.

—Y por algo más. Pero no resultó. Te saliste del guión.

—Se me olvidó comunicar que ya lo había localizado, ¿no es eso?

—Y algunas cosas más. Nos tocó uno de esos listillos que creen que pueden actuar por su cuenta. Tu expediente dice que no tomas iniciativas, que eres mediocre, un policía rutinario. Por eso te elegí entre más de cien. ¿Qué te ha hecho cambiar? No habrá sido el clima; aquí es lo mismo que en Gijón.

No sabía qué responderle, era el momento de decirle algo ingenioso, insolente, pero no se me ocurría nada. Suponía que habían sido un cúmulo de pequeñas circunstancias que se habían ido acumulando, quizás el nuevo escenario donde me estaba moviendo había logrado que la mente se me despejara un poco.

—No lo sé. El clima no ha sido, en eso estoy de acuerdo.

—No llegamos a tender la red, Linus no nos importaba. Teníamos pensado revelarte el plan cuando nos comunicaras que ya lo habías localizado. Pero no lo hiciste. No seguiste las normas, te las inventaste. No nos dijiste nada, tampoco a la Ertzaintza. El topo no se enteró así que pensó que tenía el campo libre. Fuiste desleal con todos, con los que te pagan y también con ellos. Tienes un carnet en el bolsillo, pero solo es un trozo de cartulina. Si te jubilas en el Cuerpo será con la misma cartulina en el bolsillo, no una más grande.

—¿Me van a quitar los galones? Apenas me han dado alguno... No, no me han dado ninguno. —Dejé de mirarle, estiré las piernas todo lo que me permitió el asiento y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta con los pulgares fuera—. No confiaron en mí, tenían que haber confiado, entonces todo habría salido bien. ¿Por qué no confiaron en mí? Hice mi trabajo, localizar al sujeto que me habían encomendado. Si lo conseguí porque me iban retirando los obstáculos, es igual. Hice mi trabajo, buen o mal policía. Fui desleal, pero antes lo fueron conmigo. Todo el mundo es desleal, digan lo que digan, hasta las madres con los hijos si escasea la comida. Vosotros no confiáis en ellos ni ellos en vosotros. Es la regla y yo no soy la excepción.

—No te dijimos nada porque cualquier detalle te hubiera traicionado. Tampoco se lo dijimos a ellos por lo mismo. Todo se habría venido abajo y con un conflicto más entre los dos cuerpos.

—Tengo mis órdenes, y mis jefes, es solo ante ellos que tengo que responder.

—Lo harás.

—¿Me abrirán un expediente?

—Ya lo han hecho.

—¿De expulsión?

—Sí. No pidas el ingreso en la Guardia Civil.

Estuve a punto de preguntarle si me admitirían en la Antiterrorista porque andaba un poco corto de sueldo, pero no lo hice, no eran momentos para sarcasmos y prefería dejarle con la última palabra. No teníamos nada más que decirnos. No comprendía por qué me había esperado allí para revelarme todo aquello. No era necesario, si no me valoraba nada, ¿por qué se molestaba en darme explicaciones?

El Peugeot se detuvo en la primera parada de taxis que encontramos y yo me apeé sin que nadie me hubiera dicho nada. Sin despedirme me dirigí hacia el primer taxi de la cola.

Hacía diez minutos que habían llamado para embarcar, estaba dejando correr la cola cuando vi acercarse, deprisa pero con las manos en los bolsillos y un palillo en la boca, al número que conducía el Peugeot en el cementerio, el taxista camuflado. Se detuvo delante de mí y, sin sacar las manos de los bolsillos y desplazando el palillo al otro lado de la boca, me dijo:

—El comandante le espera. En el coche.

Y se quedó mirándome, como si fuera la última aceituna en el plato. Solo quedaban dos personas para pasar el arco. Veinte minutos para la salida del vuelo. El comandante tenía algo que añadir, algo que no me había dicho cuando regresábamos del cementerio. Nos dirigimos a la puerta de salida, sin hacer ningún comentario sobre nuestro primer encuentro, cuando él conducía un taxi y le daba su tarjeta a una pasajera a la puerta del hotel Abando. Estuve por creer que no me había reconocido.

El comandante me abrió la puerta desde el interior del coche y yo entré. El número se puso al volante.

No abrimos la boca hasta que no nos encontramos en la autovía. Creí que esperaba llegar a la comandancia para decirme lo que me tenía que decir.

—A tu amigo Somarriba le han disparado, en las dos piernas, en las rodillas. — No había vuelto la cabeza; su mirada flotaba algo abstraída, como si hubiera alcanzado la fase de sacar profundas conclusiones sobre lo sucedido. Hizo una de sus pausas habituales porque su cerebro se hacía cargo de dos o tres pensamientos a la vez y tenía que elegir. Acababa de conseguir, de nuevo, que me sintiera como un espectador, esta vez de gallinero. Mi mente llevaba unas horas ocupada con mi coche en el aparcamiento de la estación de Alicante y el viaje de regreso a Gijón—. Sobrevivirá. Recogeremos tu maleta.

Le repliqué lo primero que se me ocurrió:

—Extranjería. ¿Por qué Extranjería? ¿Qué tiene que ver Extranjería? ¿Por la misma razón que interviene el GLF? ¿Y yo?

Tres preguntas inútiles.

—Madrid manda.

—¿Quién ha sido?

—Cualquiera.

—¿ETA?

—Oficialmente.

—¿Por no pagar?

—Oficialmente.

—¿Y extraoficialmente?

Volvió la cabeza hacia mí.

—ETA le habría matado. No lo esperábamos. En las rodillas para que parezca que es por el impuesto, pero no lo es. Es toda la información que tengo, de momento.

—¿Quién lleva la investigación? ¿La Ertzaintza?

No merecía la pena responderme porque era otra pregunta innecesaria. Por su parte estaba todo dicho y por la mía mi único punto de apoyo era el silencio, así que el resto del viaje ninguno de los dos abrió la boca de nuevo.

Solo quedaban dos funcionarias en la sala general. La garita de la Antiterrorista estaba vacía. El comandante ocupó su puesto detrás de su mesa. Pensé que se había presentado en el aeropuerto en persona para tener la seguridad de que no me marcharía. Aquello no encajaba. Trataba de adivinar qué esperaba de mí. Yo me consideraba ya fuera de juego pero él no parecía opinar lo mismo. De nuevo me sentí en el escenario repleto de figuras difusas, sin rostro, sin contornos, pero ahora vueltas hacia mí contemplándome en silencio.

—¿Un sicario?

Mi pregunta iba en serio, no era un sarcasmo. Se echó hacia atrás en la silla dejando flotar su mirada abstraída. Era obvio que él ya había pensado en ello, pero ahora parecía pensar en otra cosa, en algo que nada tenía que ver con sicarios o conmigo, yo solo era parte del mobiliario, mi valor se encontraba entre la papelería y el perchero.

—¿Qué sicario? —preguntó mecánicamente en un murmullo casi inaudible, con la mirada todavía perdida.

—Uno contratado por empresarios que sí pagan el impuesto pero que no quieren pagar. No les cae bien el mensajero.

Elevó el tono unas décimas:

—¿Y qué ganarían con ello?

No ganarían nada, solo aumentar sus problemas. Eso era algo que todos sabíamos así que le dije:

—Tendría que estar en un avión. No sé qué hago aquí. Es la segunda vez que me quedo sin maleta.

Se echó hacia delante y comenzó a mover papeles como si reanudara su jornada laboral.

—Te compraremos una maleta. Queremos saber qué ha pasado. Podemos borrar de tu expediente tus fallos de estos días. Conoces a Somarriba y eres amigo de la Ertzaintza. Sondéallos un poco, a ver qué saben.

—¿Ese «podemos» se refiere a la Antiterrorista?

—A Extranjería.

Su respuesta fue seca y cortante. La tomé como un gran rótulo de prohibido el paso.

Le ordené al taxista que continuara adelante, que no se detuviera. A través de los barrotes acababa de divisar uno de los coches blanco, rojo y azul aparcado en la carreterita asfaltada a unos cincuenta metros de la cancela, orientado hacia la casa, con la sombra de la cabeza del conductor detrás del volante. Supuse que habría otro coche, o un par de ellos más, delante de la casa.

Parecía una medida rutinaria de protección. Desconocía el lugar donde habían tiroteado a Somarriba. El taxista tenía la radio apagada y los periódicos estarían todavía preparando la primera edición. Me pregunté dónde se encontrarían sus guardaespaldas, si solo habría recurrido a ellos para tener la entrevista conmigo buscando impresionarme.

Marqué el número de Ederne. Unos segundos y la tuve al otro lado.

—¿Quién es?

—Soy Ruano.

Se produjo el esperado silencio. No había quedado bien con ella. No lo había podido evitar, la había engañado, o ninguneado, y se lo habría tomado como algo personal. No le había dado ninguna explicación porque nuestra relación no había sido lo suficientemente estrecha para hacerlo. Esperaba el clic de cortar la comunicación pero este no se produjo.

—¿Qué quieres?

La pregunta había sido seca, con una gravedad forzada.

—Necesito cierta información.

La dejé replicar, o cortar, tensando el hilo corriendo el riesgo de que se rompiera.

—¿Qué información? —su tono continuaba siendo grave y seco.

—Somarriba. ¿Quién lo hizo? ¿Dónde fue? ¿Uno solo o varios? ¿Algún detalle relevante?

De nuevo silencio. Su cerebro estaría sopesando si debía proporcionarme aquella información, aunque fuera irrelevante. Habló al fin:

—En el aparcamiento del muelle, donde deja el coche. Uno solo, encapuchado.

—¿Alto? ¿Bajo? ¿Grueso? ¿Delgado?

—Talla media.

—¿Cómo se fue? ¿Le esperaba un coche?

—No se sabe bien. Lo hizo solo.

Los sicarios no se ponen capucha, el muerto no les puede delatar. Pero nunca se sabe. Cada sicario tenía su método. Lo común era la máxima eficiencia con los menores riesgos, era un trabajo y no una lección magistral impartida desde un estrado.

De momento era lo que quería de ella. La tenía al otro lado, esperando. Yo no sabía qué podía esperar, quizás solo una palabra de agradecimiento, o una disculpa cálida, un poco de material para reparar el puente que se había roto entre nosotros.

—Ederne. Os oculté que ya lo había localizado. Desconfiaba de vosotros. Así de claro. Incluso os vigilé un poco. Ahora todo ha cambiado y lo único que puedo decirte es que siento lo sucedido. No hubo nada personal en mi silencio, especialmente contigo. Me caes bien, o algo más. Espero que no te moleste que te lo diga. Si lo hago es porque no nos volveremos a ver. Terminaré un par de cosas que tengo pendientes y me iré de aquí. ¿Amigos?

Supuse que esta vez su silencio le sabría diferente.

—Amigos, claro —respondió al fin, recuperado el tono normal, quizás un par de puntos más cálido.

Pasé por la agencia y alquilé un coche, un Opel esta vez. Luego regresé a la comandancia. Pregunté a la funcionaria de guardia qué ordenador podía utilizar. La información que necesitaba podía pedírsela directamente a cualquiera pero prefería mantener mi territorio libre de interferencias. En la garita de la Antiterrorista se estaba celebrando una reunión: Del Valle, Rincón y dos más, uno de ellos una chica a la que veía por primera vez. Servet ocupaba su mesa en la sala general y el comandante se encontraba en su garita. Servet se había limitado a dedicarme un pequeño gesto con la cabeza como saludo. Junto a su mesa, sentado muy tieso en una silla, estaba un negro, un tipo joven de cuerpo estilizado, debía medir un metro noventa de estatura y pesar sesenta kilos. Parecía asustado, seguramente acababa de tocar tierra después de una larga travesía. Seguramente le habían atrapado en la calle con los bolsillos vacíos.

Hacía un año, o así, había leído en el periódico, que a un empresario de Llodio le habían dejado un par de balas en las rodillas. Era todo lo que recordaba. Me metí en internet y tecleé un poco hasta que di con la noticia.

Su nombre era José María Gangoiti. Había sucedido el 3 de diciembre, es decir, hacia diez meses. En su propia casa, a las diez de la noche. Habían llamado al timbre, había abierto la puerta en persona y le habían disparado, sin mediar palabra, según la versión del propio empresario, se habían limitado a apretar el gatillo dos veces mostrando buena puntería. Busqué el número de Gangoiti y lo marqué. Me respondió una mujer, me identifiqué como policía, le dije con quien quería hablar y me dio el número de la oficina porque su marido todavía se encontraba trabajando. Marqué aquel número. Cuando tuve a Gangoiti al otro lado, me identifiqué de nuevo como policía, le dije que tenía un par de preguntas que hacerle sobre lo sucedido en el pasado diciembre y que me encontraría en su oficina en media hora. Quiso saber de



nuevo mi nombre, seguramente para apuntarlo. Se lo di, añadí que me encontraba temporalmente adscrito a la comandancia del puerto y que el comandante respondía por mí. Me indicó la mejor forma de llegar a su oficina.

Conduje unos veinte minutos por la A-625. El lugar donde me dirigía se encontraba en la variante que conducía a Llodio. Era una nave bien iluminada y rotulada. Metí el coche debajo de una tejavana y me dirigí a la puerta de aluminio y cristal con el rótulo de oficinas. La nave tendría una longitud de unos cuarenta metros y la oficina se encontraba en la esquina de la derecha. A la izquierda había un portón muy grande, para dejar paso a la maquinaria pesada. Era una empresa de alquiler de grúas industriales: Grúas Gangoiti. Un vigilante me llevó hasta el despacho del jefe.

Tenía un tórax alargado y sólido, de trapecista, o de *recordman* de jabalina, moreno, velludo, pero con escaso pelo en su redonda cabeza tostada. Me ofreció una mano que nada tenía que envidiar a la zarpa de un oso mientras se excusaba por no levantarse, me indicó la silla que había delante de la mesa y le ordenó a la secretaria que nos dejara y cerrara la puerta. Detrás de su silla, apoyados contra la pared, había un par de bastones de aluminio. Se encontraba en mangas de camisa, pero con corbata, con el botón del cuello abrochado y las mangas remangadas hasta medio brazo, como si se encontrara indeciso sobre si hacía frío o calor. Le mostré el carnet y él se limitó a afirmar levemente con la cabeza, dando a entender que no era necesario.

—Pertenezco al Grupo de Localización de Fugitivos, no pertenezco a la Antiterrorista ni a Homicidios. Quiero decir que sus respuestas no van a reflejarse en ningún informe, su caso ya está cerrado. Es información personal, reservada, solo entre usted y yo. Tiene mi palabra. A veces las investigaciones se entrecruzan. Le voy a hacer las mismas preguntas que le hicieron hace unos meses. Quizás yo encuentre en sus respuestas algo que resulte diferente, o que ahora, con el paso del tiempo, haya adquirido otro valor. Se trata de una investigación paralela. Me gustaría que lo tuviera presente.

—Adelante.

Había apoyado los dos brazos, poderosos, cubiertos de vello negro, sobre el tablero de la mesa, ligeramente inclinado hacia delante, mostrando solicitud y disposición, impaciente por hacerme ver que él pertenecía decididamente al bando de los buenos. Además de la alianza, en el dedo corazón de su mano derecha llevaba un sello, muy ancho, de oro. Me pregunté qué llevaría grabado aquel sello.

—La persona que le disparó, ¿utilizó capucha?

—Sí. Negra —respondió, con seguridad, con toda su atención puesta en sus palabras.

—¿De qué estatura, aproximada?

—Alto. Uno ochenta y cinco, por ahí.

Me miraba con interés, pero no podía ser la primera vez que le hacían aquellas preguntas.

—Sé que fue uno solo. ¿Tenía apoyos? ¿Le esperaba alguien?

—No lo sé, suponemos que sí. Eran las diez y media de la noche de un día bastante frío, no había nadie por la calle en realidad, nadie vio nada pero supongo que habría un coche esperándole y alguien al volante.

—Pero no lo vieron.

—No, no lo vio nadie. Vivimos en un piso.

—¿En un piso?

—Sí.

—¿Fue por no pagar?

—Eso es.

«Eso es». Podía calificarla como una respuesta apresurada, mecánica. Era allí donde yo quería llegar: una pregunta más envuelta en otras preguntas. Pero para mi interlocutor no había sido una pregunta más. Se echó hacia atrás relajado como si al fin acabara de revelar un gran secreto que le devoraba por dentro. Me miraba con aplomo, pero me pareció un aplomo forzado. Además duró poco: su expresión se fue transformando en astuta, incluso cambió el carácter de su mirada. Sin decir nada me levanté y arrimé la silla unos veinte centímetros más a la mesa, me senté de nuevo y me incliné hacia él.

—Señor Gangoiti. Se acaba de producir un atentado, en el puerto de Bilbao. Es un caso similar al suyo. Tenemos una cierta idea de quién lo ha hecho. Es lo único que nos interesa: descubrirlo y detenerlo. Toda la información que usted me facilite, aquí, en este despacho, en esta entrevista, quedará entre nosotros dos. Confíe en mí. Colabore y quizás podamos acabar con esto, al menos en la parte que nos corresponde.

Sopesó mis palabras, también el riesgo que él podía correr con las suyas y si el resultado incierto de informarme merecía la pena. Le pregunté:

—¿Cuántas cartas recibió?

—Tres.

—¿En cuánto tiempo?

—En un año.

—¿La misma carta o eran cada vez más amenazadoras?

—Cada vez más amenazadoras.

—Pero continuó negándose a pagar.

—Eso es.

De nuevo «eso es». Dos palabras comodín, como el sello que se pone a cualquier conversación, carentes de todo, de modulación, de significado, la pequeña puerta para escapar en el momento oportuno.

Pocos pagaban, quizás algún empresario porque la partida de imprevistos de la empresa engullía el pago, sacudiéndote el problema de encima. Pero pagar era un delito y no podían ir pregonándolo por ahí.

—¿Es suya la empresa? Al cien por cien, quiero decir.

—Sí.

—¿Y le va bien?

—Sí.

—Por eso pagó, ¿verdad? A la tercera.

Por primera vez desvió la mirada que se había transformado en soñadora. Parecía estar manteniendo una conversación consigo mismo como si no hubiera nadie más en el despacho.

Me miró de nuevo, neutro. Los dedos de su mano repiquetearon en el tablero de la mesa, no por impaciencia, o por desinterés; podía tomarlo como una afirmación. El dedo corazón de la mano derecha, con el gran sello, se quedó repiqueteando solo, como el eslabón que cierra la cadena.

—Sí —dijo al fin.

Guardamos silencio. Me eché hacia atrás en la silla, crucé las piernas relajado, estuve a punto de sacar la cajetilla pero no había ningún cenicero a la vista. Permití que sus pensamientos tomaran tierra de nuevo. Dos veces se había negado a pagar y a la tercera cedió. Sin embargo le dispararon. Había captado cierto brillo de dolor en su mirada. De incomprensión. Todavía se encontraba sumido en la perplejidad. Su dedo corazón había dejado de martillar sobre el tablero.

—¿A quién y cómo pagó?

No estaba seguro de que hubiera oído mi pregunta, aunque había elevado la voz.

Los músculos de su cuello habían perdido consistencia, como si su voluntad flaqueara como un barco con los amarrajes en las bodegas flojos.

—Se lo diré yo —intervine antes de que la conversación se enfriara del todo—. A un tal Somarriba, en un reservado del bar Miritxa.

Me miró, sin sorpresa, pero enseguida se retrajo poniéndose en guardia. Su disposición a colaborar había terminado. Todo él se tensó. Yo acababa de cometer un error por no haber aprovechado su recién adquirida debilidad y darle tiempo a levantar barricadas.

—¿Cómo lo hizo? ¿Cómo contactó con ellos? —No esperé su respuesta porque en cualquier momento decidiría no responder más a mis preguntas y echarme del despacho. Continué arrojando mis cartas sobre la mesa—. Fue Somarriba quien conectó con usted, ¿verdad? Usted le dijo que sí y el mismo Somarriba se ocupó de cobrar. Y luego le dispararon. Y no deja de repetirse que eso no tiene sentido.

No hizo ningún gesto que indicara que era así como había sucedido. No era necesario, todo lo que yo había dicho era verdad.

—Se quejó, ¿verdad? Quiero decir que les hizo llegar el mensaje de que ya había pagado. ¿Le respondieron? No lo hicieron, no le creyeron. O quizás sí.

La dureza regresó a su mirada. Seguramente había caído en la cuenta de que había hablado demasiado, que había dicho cosas que era mejor haber silenciado a un policía.

—¿A qué cuerpo me ha dicho que pertenece? —preguntó en un tono que se había convertido en provocador.

—Al GLF. Localización de fugitivos. Su información nos sirve de mucho. No saque usted conclusiones, deje que lo hagamos nosotros. —Me levanté y le tendí la mano—. Gracias por haberme recibido. Quizás me ponga de nuevo en contacto con usted.

Ya en la puerta me volví hacia él.

—Lo sucedido esta noche en el puerto todavía no lo ha dicho la radio ni ha salido en los periódicos. Solo nos interesa descubrirle y detenerlo. ¿Conocía ya la noticia?

Había recuperado su aspecto monolítico, sus dos brazos se apoyaban de nuevo al completo en el tablero de la mesa. Le había hecho una pregunta y yo esperaba su respuesta. Iba a mantenerme allí, en la puerta, con la mirada puesta en él aunque su respuesta tardara en llegar un año. No fue un año, pero sí casi un minuto.

—Sí.

Abrí la puerta y salí.

El comandante había sacado una conclusión errónea: que Somarriba era un leal recaudador de ETA, con un socio invisible, cuando solo parecía tratarse de un negocio de extorsión con dos socios. Enviaban algunas cartas por su cuenta y se quedaban con la recaudación. Las filtraciones a ETA podían ser la cobertura perfecta. La mayoría ya no pagaba. Pero hacía mucho que se habían acabado los disparos en las rodillas: un petardo en el portal resultaba suficiente.

Pero otra de las conclusiones del comandante era acertada: ETA le habría matado. A no ser que Somarriba tuviera un valor especial para ellos, como socio de un miembro de un cuerpo de seguridad que les filtraba valiosa información. Pero entonces no le habrían tocado, se habrían limitado a permitirle llevarse un poco de su dinero. Los pocos empresarios que habían pagado habían mostrado su pusilanimidad cediendo. Los que no lo habían hecho no se les pasaría por la cabeza provocar todavía más a la organización. La pieza principal no acababa de encajar, continuaba en una zona de misterio.

Marqué el número del comandante. Le dije que necesitaba entrevistarme con Somarriba, que hiciera un par de llamadas que me permitieran salvar las barreras que habían establecido a su alrededor. No dijo ni que sí ni que no, se limitó a cortar la comunicación aunque yo estaba seguro de que estaría ya ordenándole a la secretaria que marcara el número de la Ertzaintza.

\* \* \*

Necesité mostrar un par de veces el carnet y entregar las llaves del coche antes de que me condujeran a su presencia.

No se encontraba en la cama, sino medio tumbado en un gran sillón con orejeras, con las dos piernas escayoladas puestas sobre un par de escabeles con cojines. El salón era tan amplio como el recibidor, con muebles de madera oscura, sólidos y brillantes, un muestrario de pantallas de tono crema y una gran alfombra también crema que solo dejaba ver medio metro de parqué en los laterales. Había unas cuantas personas moviéndose por allí, mujeres y tipos de traje gris y corbata, además de un par de *ertzainas* de uniforme con las manos a la espalda pegados a la pared a ambos lados de la puerta por la que había entrado. Le dije a Somarriba que teníamos que

hablar a solas. Lo pensó y ordenó despejar. Los *ertzainas* hicieron una llamada y, luego, sin decir nada, salieron también de la habitación.

Cogí una silla, la coloqué junto a los escabeles y me senté.

Su tez era yeso húmedo. Parecía haberse lanzado de cabeza a la vejez, no solo por los dos disparos, sino porque eran el prólogo de lo que vendría después. Parecía inmerso en una depresión aguda. Esto me resultaba indiferente así que fui directamente al grano:

—Hemos descubierto que te quedas con parte del impuesto, no con todo, solo con parte. De vez en cuando echas una carta al correo por tu cuenta. Tienes un socio, un policía, un *ertzaina*, lo que sea que filtra información a ETA a través de ti. Esa es tu cobertura. La mejor. Fue él quien te disparó, tu socio. Seguramente ya lo sabes. Lo hizo para protegerte, suena extraño pero es así. Extraño o no es lo que tú también piensas. ETA sospecha de ti, se han producido algunos incidentes que no tienen explicación. Y la gente habla, algunos hasta se quejan. Ellos no te habrían disparado a las piernas, lo sabes, lo habrían hecho a la cabeza. Creerán que te ha disparado gente que no quiere pagar, o que han pagado y quieren vengarse de ti. Pero tampoco han sido ellos. Ha sido tu socio. Ese par de agujeros en las rodillas eliminan todas las sospechas sobre ti porque todo el mundo cree que ha sido ETA. Y ETA pensará que han sido los que no quieren pagar. Pero tú todavía representas un peligro para tu socio y antes o después caerá en la cuenta de ello. Lo sabes. Por eso tienes miedo. Y por eso te vamos a proteger. Tú no nos interesas. Hace tiempo que sabemos en qué andas metido y te hemos dejado actuar. Nos interesa tu socio. La información que filtra nos hace daño.

Me quedé mirándole, pero él no me correspondía. Tenía la cabeza algo inclinada, como si acabara de recibir una regañina, con los ojos puestos en las puntas de sus babuchas. Los calcetines que llevaba puestos eran de tono burdeos.

—No sé de qué me está hablando —levantó la cabeza—. ¿Qué socio es ese?

La mirada acerada había regresado a su ojos, pero mellada, mantenida con esfuerzo. El tono de su voz tampoco le acompañaba: era más agudo de lo normal. Me incliné hacia delante apoyando los brazos en las piernas.

—Necesitamos su nombre, no por el impuesto, eso no nos importa, sino por la información. ¿Comprendes? Queremos que todo siga igual, como si nada hubiera sucedido. Lo único que ha cambiado es que tú ahora no puedes ejercer de correo, estás lisiado. Así que lo hará él. Él ejercerá de correo. Tú continuarás enviando esas cartas. Nada ha ocurrido, sigues con tu trabajo intelectual, escribes las cartas y ordenas a alguien que las meta en el buzón. No vas a hacer nada nuevo que te comprometa.

Transcurrió un minuto de silencio. Cuando al fin su mirada pareció aceptar la derrota, era cansada, desesperanzada, de nuevo se perdía en algún punto indeterminado en la alfombra, sumergiéndose en ella. Su voz también se había tornado débil, como ajena, sin convicción:

—¿Qué cartas?

Parecía un octogenario protestando por la servilleta que le ponen al cuello. Ignoré su pregunta, al fin y al cabo, tampoco él parecía darle ningún valor.

—Te va la vida en ello, lo sabes. Solo te pedimos que continúes enviando esas cartas. Como si nada hubiera sucedido. Que no se interrumpa el trabajo. Puedes seguir negándolo, me da igual. Pero no dejes de escribir esas cartas y de ordenar meterlas en el buzón.

Su primera línea de defensa se había desmoronado. Quizás no tenía otra. Seguramente no pensaba en nada; no se le veía en disposición de pensar demasiado. Tenía las manos muertas sobre los muslos como si ya no las fuera a utilizar nunca más. Decidí continuar empleando la piqueta contra aquel muro ya medio derruido:

—¿Qué tal las piernas? Vaya pregunta, muy mal. Pero se puede remediar. ¿Un par meses? ¿Tres? Luego te arreglarás con un par de bastones.

Era como si no se encontrara allí. En realidad, era como si no se encontrara en ningún otro lugar. Parecía el cuerpo de cartón hueco de un gigante.

—¿Quién lo mató? —musitó, sin mirarme.

Me incliné hacia delante aferrándome a aquella pequeña oportunidad.

—¿A Linus? Tu socio. También tu socio. Lo mató tu socio. Igual que te disparó a ti. No te mató porque eres su inversión. Es su forma de protegerla. Lo ha hecho bien, sabe lo que hace. ¿Al cincuenta por ciento?

Tardó casi medio minuto en negar levemente con la cabeza.

—Está equivocado... yo no hago nada de lo que usted dice.

—¿Quién es?

—Yo no sé nada de eso.

—¿Cómo se llama? ¿Ertzaina? ¿Guardia? ¿Nacional?

Solo le quedaba la última torre de la fortaleza y sin apenas fuerzas para defenderla. Lo sabía. Yo era policía, podía llevar micrófonos ocultos, mi declaración tenía valor notarial, podía sacar papel y pluma para que firmara.

—Está bien. Tú no nos importas. No significas peligro para nosotros, solo representas un eslabón. Ahora te has convertido en un peligro para él. Significas peligro, la luz roja. Los dos disparos han fijado la atención de todo el mundo en ti, en eso se ha equivocado. Los de la capucha se estarán haciendo preguntas. Las respuestas las tiene él. Ahora está cayendo en la cuenta de ello. Quizás yo me equivoque, quizás no suceda nada pero, quién sabe. En este momento ni él mismo sabe lo que tiene que hacer.

Me levanté. Metí las manos en los bolsillos y me quedé observándole.

—Haz lo que te he dicho. Sigue enviando esas cartas, como si nada hubiera sucedido, por mucho que te cueste.

Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—Espere.

Su voz había sonado en un tono forzosamente elevado, pero trémula. Me detuve y

me volví. Miraba con esfuerzo a su alrededor y sobre sus hombros como comprobando que no había nadie más en el salón. Luego permaneció de nuevo absorto porque dentro de su cabeza debía librarse una pequeña contienda. Regresé donde él y me senté de nuevo en la silla para borrar cualquier situación de dominio. Esperé sus palabras en silencio.

—¿Qué me pasará? —dijo al fin con voz lúgubre.

—Nada. Quedará entre nosotros dos. Tú no me interesas. Solo tu socio. Él es el problema. No nos podemos permitir esas filtraciones. Eso lo comprendes, ¿verdad? ¿Quién es?

Más silencio. Pero la batalla estaba ganada, solo faltaba esperar. Por fin se produjo la bajada del rastrillo.

—Servet —musitó.

—¿Servet?

—Vuestro policía... La Antiterrorista.

No mostré ninguna sorpresa porque no estaba sorprendido, para mí todos formaban un cuerpo compacto. Podía ser Servet, o Del Valle, o Rincón. O Ederne, o Beñat. O el comandante. Me sentía ajeno a ellos, tenía la sensación de que desde hacía veinte años me ganaba la vida en un trabajo circunstancial, a la espera de la llegada de la carta de aceptación en un nuevo trabajo que tampoco sabía en qué consistía.

—¿Seguro? —le pregunté para ganar tiempo, o porque me correspondía preguntar algo o hacer algún comentario.

Había supuesto que Servet pertenecía a la Antiterrorista aunque ejerciera como agente de Extranjería. Quizás actuaba como doble agente, o triple. Eché a un lado cualquier especulación, advertí que me resultaba indiferente.

—El ochenta por ciento —musitó.

—¿El ochenta? Pero no es de la Antiterrorista —dije por decir algo, tratando quizás de hacerme el inocente, de ponerle algunas cartas en su mano para que siguiera en una aparente posición de ventaja.

—Todos lo son en ese cuartel, hasta los funcionarios. ETA lo sabe, él se lo ha dicho. Solo quiero que me lo quitéis de encima.

Se quedó mirando al vacío, como si se hubieran disipado sus últimas fuerzas, o era solo la resignación que se produce cuando se ha gastado el último cartucho. Sus brazos colgaban todavía más muertos; sus manos estaban blancas como si la sangre hubiera dejado de llegar hasta ellas.

—Envía esas cartas y tus problemas se habrán terminado.

Salí de la habitación.



Quizás su referencia a un *ertzaina* podía haber sido otra de sus tretas, una forma de desviar la atención. No le interesaba que se supiera que en su propio cubil se guarecía un topo, o un corrupto, o un agente doble, o triple, como se quisiera llamar. O Servet solo era para él una pieza más de un juego con muchas piezas que se iban reponiendo a medida que caían.

Marqué su número.

—Soy Ruano. Acabo de estar con Somarriba. No sabe nada, no tiene idea de quién lo ha hecho, o no hay quien se lo saque. Tampoco sabe nada de ningún socio, ni de recaudación de impuestos. Es natural, no lo puede admitir, aunque la próxima vez le apunten a la cabeza. ¿Qué hay de balística?

El silencio habitual, como sopesando si debía darme aquella información, o haciéndome ver que tenía cosas más importantes entre manos que hablar conmigo.

—Nueve milímetros —respondió al fin.

—Eso ya lo sé. Pero ¿coinciden con las de otro atentado?

—¿Qué atentado?

—Hace cosa de un año, en diciembre. En Llodio, un tal Gangoiti. Dos tiros en las rodillas.

Más silencio. Yo no lograba adivinar qué podía estar haciendo; quizás moviendo los papeles que tenía sobre la mesa buscando entre ellos la respuesta.

—Otra arma.

Otra pistola empuñada por otro encapuchado. Porque había pagado pero alguien se había quedado con la recaudación. Me pregunté qué harían a partir de ahora Somarriba y Servet.

El hombre de las mil caras, de las mil respuestas, pero de una única mirada. Cortamos la comunicación. Marqué el número de Ederne.

—Soy Ruano. Me gustaría verte.

Silencio. Nada de preámbulos, mis palabras habían sido espontáneas, directas.

—No sé...

—Quiero algo de vosotros —mi voz sonaba a excusa inventada—. Necesito que habléis con un empresario determinado, alguien que haya recibido una de las cartas del impuesto, no la auténtica, una de las falsas, y todavía no haya pagado. Convencerle para que colabore. ¿Podrá ser?

Se dejó oír su risa nerviosa.

—¿Es para lo que me llamas?

—No. Es solo un pretexto para allanarme el camino. Quiero verte. Tendrás una excusa para vernos y decirme que tus jefes están de acuerdo.

—Querrán saber la razón.

—Porque estamos llegando al final. Alguien está extorsionando por su cuenta, al margen de ETA pero con la excusa de ETA. Creo saber quién es pero necesito atraparle con la bolsa del dinero en la mano.

—¿En el Martxiarena, media hora?

Estuve de acuerdo.

No apareció sola, le acompañaba uno de sus jefes. De paisano los dos. No le conocía, supuse que pertenecería a la Antiterrorista de la Ertzaintza. Era menudo, de tez casi transparente, con el cabello gris, ralo, y gafas con los cristales al aire. Uno de esos tipos de apariencia frágil pero que no lo son. Toda su fuerza se concentraba en sus ojos, grises a la luz blanca de los apliques de la pared, y también escudriñadores. Ederne me lo presentó como Iturregi, sin informarme sobre el grado ni el grupo, pero estaba claro que su rango era elevado. Ederne venía en vaqueros y jersey de punto, verde oscuro. El rubor de sus mejillas le daba aire de campesina en tarde de sábado.

Ocupamos una mesa al fondo. Les expuse lo que ya le había dicho a Ederne por teléfono, casi con las mismas palabras. El *ertzaina* me escuchó con atención, con mi rostro como único objetivo de sus ojos grises. Tenía la mano derecha sobre la mesa; la izquierda, sobre la pierna.

Cuando terminé de hablar, no dijo nada, no se movió. Por un instante creí que no había oído nada de mi disertación, que en realidad su mente había permanecido lejos de allí, pensando en pequeñas cosas, en cebos y mareas si era pescador. Al fin sus labios se movieron, solo sus labios:

—¿Cuál es su plan?

—Somarriba no puede andar, de momento, pero sí utilizar el teléfono. No utilizará el de su casa, utilizará un móvil nuevo. Tampoco recogerá la bolsa con el dinero, lo hará su socio. Necesitamos un empresario que reciba uno de estos días la carta, la falsa, y no haya pagado, esté o no dispuesto a hacerlo. Debe responder accediendo a pagar siguiendo el cauce que le indique la carta. Y debe pasarnos las instrucciones que le den para hacer el pago.

La mirada de los dos sobre mí eran como hilos pendientes de postes por donde circulaba la información. El oficial puso la mano izquierda también sobre la mesa. Tenía vacías las dos manos, ninguna carpeta o libreta para apuntar nombres y números, como si nada de aquello le interesara demasiado, como si solo se encontrara allí para tomar café en mi compañía antes de colocarme las esposas. Pero su comportamiento podía ser el de una máquina de precisión con cien entrevistas como aquella cada día, triturando la información para arrojarla ciega al siguiente compartimiento, sin desgastarse, hasta que cumpliera cien años, o doscientos, y

alguien se acordara de desconectar el viejo modelo. No parecía que hubiera otros *ertzainas* de paisano por allí, quizás en la calle, quizás esperaban a que yo dijera todo lo que tenía que decir para arrojarme dentro del furgón.

—¿Los del Reina Victoria no le ayudan?

—No se lo he pedido. Se lo entregaré a ustedes. Solo me interesa su nombre y atraparlo con la bolsa del dinero en la mano. Ustedes decidirán lo que harán con él.

Repentinamente, como si todas las palabras hubieran estado de más y al fin se decidiera a hacer lo único por lo que se encontraba allí, sin señalar a Ederne, sin despegar las manos del tablero de la mesa, dijo, como una orden:

—Ella le indicará la fecha, el lugar y la hora.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta, sin despedirse, sin darme la mano, sin hacerme ninguna pregunta personal, como si ya lo supiera todo sobre mí o como si hubiera visto en mí otra máquina como él pero hacía tiempo desconectada. Ederne se limitó a seguirle sin despedirse tampoco de mí.

Transcurrieron tres días. No hice nada, solo pasear y leer el periódico. No ocurría nada, no había atentados, ni huelgas, ni naufragios, solo el goteo de los accidentes de tráfico con la consiguiente resignación general, una tómbola en la que estábamos obligados a apostar con todas las papeletas con el número 13.

Había una tienda de móviles, una general para todas las compañías, Digitel, céntrica, en Colón de Larrategi, con unos jardincillos enfrente. Compraba el periódico, ocupaba un banco y dejaba transcurrir las horas vigilando la entrada y salida de los clientes de la tienda, con la esperanza remota de ver a Servet entrando, comprando un móvil, o dos, o tres, de un solo uso para hacérselo llegar a Somarriba. En Bilbao habría docenas de tiendas como aquella, pero parecía la más importante, la mejor para pasar desapercibido a la hora de máxima afluencia.

El miércoles, hacia las once, me encontraba sentado en mi banco con el periódico desplegado cuando recibí la llamada de Ederne.

—Esta noche. El aparcamiento de Urkijo, en la Escuela Universitaria. Plaza 84, segunda planta. ¿Sabes dónde es?

—Lo encontraré.

—A las 23:00.

Permanecemos en silencio, sin cortar la comunicación, aunque ya tenía toda la información que estaba esperando.

—Mañana me iré —dije.

Nuevo silencio.

—Siento que te vayas —respondió al fin, en voz blanda.

No supe qué contestarle. No sabía si yo sentía marcharme. Suponía que no, me disponía a pensar en ello pero lo dejé. Me encontraba más cómodo manteniéndome vacío. Hacía mucho que había perdido la llave de aquel armario. Colgamos.

El aparcamiento tendría unas cien plazas en cada planta. Con una entrada y una salida para coches y otra para peatones, en la calle Urkijo. Había arrojado el periódico a una papelería y había conducido hasta allí para estudiar el terreno. La plaza 84 de la segunda planta era la más cercana a la salida de peatones. Estaba reservada, se suponía que solo en horas de oficina y que a partir de las cinco o las seis de la tarde quedaría libre. Ahora estaba ocupada por un Passat blanco. Era un lugar bien elegido, con la salida de peatones a un par de pasos y una zona rayada donde se

podía aparcar en caso de necesidad si encontrabas la 84 ocupada. Al lado de la puerta de peatones había otra puerta, metálica, también pintada verde oscuro, sin ningún rótulo. Estaba cerrada con llave y podía suponer que dentro habría un transformador, o los cuadros con las llaves de la luz y las de emergencia.

Cada quince metros había una gruesa columna de cemento. Una columna era un buen sitio para esperar, incluso bueno, sería el primer lugar donde cualquiera dirigiría la mirada si temía estar siendo vigilado. Cuanto más a la vista, más desapercibido. Yo podía aparcar en la plaza 102, enfrente de la 84, separada solo por los tres metros de la zona de tránsito, podía sentarme en el suelo del coche y mantener los ojos en el retrovisor.

Eran las seis cuando regresé al aparcamiento. La 102 estaba ocupada. También la 84, por el mismo Passat blanco de la mañana. Me metí en la 106, entre un Seat Córdoba y un Mazda. La 84 me quedaba ahora a unos diez o quince metros, en un ángulo de unos treinta grados, algo más si se veía obligado a aparcar en la zona rayada. Ajusté el retrovisor todo lo que pude, eché los asientos hacia delante y cerré el coche.

Regresé a las nueve. No había en la planta ningún movimiento de coches o peatones. La 84 estaba ahora libre. Saqué el coche de la 106 y lo metí en la 84.

Salí a la calle y me alejé del aparcamiento. Recorrí un par de calles a paso moderado. Me detuve para contemplar unos cuantos escaparates. Entré en un bar y eché un bocado. Fumé un par de pitillos. Contemplé la televisión. Caminé de nuevo. Entré en otro bar y pedí un café.

Faltaban veinte minutos para las once cuando regresé al aparcamiento. No encontré nadie en la escalera ni en los dos rellanos. Empujé la puerta pintada de verde y entré en la planta. Abrí la puerta del Opel, ocupé el asiento detrás del volante y cerré sin hacer ruido. Seguramente se encontraba ya allí, vigilando. No había mucha luz, y solo me había llevado cuatro o cinco segundos cruzar desde la puerta de peatones hasta el coche. Podía haberme reconocido, si era así, mala suerte. Faltaba por ver cómo reaccionaría: quizás dentro de un minuto podía encontrármelo plantado en la ventanilla con el arma en la mano.

Ahora un tercio de las plazas estaban vacías. Era un *parking* al servicio de los negocios de la calle, la mayoría oficinas, y todos los edificios tenían garaje. Saqué la pistola y la coloqué sobre el asiento de al lado. No tenía esposas. Me las tendría que arreglar de alguna forma; algo se me ocurriría. En el retrovisor aparecían las plazas 101, 102 y 103 parecían vacías.

Esperé. Los pensamientos iban y venían. Ederne. Por un instante tuve la tentación de llamarla, pero no lo hice, no por seguridad, sino porque ella se había convertido solo en una idea, como un personaje de un libro del que no recuerdas el título. Pensé en Gijón, en mi trabajo, pero no avancé nada, se quedó allí, congelado, sin avanzar ni retroceder, como una radio abierta pero sin pilas. Pensé en antiguos destinos, en personas que había conocido, compañeros de trabajo, conocidos de barra de bar, para

comprobar que no quedaba nada, fantasmas que ya no lograba relacionar con hechos concretos, solo un rostro, un cuerpo, sin ninguna razón para que mi mente la hubiera retenido, quizás solo porque encajaban en una escena representada hacía mucho tiempo. Después de todo la vida solo es repetición.

Tuve una idea repentina. Saqué el móvil y marqué el número de la Comandancia. Un par de zumbidos y me respondió una voz de mujer.

—Servet, ¿está por ahí? Soy Ruano.

—Sí, un momento.

Mi mente se vació por completo, como si se hubieran abierto de golpe todas las puertas y un huracán helado hubiera arrasado en un segundo con todo.

—Sí, Ruano. ¿Todavía por aquí?

—¿Qué hay? Sí, todavía... ¿Has cenado?

—Hace una hora.

—Yo también... ¿Una copa?

—¿Una copa? Vale. ¿Media hora? ¿Dónde?

—Donde quieras... El Martxiarena, por Abando. ¿Lo conoces?

—Lo conozco. Media hora.

Cortamos la comunicación. Solo mis labios habían participado en aquella conversación, mi cabeza continuaba vacía. Algunos pensamientos comenzaron a introducirse con esfuerzo en ella. Lo primero que pensé fue que no había tráfico. Desde el Reina Victoria al aparcamiento podía llevarle veinte minutos, algo más con los semáforos. Desde el aparcamiento a Abando podía hacerlo en unos diez o quince minutos. El tiempo que le llevara aparcar, salir del coche, recoger la bolsa y salir del aparcamiento. Podía poner cualquier excusa por llegar tarde a la cita, que un papaleo de última hora le había retenido. No estaba seguro de si él llegaría tarde a la cita en el bar o si yo le encontraría esperándome sentado en una banqueta. No sabía qué pensar. Podía llamarle de nuevo, dentro de cinco minutos, pero si se ponía al teléfono tendría que inventar una nueva excusa y eso le alertaría. Meforcé en vaciar de nuevo mi cabeza de pensamientos. Sería mejor esperar un tiempo prudencial antes de acudir a la cita para tomar una copa con él.

De vez en cuando algún coche entraba o salía del aparcamiento. Un par de veces cruzaron a mi espalda. Puertas que se abrían y se cerraban, taconeos hasta la puerta de peatones, sombras, alguna frase de dos o tres palabras, risas, la puerta de peatones se abría y desaparecían. Era un aparcamiento de solo dos plantas.

Quizás no era Servet. Somarriba podía haberme engañado concediéndose un margen de tiempo para jugar su última carta. Era una posibilidad, ya lo había pensado. Sólida. Somarriba podía ser un gran actor que había actuado gratis para mí. Caí en la cuenta de que debía de haberme hecho con una bolsa donde se suponía iría el dinero. Otro detalle que se me había pasado por alto. Demasiado tarde para salir del coche y buscar una bolsa. Se extrañaría al ver a alguien acercándose sin una bolsa en la mano, o un paquete. Tendría que salir del coche sin que me viera, abrir la puerta

sin ruido y deslizarme afuera.

Dos minutos para las once. Se encontraría ya allí, cerca, escondido en alguna parte, quizás detrás de una columna de la primera planta, atento a los coches que entraban o salían. No estaba claro si la 84 era la plaza que el empresario debía ocupar con su coche o si solo era el lugar del intercambio, con coche o sin coche. No se dejaría atrapar sin ofrecer resistencia y me vería obligado a emplear el arma.

No lo había advertido. Tanto esperar y me cogía de sorpresa: se había detenido detrás de mí, un Fiat Bravo azul oscuro, no exactamente detrás del Opel, sino un par de metros más a la izquierda, a la altura de la puerta de peatones. Por un instante pensé que esperaba allí a alguien que no tardaría en aparecer en la puerta de peatones, pero si era así no tenía sentido que se hubiera detenido allí impidiendo el paso. Hizo la maniobra y entró de culo en la 102. No veía el rostro del conductor, no había luz suficiente y tenía bajado el quitasol. No me pareció que hubiera nadie más dentro del Fiat.

Allí se quedó, sin abrir la puerta, sin salir del coche. Él tampoco podía verme el rostro, me encontraba de espaldas, en una zona en penumbra. No sabía qué hacer, no sabía si él saldría del coche y se acercaría o si era yo quien debía salir del coche y acercarme a él. Traté de ponerme en la piel de Gangoiti, en la de un empresario acostumbrado a mandar, a ir al grano, del género de los que no saben esperar. Pero quizás había dado instrucciones precisas y Ederne no me las había hecho saber, quizás las había olvidado o no les había dado importancia. Mi mano se deslizó sobre el asiento y atrapó la pistola. Había disparado pocas veces con ella, nunca a una persona, ni a un pájaro, solo al suelo para comprobar la fuerza de retroceso.

Sucedió algo que tampoco había previsto. Una luz potente me deslumbró. Tardé un segundo o dos en reaccionar levantando el brazo y en comprender que eran las largas del Fiat reflejándose en el retrovisor. Un par de segundos y la luz se apagó. Me encogí y levanté la mano para abrir la puerta mientras oía una corta carrera a mi espalda hacia la salida de peatones. Me dejé caer fuera del coche, sin soltar la pistola. Oí como la puerta de peatones se abría de golpe seguido de pisadas fuertes subiendo por la escalera. Inmediatamente dos estampidos, un par de segundos y otros dos, más cerca. Luego nada, el vacío, como si hubiera caído un pesado telón. Me incorporé, salí a la zona de tránsito y corrí alejándome de la puerta de peatones. Las pisadas en la escalera habían desaparecido como si los estampidos las hubieran borrado, como si nunca se hubieran producido. Había dejado la puerta del Opel abierta. La puerta del Fiat también estaba abierta. Habían disparado en la escalera, sin duda contra él. No había llegado a verle la cara.

Oí un coche que entraba a gran velocidad por la rampa a mi derecha, me metí entre dos coches y me arrojé al suelo.

Solo ETA disparaba a la gente. Pero ETA desconocía que se iba a hacer aquel pago, si todo había transcurrido como yo había supuesto. Podía incorporarme y correr hasta la rampa de entrada, tendría que cruzar buena parte del aparcamiento y no sabía

dónde se encontraban. Ya no se oía el motor del coche, no sabía si habían aparcado o se encontraban recorriendo el aparcamiento a pie. No se oía nada. En mi mano tenía los quince disparos de la Walther. Apenas me había entrenado; y de eso hacía mucho tiempo, crees que nunca lo vas a necesitar. Tampoco me atraía disparar aunque solo fuera por entrenamiento. La puerta de peatones no se había vuelto a abrir y yo no la había oído. Tampoco había oído cerrarse o abrirse las puertas del coche que había entrado; sin embargo, había oído una carrera, una carrera veloz, ahora ya no la oía.

Estarían recorriendo el aparcamiento, en el coche o a pie. Yo no sabía si me buscaban. Tenían que saber que me encontraba allí, quizás agazapado dentro de un coche. Armé la pistola. En la cabina de peaje de la primera planta habrían oído los disparos, tenían que haberlos oído, y habrían marcado el número de la Ertzaintza, pero caí en la cuenta de que la cabina se encontraba en el otro extremo del aparcamiento. El lugar de la cita había sido bien elegido.

No aparecían. Continuaba sin oírse nada. Habían dejado de correr, no se oía el motor del coche, nada. Estarían moviéndose en silencio, mirando dentro y debajo de los coches. Serían metódicos, no dejarían ningún rincón sin escudriñar. Quizás no me conocían, quizás no sabían que era policía, que estaba armado. Transcurrieron cuatro o cinco minutos. Había comenzado a contar los segundos, sin ninguna razón pero cuando llegué a cincuenta lo dejé porque de vez en cuando se me olvidaba contar. Me arrastré entre la pared y los coches, sin saber porqué lo hacía ni hacia dónde me dirigía. Un motor arrancó, cerca de la salida de peatones. No era el Fiat: debía ser el último coche que había entrado porque recordé que no había oído cerrarse la puerta del conductor. El sonido del motor se alejó hacia la rampa de salida, la tomó y el sonido se extinguió.

Permanecí otros diez minutos pegado a la pared, sin moverme, con los ojos bien abiertos y el oído en suspenso. Al fin me erguí y, sin más, corrí hacia la rampa de entrada, con la mano aferrando la pistola pegada al estómago. Subí corriendo, pegado a la pared, los dos tramos de la rampa, hasta que me encontré en la calle. Me detuve, jadeante. No había grupos de curiosos en las aceras, el tráfico no se había detenido, ninguna señal de que alguien hubiera reaccionado a los disparos. Deslicé la pistola en el bolsillo de la chaqueta y me alejé caminando con rápidas y grandes zancadas.



Esperé a encontrarme en el aeropuerto para comprar todos los periódicos. Me senté en uno de los bancos delante de la cristallera que daba al aparcamiento. Durante unos minutos me quedé contemplando los coches aparcados, con la mente vacía, sin ningún pensamiento con origen o destino. Faltaba mucho tiempo para la salida del vuelo.

ETA disparaba a la gente. La Ertzaintza, la Nacional, la Guardia Civil no disparaban a la gente, además, querían saber qué información había filtrado y no le habrían matado. Pero podían haber cambiado de parecer. ETA desconocía el pago, sin embargo Somarriba podía haberles informado. ¿Informarles sobre qué? Sería su segura sentencia de muerte. Y también la de su socio, Servet o quien fuera, porque él tenía las dos piernas sobre un escabel y no podía ejercer de intermediario. Habría sido una jugada inteligente, una jugada de primera. Quizás por eso había cedido fingiendo una depresión, una derrota. Una idea que ya se abriría paso en su mente cuando yo estaba apretando el timbre de su puerta. Pero informar a ETA hubiera significado su sentencia de muerte.

Como era de suponer la noticia ocupaba todas las primeras páginas. Titulares en grandes letras: la tregua se había roto, la tregua había acabado, la primer víctima mortal en treinta y dos meses. La noticia era la tregua rota, la causa o el resultado tenían un interés secundario. ETA había asesinado a un policía en un aparcamiento en el centro de Bilbao, Ignacio Servet García, natural de Bolaños, Ciudad Real, 42 años de edad. Sin oportunidad de defenderse, no había llegado a sacar el arma reglamentaria. Se daban por canceladas las conversaciones de paz. La única salida era el acoso total a la organización.

Cerré el periódico y lo dejé en el banco a mi lado sobre los otros periódicos. Me eché hacia atrás y puse la mirada en el aparcamiento. Podía haberla puesto en la cola que se estaba formando en la puerta de embarque, o en los paneles informativos, o en los mostradores de facturación. Reanudé el balanceo de pie. Luego habían venido a por mí, porque yo les importaba. ETA no sabía que yo me encontraba en el aparcamiento, yo no tenía ninguna valor para ETA. Habían disparado en la escalera peatonal y no habían huido, habían bajado hasta el aparcamiento y me habían buscado. Sabían que me encontraba allí.

El avión salía a las 13:30. Cuatro horas todavía. Continué balanceando el pie con

la mirada puesta en el aparcamiento. De vez en cuando entraba algún coche, algún otro partía; se movían maletas, los pasajeros se apresuraban a la puerta de llegadas; de vez en cuando, llegaba un autobús y de él descendían algunos viajeros y chicas con el uniforme de azafatas arrastrando sus maletitas hablando apresuradamente como si solo les quedara unos minutos para poder hacerlo.